VIAJE A LA TROCHA.

ALBUM DE LA TROCHA

BREVE RESEÑA

DE UNA EXCURSION FELIZ

DESDE

CIENFUEGOS A SAN FERNANDO,

RECORRIENDO LA LINEA MILITAR

POR

CUATRO PERIODISTAS.

Junio, 1897.

Habana.

IMPRENTA Y PAPELERIA "LA UNIVERSAL" .DE RUIZ Y HERMANO,
PROVEEDORES DE LA REAL CASA.
SAN IGNACIO 15.
1897.

MUSEO DEL PUEBLO DE ASTURIAS

MUSEO
DEL
PUEBLO
DE
ASTURIAS

Al Excmo. Sr. Capitán General

D. Valeriano Weyler,

Marqués de Tenerife.

Capitán General de la Isla de Cuba.

NO resultaría completo este Album, querido General, si no estuviese dedicado á usted, y en él dejase de figurar su retrato.

La Trocha de Júcaro fué realizada por el comandante Gago y los ingenieros á sus órdenes, es verdad; pero también lo es que usted la concibió, y usted dió calor á la idea, y prestó incondicional protección á los trabajos, y despreció cuantas calumnias se han inventado para destruir la grandeza de la obra, como desprecian los hombres eminentes las rastrerías de aquéllos que pretenden limar su gloria.

Usted, General, que ha conquistado con su talento militar, con su patriotismo y con su manera de sentir, al igual que los españoles de Cuba sienten, el cariño entusiasta y la admiración de cuantos aman la soberanía de España en esta tierra, puede decir que ha visto un pueblo delirante y frenético á su lado, aclamándolo, victoreándolo y pidiendo para usted bendiciones y dichas; nosotros que por amarguísimos días de prueba habíamos pasado, y que sólo el nombre de usted nos

devolvió la tranquilidad y la calma, podemos asímismo decir que el General Weyler, pacificador de Occidente, por el medio glorioso de las armas y por la fuerza potente de la voluntad en consorcio con muy acertadas disposiciones, ha sido el padre cariñoso de este pueblo, haciéndole justicia en todo tiempo y velando por su bienestar y por su honra.

Nosotros, sencillos periodistas, que nada hemos pedido, ni gracias ni favores gozamos que de medro nos sirvan, tenemos, por la propia virtud de nuestra independencia, el supremo derecho de presentar á usted este ALBUM, no con la humildad del pequeño que prodiga alabanzas por si acaso le llegan á dar premios; sino honrándonos al hacer esta dedicatoria y engrandeciendo con ella nuestro libro.

Cuando oiga usted repetir las calumnias que allá en donde se nos insulta sin conocernos, se profieren y se repiten contra su nobilísima conducta, faltando á la verdad, á la ley, á todas las conveniencias sociales y hasta humanas, siga usted despreciando á los reptiles y diga con orgullo, con el orgullo que puede hablar aquel que por los hombres honrados es ensalzado y aplaudido, que poco pueden importarle las mentiras, cuando todos los incondicionales patriotas de la Isla de Cuba le han levantado un pedestal de amor y de admiración imperecedera en sus pechos leales.

Habana, Octubre de 1897.

EVA CANEL.—NICOLÁS DE GAMBOA.
ALEJANDRO MENÉNDEZ.—ANTONIO PORRUA.

EXCMO. SR. DON VALERIANO WEYLER Y NICOLAU,

MARQUÉS DE TENERIFE.

CAPITÁN GENERAL DE LA ISLA DE CUBA

CAPITULO PRIMERO

De cómo salimos de Cienfuegos y llegamos á Júcaro sin detrimento de nuestras personas y por añadidura contentos y satisfechos.

—Vengo á Cienfuegos á pasar unos días con ustedes, á olvidarme de que hay periódicos que leer, y artículos que escribir; que hay heridos y que hay enfermos, cosa que después de todo, no olvidaré tan fácilmente: vengo para hacer mi santísima voluntad por unos cuantos días, dejándome querer y divirtiéndome cuanto me sea posible.

Palabras más, palabras menos, esto fué lo que dijo Eva Canel á unos cuantos antiguos amigos, y admiradores más antiguos todavía, con que cuenta en Cienfuegos; amigos suyos que emborronamos cuartillas, no para orgullo nuestro, ni para gloria de las letras patrias, sino por audacia inconcebible de unos, y necesidad imperiosa de otros.

Apenas oído el pequeño discurso, quedámonos todos entre mustios y cariacontecidos, buscando modo y forma

de entretener á mujer de gustos tan delicados y que venía á Cienfuegos con tales intenciones.

Y siguió la conversación, llena de ingenio por parte de Eva, que no venía más que á eso, á derrochar ingenio, y lánguida por la nuestra, que á más de no tener nada de qué hacer derroche estábamos hondamente preocupados por el aprieto en que nos encontrábamos.

Hablando, hablando, vino á parar la charla, como era casi natural, en la guerra; y hablando de la guerra, vinimos, como era natural también, sacando á colación la trocha.

—¡La trocha! ¡El General Gasco! ¡Quién pudiera ir á la trocha! ¡Quién pudiera visitar al General!

¿Quién dijo esto? Aún no ha podido aclararse; pero es el caso, que aquéllo fué una revelación. ¡La trocha! Nuestra salvación estaba en la trocha. Si Eva iba allí no se aburriría de seguro. Otro de los presentes, tampoco se sabe cual, planteó el proyecto, que fué recibido con entusiasmo, y aprobado por unanimidad, después de vencidas algunas pequeñas dificultades que presentaba Eva Canel, asegurando que la esperaban en la Habana; que tenía que estar en la capital lo más tarde el 15 y un sinnúmero de afirmaciones por el estilo. Pero Eva se enamora fácilmente de todo lo que significa *algo* no común; de todo lo que es original; de todo lo que revela actividad, y principalmente de todo lo que es estudiar á nuestra España militar, esa fase hermosísima de una patria, tan grande, tan heróica y tan adelantada.

Sí; la trocha significa *algo* que es encantadoramente misterioso. Una línea en que España se sitúa, y dice á los traidores que combaten su bandera: os permito llegar hasta aquí; os cedo temporalmente ese terreno de allá para combatiros en él, y también en él destrozaros; pero soy señora de este mundo, que por manos de un eximio hombre me regaló el cielo como premio obtenido en una guerra de

D. Antinógenes Menéndez,

dueño de los vapores de la Costa Sur.

Capitán del Reina de los Angeles.

muchos siglos contra los infieles; y como tal reina y señora, os trazo el límite á donde podeis llegar para discutirme ¡pobres locos! esta soberanía que es indiscutible.

Y enamorada Eva del misterio, y enamorados nosotros del proyecto; y cansados todos de que nos contasen cosas que fácilmente podíamos ver, y contar después con más detalles, aquella misma noche formalizamos lo que al principio pareció una broma. Y tan formal se hizo ésta, que el día 14 de Junio de 1897, embarcábamos en el *Purísima Concepción* con rumbo á Júcaro, base de la antigua trocha, hoy reconstruída y mejorada.

* * *

Con buenos augurios principiaba el viaje: todo eran facilidades, y de todas partes recibimos los excursionistas manifestaciones de que la empresa que acometíamos era muy simpática. D. Antinógenes Menéndez, el hombre que ha sabido hacer de la empresa de vapores de que es gerente, *el primer negocio del mundo* como hemos oído afirmar á muchos que lo saben por lo que les produce, ordenó que se nos diesen pasajes gratis, y que fuéramos atendidos como merecía serlo la notable escritora á quien acompañábamos. Y valga hacer constar aquí nuestro agradecimiento á la Compañía de Menéndez, y baste esta manifestación, no para pagar, sino para declarar que tenemos con ella contraída una deuda, añadiendo que una vez reconocida no dictará ella, sino la más estricta justicia, las palabras que en adelante estampemos en favor de dicha Compañía.

Muy temprano, cuando aún no había dado el vapor su primer pitazo, ya estábamos todos á bordo. Eva Canel, luciendo un elegantísimo traje á cuadritos blancos y ne-

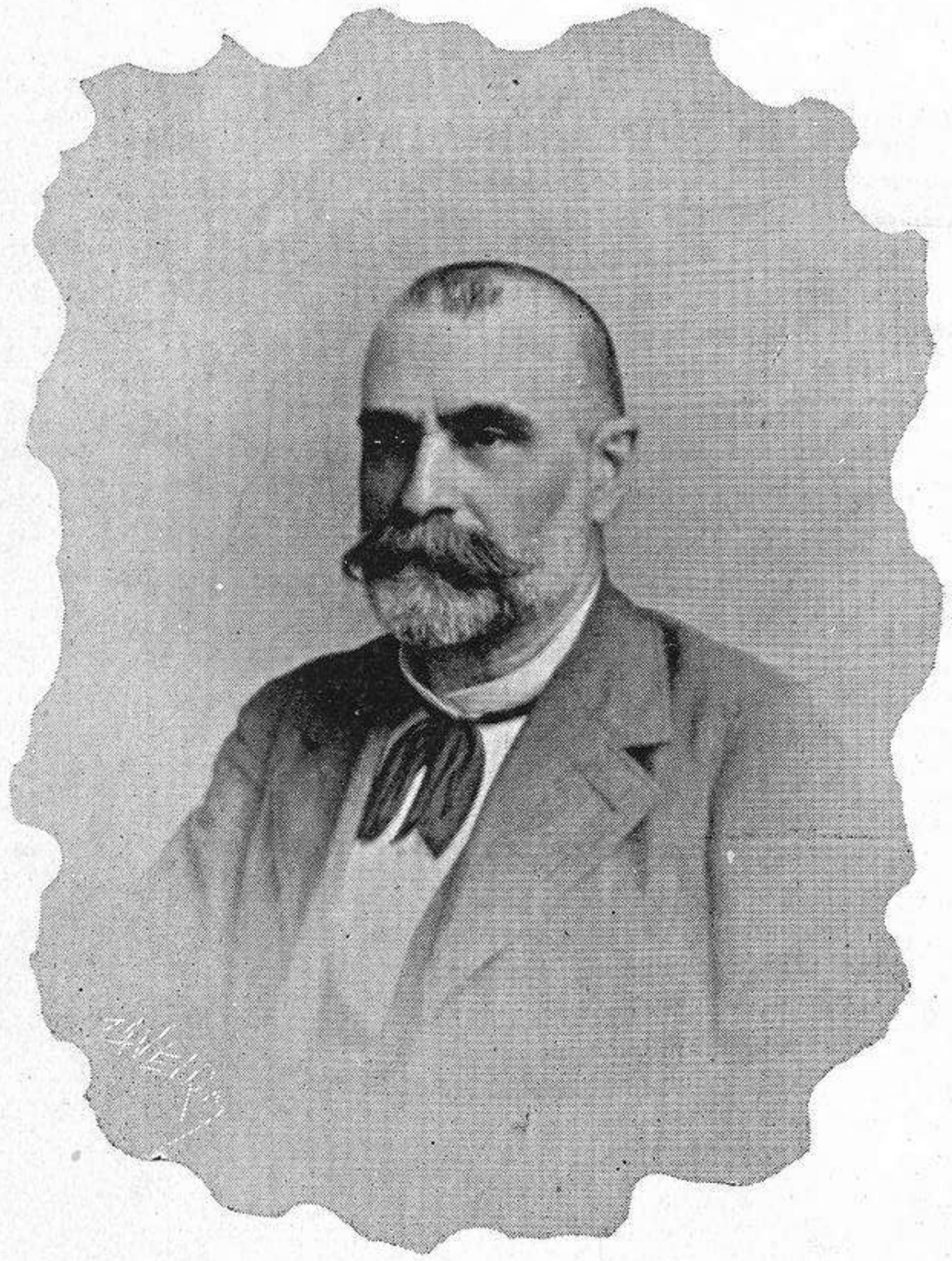
gros, como diría cualquier cronista de salones. Claudia, la señorita de compañía de Eva, con vehementísimas sospechas de que se mancaría tan pronto como desatracásemos: Gamboa, dispuesto á *fungir* de válbula de seguridad, papel, que le había confiado persona que no estaba por lo visto muy segura de la formalidad de los demás viajeros: Alejandro Menéndez, luciendo un precioso gorro prehistórico: Porrúa, lánguidamente interesante por mor de un grano, de su propiedad, que tenía en el cuello: Baldomero Martínez, decidido á ser el Navarro Reverter de la excursión, según Eva: Villamil, hijo, con un cuello de camisa con tela bastante para hacer una muda interior; y Antoñico Martínez, pensativo como si presumiese que el General Gasco había de ordenar el desmoche de su *malanguita* se agregaba con el carácter de ayudante de campo de Eva, y eso que Eva no necesita que la ayude nadie. Es el *viajero* más intrépido que conocemos.

Fueron á despedirnos muchos amigos, entre ellos Pumariega y Alberto Menéndez, muriéndose éste de envidia por tener que quedarse emborronando cuartillas, y recogiendo noticias sensacionales para *Las Villas*.

* * *

—¡Larga!—gritó el capitán; y en efecto, largáronse las amarras, y el *Purísima* dió una sacudida, como si espantase la modorra, que le había producido el estar sujeto, durante algunas mortales horas, al muelle real de Cienfuegos, que por lo malo y destartalado, no ya real, ni centavo merece que le llamemos.

Se agitaron pañuelos sin cesar, *diciéndonos adiós*, y empezamos á gozar de las delicias de un viaje, al que prestaba encantos: por un lado nuestro buen humor, por otro,



D. Nicolás de Gamboa,

DECANO DE LOS PERIODISTAS DE CIENFUEGOS.

Eva Canel.

las bellezas de una naturaleza pródiga de hermosuras; y por los otros dos, puesto que toda casa tiene cuatro lados, algo que gritaba *allá dentro* que nuestro viaje no sería perdido del todo para la buena causa, y que serviría por lo menos, para que con la autoridad del testigo de vista, pudiéramos mañana, en nuestra labor diaria de periodistas, desmentir á los que aseguran, que el soldado español en campaña está desatendido, olvidado; que hacemos la guerra como en tiempos de Viriato, pero sin Viriato; que los alambres de la trocha, han costado más que si fueran de oro cada uno, y otras tantas mentiras tan burdas y aún más que éstas, como se lanzan con mucha seriedad, por los que no se han tomado el trabajo de estudiar y dan á los demas el de oir sus tonterías y sus invenciones faltas de veracidad y de imaginación.

¡El soldado español maltratado y hambriento! ¡Qué mentira más grande y más burda! ¡La guerra hecha como en tiempos de Viriato, pero sin Viriato! ¡Qué frase tan ingeniosa, para dicha en la Junta revolucionaria, ó en el centro «Oscar Primelles,» por ejemplo!

Pero líbrenos Dios de mezclar en este capítulo tal asunto, que no es oportuno momento de tratarlo. Ya llegará, ya, el caso de decir y probar lo que decir y probar se puede.

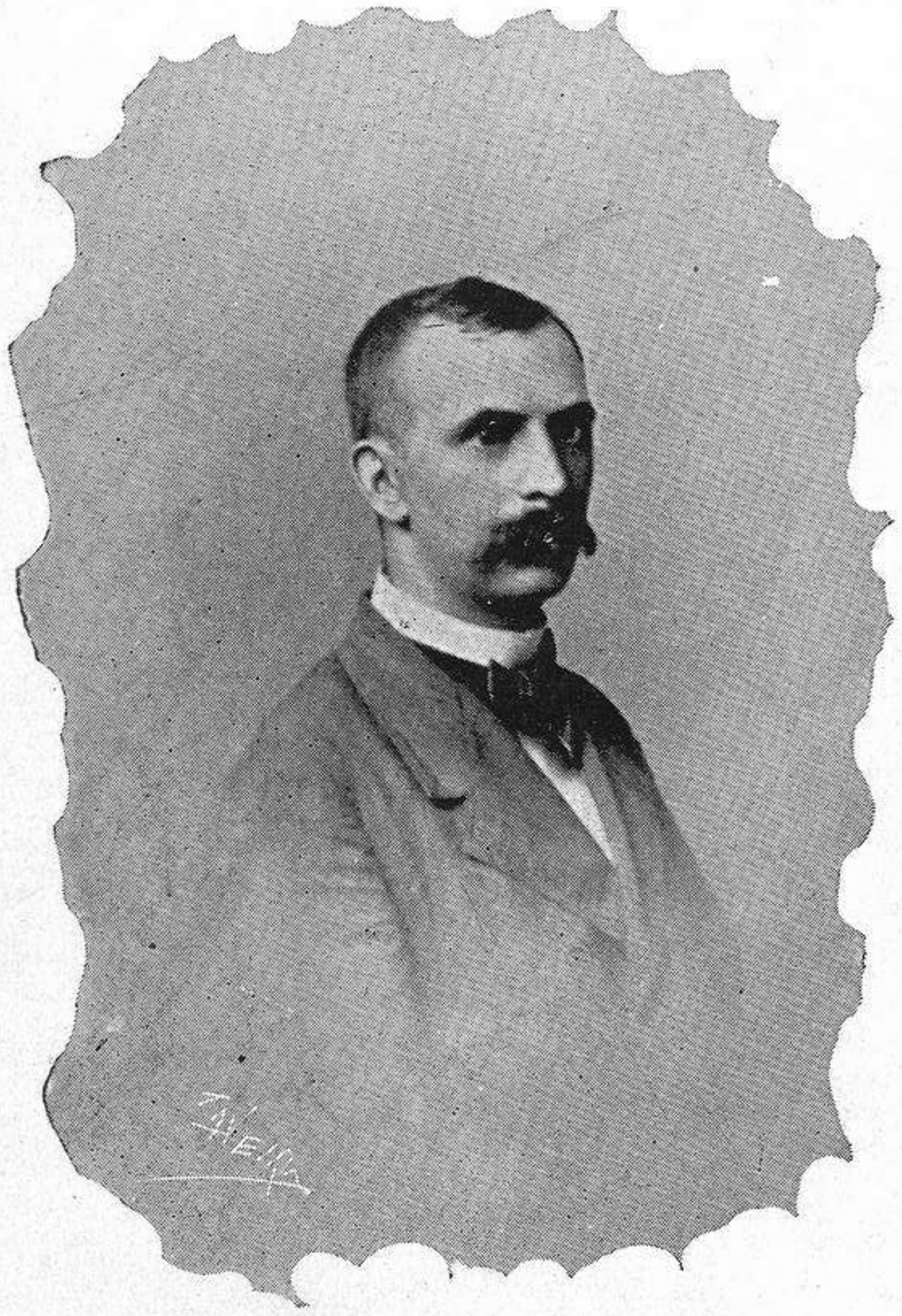
Al atravesar la bahía de Cienfuegos, reprodúcese ante el navegante el hermoso principio de la Puchera de Pereda; y la misma duda que al moderno académico y al gran pintor de costumbres montañesas se le ocurre, ocúrrésele al que visita nuestro puerto. Porque en efecto, se pregunta uno, ¿quién sería el primero que rompió la muralla de granito, que encerraba el que hoy es recinto líquido con inmenso anillo de piedra? ¿fué el mar, martilleando constantemente, con sus olas sobre la piedra? ¿fué el río, empujando, empujando, hasta que logró abrirse paso? ¡quién sabe! Aunque si bien se fija el que tal piensa, y ob-

serva la colocación de la isla de Cayo Carenas, que está del lado de acá, y que parece formada por el derrumbamiento de alguna roca, tentado estará de decir, que fué el mar el que venció, arrojando hácia adentro al coloso que durante tantos siglos había resistido sus embates.

Pero fuere quien quisiese el vencedor, el caso es, que en la obra colosal, que recuerda aquella otra á que el pobre marinero, que más tarde había de ser Monte Cristo y el sabio viejo italiano estuvieron entregados tantos años, salimos ganando nosotros, los hombres, los que siempre salimos gananciosos en esas grandes luchas de los elementos. Sí; salimos ganando, porque roto el dique, lanzóse el río afuera, entróse el mar adentro, y unidos ambos en el medio, confundidos en estrecho abrazo, formaron la bahía más hermosa del mundo. No hemos hecho nosotros mucho por embellecerla con nuestra industria ni con nuestro arte, este arte tan decantado, que no hace más que imitar lo que es verdaderamente bello en forma y en color, sin llegar jamás, no ya á superarlo, ni á copiarlo con exactitud siquiera.

¡Punta Gorda! ¡Cayo Carenas! ¡El Castillo de Jagua! Tres puntos que en nuestra bahía empezaron á colocar el lujo y la *poie de vivre*, y que han continuado afeándolos por cierto el negocio y el arrendamiento: y entre esos puntos una costa hermosísima, no con las sublimidades de lo abrupto, sino con la delicadeza de lo suave; avanzando unas veces con el atrevimiento del débil sobre el mar, dejándose acariciar por sus olas, robándole terreno, asomándose como curioso que quisiera investigar lo que hay más allá de la punta que oculta el horizonte, ó como si sudoroso y cansado quisiera refrescarse en las movibles aguas del mar Caribe.

Allí, en el fondo de tanta hermosura natural, va quedando Cienfuegos, achicado por la distancia, revelándose



Antonio Porrua y Fernández de Castro.

Alejandro Menéndez Aceval.

por puntos blancos que se destacan como si surgiesen del mar y como si fueran espumas de sus olas.

Miramos á Cienfuegos con cariño; en aquel punto lejano, quedan nuestros amores; allí se agitan en aquel instante seres que piensan en nosotros; pequeñuelos que han llorado al abandonar nosotros nuestras casas, y que de seguro en aquel momento, entre adormecidos y despiertos, nos llaman para que, como otras veces, les arrullemos sobre nuestras rodillas.

Pasamos por delante de Cayo Carenas: desde los muelles nos saludan algunas personas queridas que apenas distinguimos; las vemos un instante, agitando grandes banderas; pero el buque se halla en su elemento, acariciado por su muy buen amigo, el mar; jugueteando con él, partiéndolo con su quilla y saltando sobre su lomo de mónstruo, sigue indiferente la marcha sin preocuparle, como á nosotros, lo que en Cienfuegos queda.

¡El Castillo de Jagua! Desde Punta Piedra nos saludan también: en varios balcones del caserío vemos gentes que nos despiden: algunos no nos conocen de seguro; otros quizás nos han odiado hasta aquel día; pero el viaje encanta á todos; el misterio que va á descubrirse ante nuestros ojos es simpático, y amigos é indiferentes nos desean buen viaje.

En tanto nosotros, sobre la toldilla, hablamos, reimos los chistes que á cada cual se le ocurren, con la benignidad de gentes que se sienten satisfechas y que todo lo encuentran hermoso y agradable.

Estamos en el puente; el capitán, un hombre finísimo, D. Fernando G. Cueto, ha cedido su camarote, un camarote elegantísimo con cortinajes y cubrecamas claro-azul, á Eva Canel y Claudia, y nosotros nos agrupamos á la puerta de aquel camarote, acariciados por la brisa, escudriñando el lejano horizonte, en donde el cielo azul y el mar azul también se confunden, como pretendiendo in-

dagar lo que allá donde vamos nos espera, y contándonos nuestras impresiones con una palabra, con una frase que jamás es tomada en serio, no advertimos ni las horas ni los minutos.

Pasamos casi rozando la Concha, lo que fué hermosa quinta y hoy es solo montón de escombros, sobre los que se levanta únicamente una construcción pequeña de mampostería que resistió al fuego. Al pasar por allí, evocamos los recuerdos de los venturosos días de la paz; aquellas fiestas deliciosas y aquellos bailes inolvidables en que todos éramos amigos; el recuerdo dibuja una sonrisa en nuestros labios, pero una sonrisa que amarga el presente: donde aquellas fiestas se celebraron, donde tanta luz brilló y tan dulces notas han sonado; donde el lujo acumuló riquezas sin cuento, se ve hoy montón informe de chamuscados restos. ¡Maldita sea la guerra! y malditos los que traidoramente se levantan en armas contra la patria.

El buque sigue y continúa indiferente á todo esto: sin participar de nuestras alegrías ni de nuestras tristezas, por que el mar siempre es el mismo: ayer como hoy, vuela el *Purísima*, impulsado por el golpeteo inalterable de su máquina.

Pasada la Concha y divisada desde lejos la farola, el barco, que hasta entonces había marchado por un mar que no lograba hacerle balancearse, empieza á coquetear con fuerza: el mónstruo parece que quiere resistir al paso de la embarcación, y como coloso que es, trata de oponerse á su carrera con fuerzas de titán; pero el palacio flotante sigue, marcha burlándose de sus iras, y cabecea como el atleta que en reñida lucha tambalea el cuerpo sin mover los pies del punto en que los ha fijado, para ir alcanzando ventajas sobre su adversario, quizás más fuerte, pero menos sereno y sobre todo menos ingenioso en la pelea.

CLAUDIA TOUCEIRO Y GONZÁLEZ.

D. BALDOMERO MARTINEZ VEGA.

A nuestra vista se presenta muy cerca la costa, abrupta ya, con sus peñascales en la orilla, su intrincada manigua en segundo término, sus altas montañas allá en el fondo: entre aquella manigua y en aquellas montañas que parecen tranquilas, arde la guerra; en aquella espesura, quizás en aquel instante, la traición acecha; sobre un cayo de monte tres ó cuatro auras giran revoloteando; algún herido muere en soledad espantosa, y el ave de rapiña espera, revoltigeando sobre él, á que lance su último suspiro para lanzarse voraz sobre la ansiada presa.

Cada punto que divisamos nos recuerda algún hecho de armas hermosísimo: las bocas del San Juan traen á nuestra memoria el nombre de Bausá, el atrevido marino; las elevadas cuestas de las montañas, en cuyos senos se encierran el Nicho, la Siguanea, el Anabanilla, nos hablan del general Prats, del teniente coronel Vázquez y de Luis Ramos Izquierdo.

Pero estos pensamientos no nos ocupan más que un solo instante. En el grupo formado delante del camarote del capitán, ó mejor dicho de Eva, se habla, se ríe, se comenta todo, se discute cuanto se dice y Menéndez se ve obligado á tirar al mar su gorro morisco. Villamil tiene que bajar á su camarote para cambiarse de cuello, porque aquel colosal con que se presentó á bordo es objeto de toda clase de invectivas. Claudia opta por acostarse; el mareo empieza para ella, á pesar de que el mar parece que también quiere ser galante con nosotros, y el barco, que ha dejado de cabecear, se mueve lo menos posible.

Terminadas las difíciles maniobras de la salida del puerto, y distribuido el servicio de á bordo y cada cual en su puesto, el capitán viene á hacernos un rato de compañía.

D. Fernando Gutiérrez Cueto, el capitán del *Purísima*, es un hombre delicioso; un antiguo oficial de la Trasatlántica, exdirector de un periódico santanderino de los de

más fama; es hombre cultísimo, de vasta ilustración y de conversación encantadora. Marino de buena cepa, tiene adoración por los barcos, que son para él algo excepcional, no meras construcciones de madera, como seres dotados de inteligencia marinera.

Es claro que tales afirmaciones fueron recibidas por nosotros con carcajadas y protestas. ¡Un barco con talentos marinos! ¡Qué error tan grande! ¡Estos *lobos de mar* son tremendos en sus opiniones!

El capitán se pone serio: nuestra incredulidad le ofende.

—¡Ah! ¿Pero ustedes han creído, nos dice, que lo que yo afirmo no es cierto? Pues tengo la prueba de que sí lo es. Siendo segundo de un vapor he presenciado un hecho que demuestra mis afirmaciones: los buques tienen instintos de conservación. Oigan ustedes: viajábamos en él... (no recordamos el nombre del buque que citó el capitán) y de pronto se obscureció el sol; por el horizonte se presentaron nubes densísimas, y allá á lo lejos sentimos retumbar el trueno, al propio tiempo que el mar se agitaba con furia: la tempestad se acercaba. El capitán ordenó maniobrar de modo que el barco pudiese sufrir el empuje, sujetándose á las buenas reglas de la náutica; pero el caso fué que sin nadie advertirlo la carga se corrió hacia un lado, y es claro, cuando el viento comenzó á castigarnos, el capitán vió con extrañeza que el buque no respondía como responder debiera y que no se portaba como era de esperar que se portase. Sorprendido por aquella desobediencia extraña, pensó en cambiar la ruta, mas cambiarla era la muerte; cambiarla era contra toda ciencia, contra todo principio, pero aun así, en vista de las excepcionales circunstancias, se creyó en el deber de hacerlo. Dió las órdenes para ello y se tendieron las velas, porque la máquina estaba inútil, y se desplegaron los foques, y giró el timón, y á pesar de todo, el buque no cambió de posición,

A BORDO DEL "PURISIMA CONCEPCION"
LOS EXCURSIONISTAS, EL CAPITÁN DEL VAPOR, EL SOBRECARGO Y EL PASAJERO SOTO RIO.

Cuando el temporal hubo pasado y nos encontramos sanos y salvos, nos dijimos que si el buque hubiese obedecido á la maniobra, ya no las contaríamos, ni yo en este momento tendría el gusto de repetir el caso. ¿Por qué fué aquello? No porque dejara de hacerse lo indicado. El buque debió cambiar de ruta y no cambió porque no quiso, por instinto de conservación. Tanto es así, que pasado algún tiempo el capitán supo que se le había concedido una gran cruz por la pericia y el valor desplegados en tal trance, y entre confuso y admirado preguntó al que le dió la noticia: ¿y al barco que le dán?

El hecho era cierto; no cabía dudarlo, puesto que lo oíamos de labios que jamás habían mentido. No supimos qué contestar: estábamos seguros de que aquello era una hermosísima utopia, y sin embargo, á pesar de no estar convencidos, ninguno de nosotros se atrevió á argumentar en contra.

* * *

A nuestros piés en el castillo de proa había muchos soldados; eran enfermos dados de alta en los hospitales, y no todos bien dados por cierto, que iban á incorporarse á sus cuerpos.

Eva Canel es, no *madre de hospitales* como la ha llamado cierto poeta de la trocha; pero si de sentimientos caritativos por excelencia, y dispuesta siempre á caer del lado del soldado herido ó enfermo, y es claro, no podía pasar para ella inadvertido aquel cuadro tristísimo que ante nuestros ojos se presentaba. Vió soldados, los vió enfermos, y sintió como siente siempre deseos de socorrerlos, y echó un guante. Se acordó por unanimidad que el guante no pasaría de nosotros, del grupo de excursio-

nistas, admitiendo en él al Capitán que interpuso su autoridad para que se le admitiese. Y dicho y hecho: Eva Canel recogió entre nosotros lo necesario, poniendo ella la primera su óbolo, y apenas reunidos, fueron subiendo al puente uno á uno los soldados á recoger cada cual una peseta. Cotera, nuestro fotógrafo *de cámara*, entusiasmado por el espectáculo sacó, *en silencio*, una fotografia de este momento conmovedor para todos los pasajeros. Algunos soldados quedaron allá en el sollado, enfermos graves que no podían levantarse de sus hamacas, y al sollado fueron Eva Canel y Alejandro Menéndez á repartirles dinero á todos, y caldo á los que lo necesitaban, no porque en el vapor estuviesen desatendidos, ni mucho menos, sino porque allí donde llega la percepción de una española que encuentra soldados enfermos, no puede llegar en modo alguno la previsión de un mayordomo de barco por atento y cuidadoso que sea.

No había concluido el reparto cuando una voz gritó: «Trinidad á la vista.» Y en efecto; allá en el fondo del paisaje, en un recodo de la costa, recostada sobre la falda de una loma, se veía á Trinidad, la antigua ciudad de las riquezas, la de los edificios suntuosos, la de los ríos de pesos duros, la clásica Trinidad de las memorables fiestas de San Juan, la de los pozos de cerveza y las fuentes de leche, la de los ingenios que parecían jardines, la del valle espléndido en que la poesía late en cada rayo, en cada ceiba, en cada palmera; la patria de las mujeres hermosísimas.

Al verla, todos recordamos sus días de grandezas y su ayer espléndido; ninguno pensamos en su presente de ruina, su tristísimo hoy. Trinidad no tiene presente; Trinidad es y será siempre el pasado.

Soto Río, se nos olvidaba decir que el ínclito Soto Río nos acompañaba, fué indicándonos los puntos que se destacaban sobre el verde que advertimos en el fondo

A bordo del "Purisima Concepcion," Reparto de una peseta á cada soldado convaleciente.

del cuadro. Allá en lo alto, el vigía; entre filas de doradas montañas el valle incomparable: aquel gran lienzo blanco es el hospital; aquel punto elevado una iglesia; lo demás el pueblo, el conjunto de palacios de los Bequer, Iznagas, Bonet, Canteros y Lucas, convertidos hoy algunos de ellos, en chiqueros de puercos que hozan el fango amontonado sobre finos mosaicos.

Ya no podíamos separar nuestra vista de aquel espectáculo sublime; de aquella ciudad que habiéndose presentado ante nuestra vista como un puntito claro iba poco á poco destacándose para mostrarnos primero las cúpulas de sus iglesias, después las pizarras de sus tejados, por último las balaustradas de sus balcones.

Entramos en el puerto de Casilda.

En el muelle donde atracamos se amontonaban vendedores de frutas con sus *jabas* llenas de mangos, de hicacos y de marañones.

Visitamos el pueblo; un pueblo construido á los lados de la línea férrea, que está hace tantos años abandonada, y que hoy se piensa en reconstruir.

A las puertas de las casas se asoman algunas mujeres, que se preguntan unas á otras quienes somos; preguntas que ¡es claro! ni unas ni otras podían satisfacer.

Cotera quiere sacar una vista de Casilda, pero el Capitán nos dice que no pararemos allí más que veinte minutos. Los veinte minutos los hemos gastado en dar unos cuantos paseos por la calle principal y única quizás, y no nos queda tiempo para lo que quiere hacer el fotógrafo. Es lástima: en este sitio del folleto, vendría muy bien un fotograbado que representase á Casilda.

El vapor nos llama con el estridente sonido de su sirena; ya sabemos que no se irá sin nosotros; pero apresuramos el paso porque hay que llegar á Tunas temprano.

Embarcamos, y tan pronto termina la operación del desatraque, nos sentamos á la mesa. La mesa de los va-

pores de la compañía de Menéndez, es espléndida. Dígalo sino Villamil que por mor de aquella comida tuvo que pasar el siguiente dia en ayuno completo.

Volvemos al puente, y allí Cotera no puede resistir los deseos de hacer algo y nos retrata, y después de retratarnos, nos *revela* misteriosamente, que ha sorprendido una vista en momentos de que Eva Canel repartía dinero á los soldados, cosa que no sabíamos. Todos aplaudimos la pequeña trasgresión del fotógrafo; solo Eva se muestra contrariada. Es modesta: una virtud que no se nos alcanzaba en nuestra insigne compañera de viaje.

Por el horizonte empiezan á amontonarse sombras, que poco á poco van invadiéndolo todo. Sentados en la toldilla, miramos como avanza la noche, una noche deliciosa, de Cuba, donde las noches no son negras como las noches de otros paises, sino transparentes, llenas de misterios y de murmurios, que suben del mar ó que vienen de la tierra, y que envuelven al que como nosotros navega arrellenado en cómodo sillón y perfumado con atmósfera tibia. Gamboa esplaya originalísimas teorías llenas de ingenio y de ciencia; nosotros escuchamos con gusto, adormecidos por sus palabras y deliciosamente acariciados por las brisas salobres.

De aquella conversación sale el proyecto de escribir un folleto; apenas ha comenzado nuestro viaje, y ya las impresiones que hemos recibido, aun escritas al correr de la pluma, no caben en varios artículos de periódico. El viaje va tomando caracter interesante que merece ser escrito estensamente. Eva Canel, Gamboa, Menéndez y Porrúa nos distribuimos las partes del trabajo. La idea nos enamora: todo aquello será trasladado al papel: quizás nadie nos lea, quizás el trabajo salga poco ameno; pero nosotros lo leeremos y releeremos durante nuestras veladas; las palabras estampadas en el papel irán evocándonos multitud de recuerdos y así en cada página, gastaremos una

MIGUEL QUADRADO,
AYUDANTE DEL GENERAL GASCO.

noche entera; y cuando el tiempo pase, y este viaje esté borroso en nuestra memoria, el libro servirá de índice que nos vaya recordando incidentes de unos cuantos días de encantador paréntesis á una vida llena de amargura.

Y proyectando y planeando se pasa el tiempo: el buque prosigue indiferente su marcha. De pronto sentimos que chocamos contra algo que opone fuerte resistencia; del costado de estribor salen voces que dan órdenes imperiosas: nos asomamos á la borda y descubrimos gentes que se mueven, que se agitan, que andan, que corren.....

Estamos en Tunas de Zaza: aquel es el gran muelle, atestado de *tunos* más ó menos auténticos. Allí hay que esperar algunas horas: llevamos mucha carga; un gran convoy militar y la operación de descarga ha de ser pesada. Nos entra curiosidad por conocer el pueblo, y apesar de las observaciones que nos hace Soto Río y de asegurarnos que nos volverán tarumba los mosquitos no nos infunde miedo y saltamos á tierra.

Damos nuestros primeros pasos por Tunas, y Eva Canel asegura que aquello es una Venecia en miniatura: Gamboa afirma que más bien parece una ciudad lacustre; todos somos del parecer de Gamboa.

Las casas de Tunas se levantan sobre fuertes pilotajes; las manzanas están unidas en unos puntos por grandes pedruscos, y en otros por estrechas tablas sin clavar, amenazando con arrojar al agua al transeunte que no tome muchas precauciones ó tenga la desgracia de dar un paso en falso. El mar, en consorcio con las aguas llovedizas, ocupa el terreno, y como producto suyo, se desprenden inmensas legiones de mosquitos que con sus picadas hacen insufrible la vida.

Paseamos dos *calles;* la mayor parte de las casas, están herméticamente cerradas, y cada vez que se abre la puerta de alguna de ellas, densísimas columnas de

humo salen del interior. Los *tunos*, como los esquimales, prefieren asfisiarse, á morir á picotazo de cinife.

Volvimos á bordo, huyendo del *aguijón falaz* y nos encontramos la cámara del vapor llena de mujeres hermosas agrupadas alrededor del piano: en él, en el piano, un joven *tuno*, ejecuta una pieza que es muy aplaudida; después ocupa la banqueta una señorita muy mona, que toca la «Plegaria de una Vírgen.»

En esto, se nos presenta un periodista, que saluda á Eva Canel, y que nos llama falanje distinguida.

Alejandro Menéndez, protesta, asegurando que tenemos derecho á formar un dedo entero.

Vamos desfilando; se siente el golpear de las puertas de los camarotes, y momentos más tarde todo duerme á bordo; sólo en proa, se oye el ruido de la grúa que descarga los efectos de la Administración Militar: de popa viene un murmullo seductor; el joven del piano, repite una vez más, al oído de la señorita, la Plegaria y le dice seguramente que la ama y que la.....

.....

—¡Arriba, que estamos en Júcaro!—nos gritó una voz acompañada de fuertes golpes dados sobre la puerta de nuestros camarotes. Abrimos perezosamente los ojos; miramos á nuestro alrededor, como hacen las damas de segundo orden al volver de sus desmayos: nos dimos cuenta de que no estábamos en nuestras respectivas casas, sino en el camarote de un vapor; fumamos un cigarro, blandamente recostados en nuestra litera; los hombres, porque ni Eva ni Claudia tienen el vicio de fumar; nos arrojamos del lecho, sino de pluma, todo lo blando que puede ser una cama á flote y pocos momentos después estábamos en el puente.

Por la izquierda y sobre las crestas de las montañas, empezaba á surgir el sol, en tanto que por la derecha, en

A BORDO DEL "PURÍSIMA CONCEPCION," LOS EXCURSIONISTAS, EL CAPITÁN DEL VAPOR D. FERNANDO F. DEL CUETO Y EL CAPITÀN DE INGENIEROS LA FUENTE, COMANDANTE MILITAR DEL JUCARO.

el horizonte, montón informe de negras nubes formaba el cortejo de la noche que huía.

El mar, tranquilo, sin convulsiones ni oleadas, se tendía á nuestros piés, como inmenso espejo en que se mirase fevo para ensortijar sus largos rizos de oro: el buque cortaba sin ruido y sin lucha las aguas: en las costas los bosques vírgenes aparecían rodeados de sútil bruma, como si costase á la negruzca trabajo, abandonar aquel su recinto predilecto y fueran poco á poco dejándolo con resistente pasividad, vencidas al fin por la potencia del día que avanzaba.

Uno á uno nos reunimos todos y después de las frases de ordenanza, y de comunicarnos que habíamos dormido á pierna suelta, como gentes que no tienen penas ni preocupaciones, empezamos la obra de arreglar nuestras desarregladas maletas para el desembarco.

Y allí fué ella: habíamos cobrado afición al simpático Capitán del *Purísima*, y habíanosla cobrado él, que periodistas todos, unos en activo, y de cuartel el Capitán, habíamos estrechado lazos que difícilmente podrán ya romperse. Quería el Capitán que siguiésemos viaje á Santiago de Cuba; sentíamos nosotros inclinación á hacerlo y de seguro lo hubiéramos hecho si nuestros planes no se nos hubiesen interpuesto.

La trocha era el objetivo de nuestro viaje, estudiarla y verla á nuestros deseos, y escudriñar sus misterios nuestro anhelo mayor: venció el deber, la obligación impuesta, y cuando el *Purísima* dió fondo fuera de los pontones, todos estábamos con nuestras maletas en la mano, Eva Canel tenía en su cabeza una elegantísima boina de paja y plumas y Claudia, espantando su mareo, miraba con terror un vaporcito que se acercaba con tardo paso, y que según el capitán era el que nos había de llevar á tierra.

Y como todo llega en este mundo, llegó el vaporcito,

aquel por fin, que se llamaba el «Fernando,» y en él el capitán de ingenieros Sr. Lafuente que nos saludó en nombre del General Gasco.

El General por haber recibido muy tarde el cablegrama que le anunciaba nuestra salida de Cienfuegos y por falta de medios de locomoción no se había trasladado á Júcaro, exceso de galantería que íntimamente le agradecimos. El amable capitán Lafuente, comandante militar de aquel fuerte, nos enseñó el telegrama en que se le daba órden de recibirnos en nombre del General y se le anunciaba que éste llegaría á las nueve en el tren ordinario.

Ya comenzaba para nosotros la hospitalidad jamás bastante alabada del General y esto nos hizo sentir menos abandonar la del capitán Cueto.

Antes de desembarcar, Cotera nos hizo varios grupos fotográficos en uno de los cuales tuvimos el gusto de incluír al valiente oficial de ingenieros Sr. Lafuente.

—Adios capitán, ¡buen viaje! gritamos desde allá abajo, desde el trasporte, al antiguo marino de la trasatlántica, que desde el puente agitaba su gorra saludándonos. Dió sus tres pitazos como todo un vapor, el «Fernando;» contestóle con tres rujidos de su sirena el «Purísima» como si quisiese asustar á aquel diminuto cascarón que á su costado rebullía y asustado ó no, que esto no puede saberse á ciencia cierta, el «Fernando» echó á andar y nosotros á separarnos del vapor grande, gritando siempre: adios capitán, y el capitán siempre agitando su gorra negra, hasta que nuestros gritos no se oyeron, y el capitán entre mustio y malhumorado, se retiró del puente.

PUERTO DE JUCARO.

CAPITULO II

Donde verá el lector lo que nos ocurrió en Júcaro y Ciego de Avila y las primeras impresiones que recibimos de la trocha, con otras cosas más que se hallarán en este capítulo.

—Llegamos, casi sin detrimento de nuestras personas á Júcaro; salimos como Dios nos dió á entender, del fondo de aquel pozo flotante que se llamaba «Fernando,» y ya sobre los muelles, dirijimos una última mirada al «Purísima,» que levadas las anclas, iba cada vez alejándose más de nosotros.

El comandante de armas de Júcaro, Sr. Lafuente, un capitán de ingenieros que ha trabajado mucho, como todos sus compañeros, en la construcción de la trocha, nos llevó, cumpliendo órdenes del General Gasco, á que descansásemos en el mejor establecimiento, que hay en el pueblo; á la casa de Ceferino Eguzquizar, mezcla de bodega, hotel y restaurant, donde nos tenían preparado alojamiento, y al entrar en éste nos sorprendió, agradablemente, una gran mesa, perfectamente puesta, y que nos presajiaba un excelente almuerzo.

Se nos habia hablado muy mal de Júcaro; nos habian dicho que en la trocha, hasta los generales comian solo garbanzos, y que allí era cosa completamente desconocida la carne, y absolutamente ignorados los demás artículos de comer, y aquel, como todos los malos augurios que se nos habían hecho, tenía trazas de resultar muy falso, porque para garbanzos y bacalao y arroz blanco, no se prepara una mesa como la que teníamos delante.

El general Gasco debía de tardar lo menos dos horas en llegar á Júcaro, según nos dijo el capitán Lafuente; habría salido á las seis, del Ciego, como se *habla* por allí, y por lo menos hasta las ocho no nos pondríamos á sus órdenes.

Estábamos en Júcaro para ver la trocha; nos hallábamos en su primera línea, y teníamos deseos de empezar nuestros apuntes y trabajos.

—¿Habrá inconveniente de que veamos algo, capitán? preguntamos al finísimo comandante de armas, que nos hacía los honores de aquel pórtico de la línea militar.

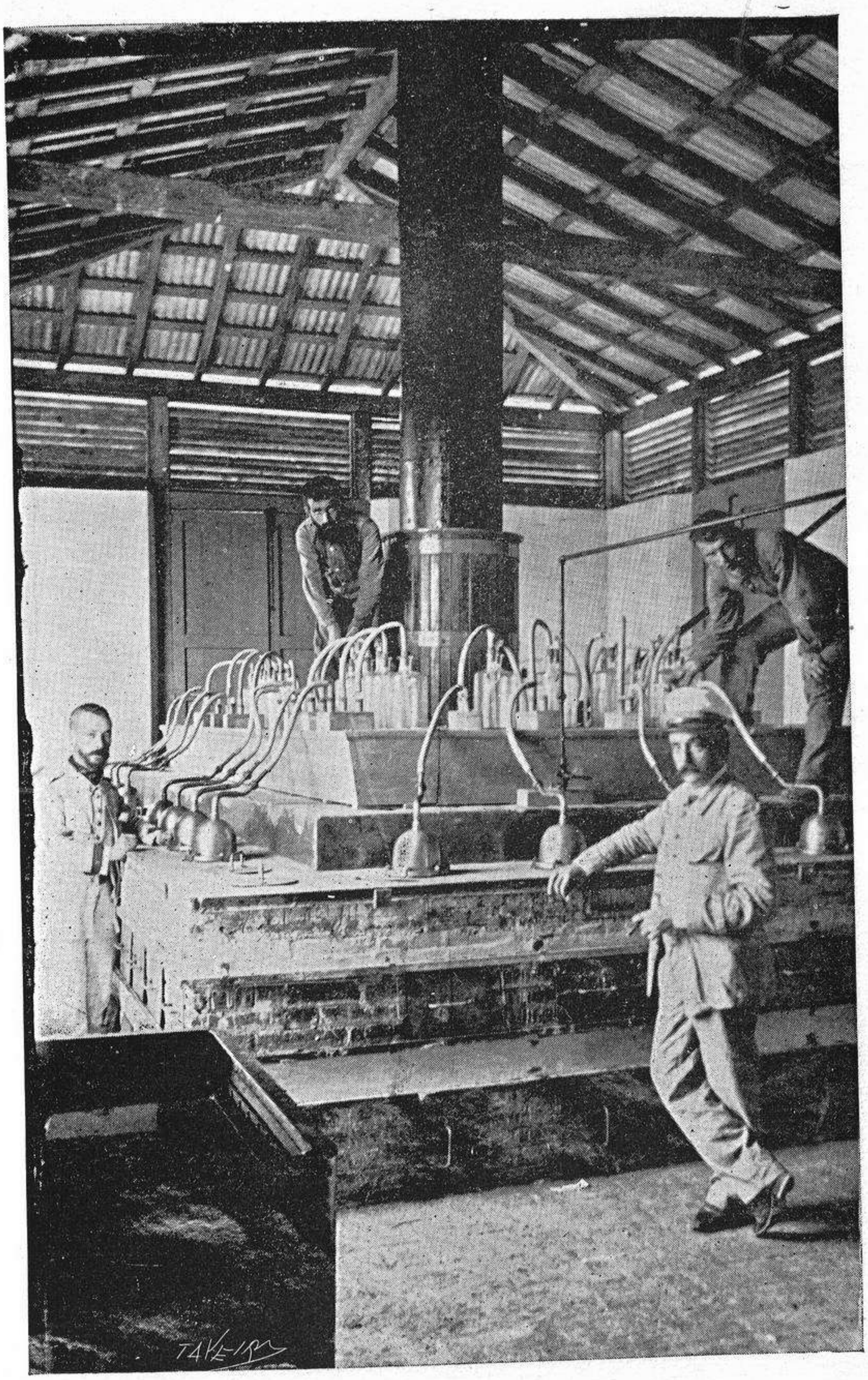
—Estoy á la disposición de ustedes en absoluto, nos contestó él: vengan, les enseñaré la fábrica del oxíjeno y el «número uno.»

Nos pareció muy bien aquello, por más que no pudiésemos entender lo que significase lo del «número uno.» Pero como los *Isidros*, no quisimos dar á conocer nuestra ignorancia, y alegremente seguimos á Lafuente, diciéndonos: vamos á ver el uno—como personas que saben lo que el uno significa.

Ya estábamos en la trocha, ya íbamos á verla, ya iban nuestros ojos curiosos á investigar aquello con que soñábamos hacía cinco ó seis días. Cada uno de nosotros tenía, allá, en el fondo de su cerebro, delineada una línea militar á su antojo, y hubiera sido curioso conocer el pensamiento de cada cual.

Nos lanzamos á la calle y comenzamos por ver la fá-

FABRICA DE OXIGENO EN JUCARO.



LABORATORIO PARA LA OBTENCION DEL OXIGENO Á CARGO DEL FARMACÉUTICO DE PRIMERA CLASE D. JOAQUIN ESTÉVANEZ.

brica de oxígeno poniéndose á la cabeza de la *falange* el amigo Gamboa como científico de la excursión. Eva dijo que apenas se enteraba porque la volvian loca los hornillos, las retortas y las tuberías, pero se nos plantificó delante de un soplete manejado por un cabo que doblaba tubillos de cristal y hasta que no se hizo cargo de como se *torcian derechos* porque aquello era lo contrario de enderezar entuertos, no pudimos sacarla del laboratorio.

Gamboa no perdía frase de lo que iba reseñando el farmacéutico militar D. Joaquin Estebanez, un sábio químico según nos dijo el propio capitán Lafuente y además un caballero atentísimo según pudimos observar nosotros.

Nos explicó el como y porque funcionaba todo aquello que él ha montado y que él dirije.

Cuando en el departamento de comprimir el oxígeno nos explicó la máquina que lo comprime, nos asombramos de que haya cosa, siquiera esa cosa sea gas, que pueda comprimirse tanto.

No lo entendemos; al menos el que estas líneas escribe se quedó en ayunas. La fábrica de gas se compone de una bateria de 24 retortas, gasómetro y máquina compresora; suministra mil litros diarios de gas á cada foco bajo la enorme presión de 125 atmósferas.

Las 68 torres que componen la línea están provistas de focos luminosos movibles de mucha intensidad, especie de faros exploradores parecidos á los *search lights* que los buques modernos llevan á proa para entrar de noche en puertos valizados.

El fluido se envía á las torres por medio de tubería muy resistente, cuyo diámetro interior alcanza un centímetro, y la cañería lo deposita en cada torre en otro tubo de acero fundido de 20 centímetros de diámetro, siendo la carga que recibe, suficiente para las necesidades de la noche.

La luz resulta incolora aunque muy viva, y por su

brillantez y su cualidad acromática facilita la lectura de un manuscrito á más de 500 metros de distancia del foco.

Su primordial objeto es, naturalmente, explorar el campo en todas direcciones y asegurar el buen servicio aun en las noches más obscuras, impidiendo que un solo hombre pueda acercarse á la línea sin ser visto.

Admirada la ímproba y científica labor del químico señor Estebanez y la máquina de comprimir que tan intrigado tenía á Porrúa, nos disponíamos á salir cuando dijo Baldomero Martínez, es decir, nuestro Ministro de Hacienda:—que falta les hacía á muchos oradores políticos comprimirse como el oxígeno. Aplaudimos al Navarro Reverter de la expedición y dijo cada cual lo que se le ocurrió que no fué poco ni malo.

Pero no repitamos lo que se ocurrió á cada uno.

—Vamos al uno señores—¡dijo el capitán Lafuente!

—¡Vamos! respondimos todos á la vez y echamos línea adelante sin saber á donde íbamos ni menos lo que era *el uno*.

—¿Y al otro, cuándo vamos? preguntó Porrúa.

—¿Al otro? interrumpió Lafuente, gozando con nuestra curiosidad, *al otro* luego: después que hayamos ido *á este*.

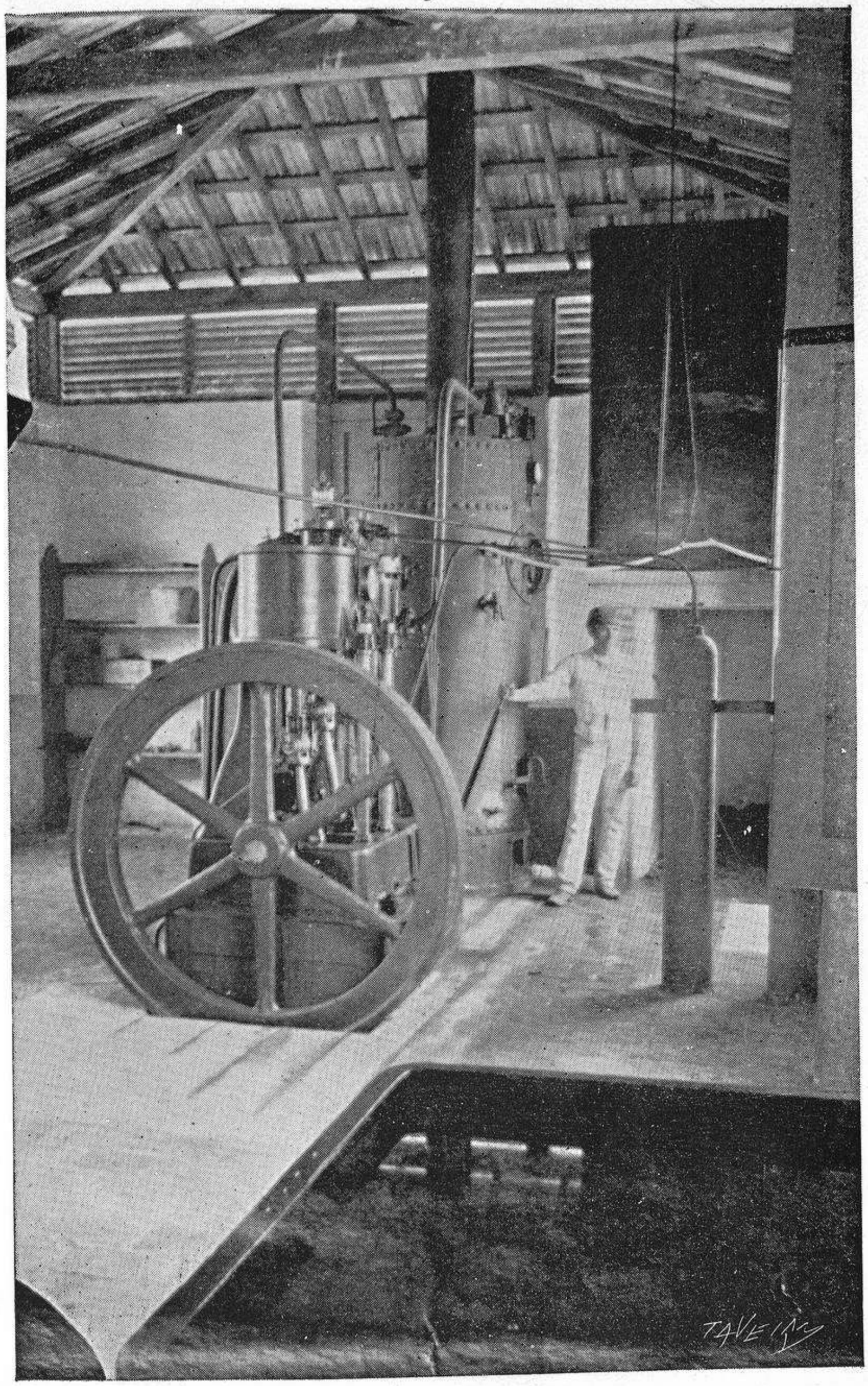
La línea estaba enfangada y resbaladiza como trucha recien pescada, y el sol ejercía de mosquito de Tunas por lo que picaba, pero nosotros de nada hacíamos caso; para jente intrépida no resultaban estas ni dificultades siquiera.

—Vaya—dijo el capitán La fuente—allí tienen ustedes *el uno*.

—¡Ah!—Respondimos á coro—el fuerte número uno.

—Eso es; el fuerte número uno ¿quieren ustedes acercarse?

—Ya lo creo, contestó Eva resueltamente y se encaminó por la veredita de piedras y fango que conducía al



CALDERA Y BOMBA DE COMPRIMIR OXIGENO.

uno, á cuyos ambos lados había grandes lagunatos de aguá de lluvia que formaban ciénega infranqueable.

La estrecha vereda era hecha por los mismos soldados, sacando todo el partido posible del pantanoso terreno así como habían rellenado también con cascote el rededor de la torre y otro pequeño cuadro donde se levantaba *airosa* una *construcción* mezcla de choza y de bohío.

En el momento de llegar nosotros comian el rancho sentados los unos en la parte menos enfangada, al lado del bohío, y los otros alrededor de una mesa metida en el agua, y por consiguiente metidos los comensales también hasta media pierna.

Quisieron los muchachos levantarse, pero Eva, adelantándose á la orden del Capitán Lafuente, les mandó que se estuviesen quietos y es que Eva, en esto de evitar molestias á los soldados siempre se adelanta á todo el mundo, sin hacer caso de ordenanzas ni de disciplinas. Después de *reñir* á los muchachos por que estaban comiendo *tranquilamente* sentados con los pies en el fango, Eva y Menéndez quisieron cerciorarse de que el rancho era bueno, probándolo.

Por supuesto que, tanto el uno como el otro no perdonaban *probatura ranchera* en ninguna parte y valga la verdad que elojiaban la sazón, lo esquisito del condimento y la clase de los componentes.

Esto habla mucho y muy alto en favor de los jefes de la Trocha.

Eva Canel subió las estrechas escaleras de la torre con ajilidad increible; nosotros la seguimos, y desde lo alto admiramos un paisaje espléndido. A un lado el mar, y en él los buques de guerra que vijilan; al otro una faja extensísima y limpia de malezas que se hunde allá en el horizonte y en la que se destacan dos rayas formadas por las paralelas de la línea férrea que al parecer van juntándose, juntándose hasta confundirse casi en una sola

que brilla y relampagueante herida por los rayos del sol: otra línea de escuchas, blockhaus, torres y campamentos en que los soldados fija la vista en la manigua la observan constantemente; y la más avanzada, la tela de araña, inmensa, interminable, que como las otras dos se pierde en el horizonte, camino de Ciego de Avila. Al frente y á la espalda, después de salvado el anchísimo desmonte, que también han hecho los ingenieros, la manigua, muda, sombría, misteriosa, inmenso velo de ramaje y de *llanas* que corta el paisaje, ocultando á la vista lo que se encierra tras ella; allí quizás está el enemigo, que huye de las columnas españolas que le persiguen, escondido en las sombras de la espesura, fija la vista en nuestros soldados esperando un momento de descuido ó de sueño, para intentar el paso; pero por mucho que espere, el momento de sueño ó de descuido no llegará nunca; y aunque la desesperación le arrastrase, si hubiese sombras en la noche, que ya no las habrá porque en la Trocha no anochecerá nunca y si se atreviese á avanzar, la alambrada le haría prisionero de su red tupida y enmarañada y los fuegos de los escuchas, de los blockhaus, de las torres y de los campamentos le cobrarían caros sus atrevimientos.

La alambrada es uno de los más bellos y sorprendentes trabajos de la Trocha, como en nuestro grabado puede verse.

Recordando sin duda los pozos de lodo y los caballos de prisa muy usados en la fortificación antigua, nuestros ingenieros militares echaron mano de material moderno, que consiste en una especie de cordel construido con alambre de hierro galvanizado y provisto de puas á la distancia de 25 centímetros una de otra. Estos alambres se usan en las fincas agrícolas en sustitución de las cercas de madera, piedra ó seto, colocadas en sentido horinzontal á distancia de 20 centímetros unos de otros, apoyados fuertemente sobre estacas de madera, formando una cerca

UNA TORRE CON LA ESCALERA LEVANTADA.

UNA TORRE CON LA ESCALERA BAJA.

vertical de metro y medio de altura. Tal disposición no era aplicable como obstáculo de importancia para detener al enemigo y hubo que estudiar el mejor procedimiento y acudir á él á fin de que fuese un positivo y terrible valladar, adoptándose, en consecuencia, una forma completamente nueva, que consiste en tender los hilos diagonalmente sobre estacada trazada al treshobillo y abrazando una anchura de seis metros. Las estacas tienen proximamente un metro de alto y están clavadas á distancia de dos metros una de la otra.

Para comprender bien el laberinto que resulta de esta faja de alambres cruzados en todas direcciones, esceptuando el sentido horinzontal, es preciso estudiar mucho y fijarse bien en el grabado que la representa como antes hemos dicho: solo así podrán los que no la han visto apreciar los obstáculos que opone al paso de hombres y caballos, con la circunstancia de que aun cayéndose las estacas ó arrancándolas violentamente, la red continuaría enmarañada sucediendo lo mismo si se cortan los alambres á filo de machete, operación que no puede practicarse hostilizando al que pretenda realizarla.

En cada kilometro de alambrada se han empleado 53 kilometros de alambre. La cantidad de este empleada en toda la estensión de la línea es por consiguiente muy grande y dado el precio á que se obtiene no habrá podido costar menos de sesenta mil pesos oro.

Entretenidos en la contemplación de la línea militar y paseando la vista por la vasta extensión que desde la torre alcanzábamos, se nos hizo el tiempo muy corto y no se nos ocurrió que podía llegar el tren y pasar hacia Júcaro y dejarnos un kilómetro atrás y tacharnos el general de poco atentos y menos delicados.

—¡El tren! dijo un soldado de los que hacían centinela en el más alto piso de la torre y allí fué la de bajar corriendo á pique de romperse la crisma y la de apretar el

paso sin ocuparnos del fango y del cascote para llegar á la vía cuando menos, con objeto de que pudiesen vernos los viajeros.

No muy lejos se divisaba el penacho de humo blanco que la máquina dejaba á su paso veloz, apareciendo como un punto negro que se fué agrandando hasta presentársenos cerca, imponiéndose con altiveces de soberana y triunfadora para obligarnos á dejarle paso.

El tren llega á donde estábamos nosotros que nos habíamos detenido para hacer un saludo á su paso al amable general que con sin igual cortesía se dignaba ir al encuentro nuestro y un poco más adelante se detuvo el convoy; desciende de su coche salón el comandante general seguido de sus ayudantes y de otros jefes del ejército y se adelanta Eva á recibirlo para hacer nuestra presentación despues de estrechar la mano de su buen amigo.

El General Gasco nos cautiva desde el primer momento porque tiene una frase cariñosa, franca y adecuada para cada uno como si de toda la vida nos conociese, y echa la presentación continuamos la marcha á pié hácia casa de Ceferino, donde nos espera el almuerzo.

Aquí se hace preciso que á su vez presentemos nosotros á los lectores, al general de división D. Federico Alonso Gasco, jurando en Dios nuestro señor y en el ánima nuestra, que nada le aumentamos en elogios ni le ponemos en bondades y que de no merecer estas y muchas más, encontrado hubiéremos el medio de mermarlas, pues ninguno de los excursionistas tenemos acreditado ser aduladores y todos, cual un poquito más, cual un poquito menos, pasamos plaza de cantar muy claro y llamar las cosas por sus nombres.

Es el general D. Federico Alonso Gasco y Lavedán un hombre correctísimo, de vasta ilustración; gran conocedor del corazón humano; de conversación amena; tan atento y fino que no hay palabras que expresar bien pue-

EXCMO. SR. GENERAL DE DIVISION, D. FEDERICO ALONSO GASCO Y LAVEDAN,
COMANDANTE MILITAR DE LA TROCHA.

dan *el su* modo especial de tratar á las gentes. Nos ha convertido en objeto de sus atenciones durante algunos días; no ha habido, hora, ni minuto, ni segundo en que no hayamos obtenido de él alguna delicada atención y, sin embargo, de tal modo nos hacía los honores, que no hemos llegado á sentirnos como generalmente se suelen sentir los que reciben tales agasajos, abrumados por el peso de las delicadezas. El general Gasco, es atento, sin esfuerzo por su parte y sin que casi lo advierta aquel á quien sus atenciones dedica, y esta condicion suya propia, se revela en todos sus actos; cuando se ocupa del soldado; cuando habla con los subalternos, hasta cuando reprende por alguna de esas faltillas que para el buen militar, ordenancista y escrupuloso, constituyen verdaderos delitos. Y es lo estraño, que aun siendo como es y como decimos, aun hablando en este tono con los inferiores, siempre resulta el hombre superior, siempre se escucha al jefe, siempre se advierte al general; únese á todo esto que quizás y sin quizás por el modo y la manera de ser suyas, soldados, oficiales y jefes le adoran, desviviéndose tanto por cumplir sus órdenes y llenar los deberes naturales cuanto por dejar sastisfecho al que lo manda, sin que de sus frases salga jamás una palabra que ofender pudiera á jefes ni oficiales, clases ni soldados.

Solo elogios hemos recogido en nuestro camino para este general, orgullo muy legitimo de sus amigos como del ejército y cuya hoja de servicios vamos á reseñar de memoria para probar con hechos lo que con entusiasmo y con el corazón escribimos.

Ingresó en el ejército el 22 de Mayo de 1857 y ascendió á alférez el día 1º de Noviembre de 1859, siendo destinado al África donde hizo toda la campaña y obteniendo el grado de teniente por la acción de 31 de Enero en la llamada de Tetuán. Permaneció en el ejército de ocupa-

ción hasta que nuestras tropas se retiraron de aquella plaza, habiendo ascendido á teniente por antigüedad, único empleo que obtuvo en su carrera, por turno de la escala.

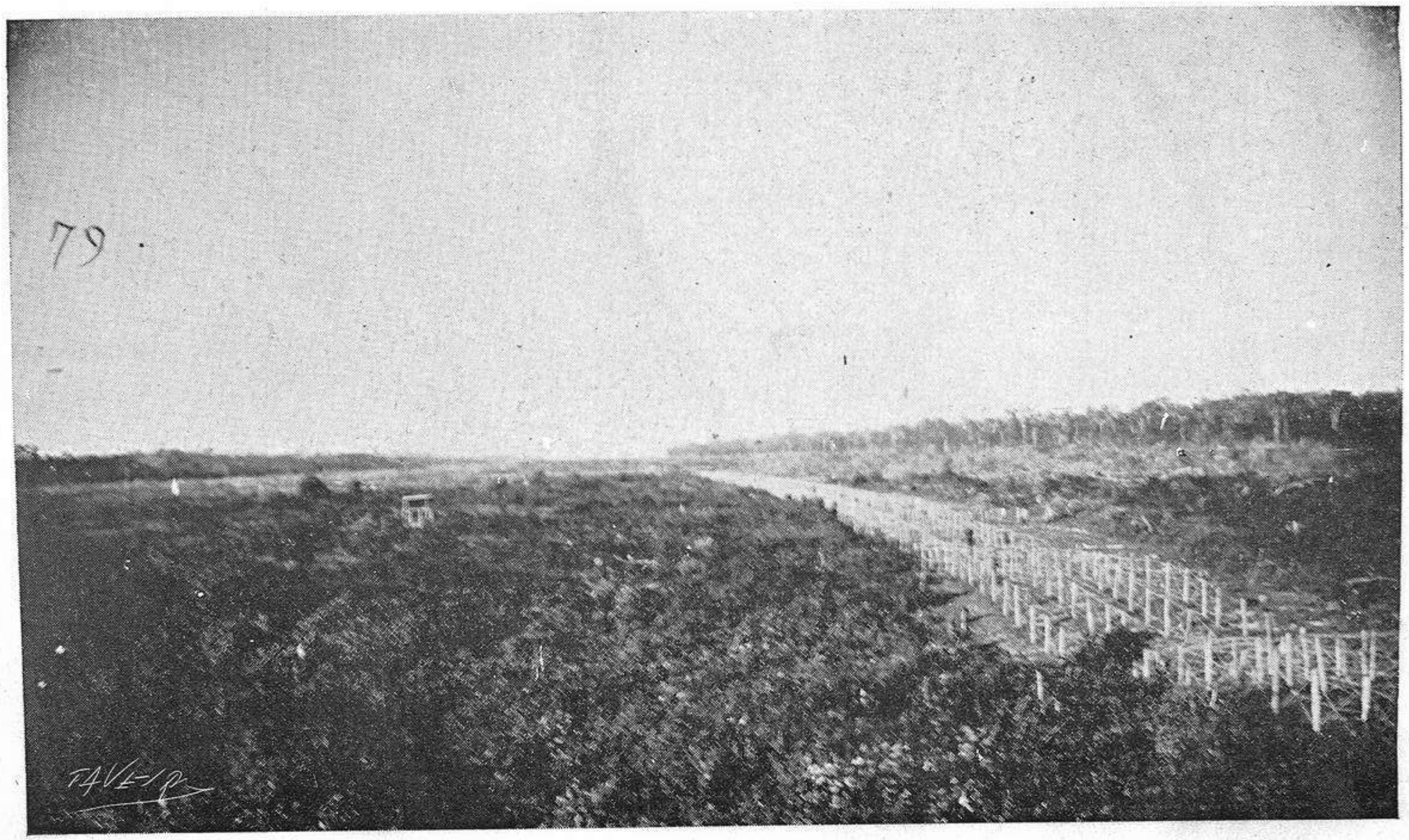
El empleo de capitán le fué concedido el año 1870, en Cuba, por haber tomado parte en el castigo de las partidas insurrectas y en el mismo año fueron recompensados también sus grandes servicios, pero con el grado de comandante.

El sobregrado de teniente coronel se le concedió por el sitio de Valencia, en la guerra cantonal. La efectividad de comandante le fué otorgada por la acción de Santa Pau y Mieras el 17 de Enero de 1875, y el empleo de teniente coronel por el sitio y toma del castillo de Mirabet, en Julio del mismo año. Obtuvo el grado de coronel por el sitio y toma de la Seo de Urgel, y el empleo de coronel por la toma del Alto del Centinela, en la batalla de Peña Plata, cuyo empleo le fué otorgado por el General en Jefe, sobre el campo de batalla, de cuyo hecho vamos á hacer mención, por lo mismo que pone de manifiesto el pundonor militar del hoy general Gasco.

El 18 de Febrero, recibió órden de atacar y tomar con su Batallón, Cazadores de Cataluña, el Alto del Centinela, cuya posición estaba defendida por cuatro batallones carlistas. Al querer cumplir dicha orden, fué rechazado por tres veces consecutivas; y como el General en Jefe se hallaba presente, le mandó aviso, diciéndole, que en vista de lo difícil de la empresa, que se retirara si lo creía conveniente, cuyo aviso recibió el entonces teniente coronel Gasco por el que hoy es general Ochando.

En vez de retirarse juzgó el altivo y bravo militar como caso de honra hacer un nuevo intento y reorganizando el batallón, toma en sus manos la bandera; arenga vivamente á sus soldados; lánzase por cuarta vez al ataque de aquellas disputadas posiciones para tomarlas ó morir y á tan decisivo empuje y á tan heroica resolución no

ALAMBRADA EN CONSTRUCCION.



ALAMBRADA.

pudo resistir el enemigo que abandonó el Alto del Centinela quedando éste en poder del Batallón Cazadores de Cataluña y del arrojado teniente coronel que lo condujo á la victoria.

El General en Jefe, que presenció la heroicidad de aquellos valientes cazadores, ordenó que se saludara al batallón con la marcha real, tocando todas las bandas de música presentes.

Sobre el campo de batalla, y en día para él inolvidable fué recompensado, el hoy general Gasco, con el empleo de coronel, como antes hemos dicho.

El 20 de Mayo de 1890, ascendió á general de brigada y á general de división el 20 de Febrero de 1897 propuesto por el ilustre general Weyler por méritos de guerra. Asi vemos que asistió á la campaña de África, á la republicana cantonal, á la carlista y á las dos de Cuba.

Está en posesión de las cruces de 1ª, 2ª y 3ª clase, de la orden del M. M., por servicios de guerra; de la orden de San Hermenegildo, cruz y placa, ostentando además las medallas de África, guerra carlista, republicana y la de la campaña de Cuba.

Tiene las grandes cruces de San Hermenegildo y las del M. M., roja y blanca; la encomienda de Carlos III, también por mérito de guerra, y es cuatro veces benemérito de la patria.

Ha mandado los siguientes cuerpos:

Un batallón del regimiento del Príncipe, como comandante primer jefe accidental y más tarde el mismo batallón, siendo ya teniente coronel; despues ha mandado los batallones de cazadores de Llerena y de Cataluña.

Como coronel ha tenido el mando de algunas medias brigadas y los regimientos de Cuba y de Filipinas, este último cerca de diez años.

Ha sido también ayudante de campo del general Martínez Campos.

Como general, ha desempeñado los cargos siguientes:

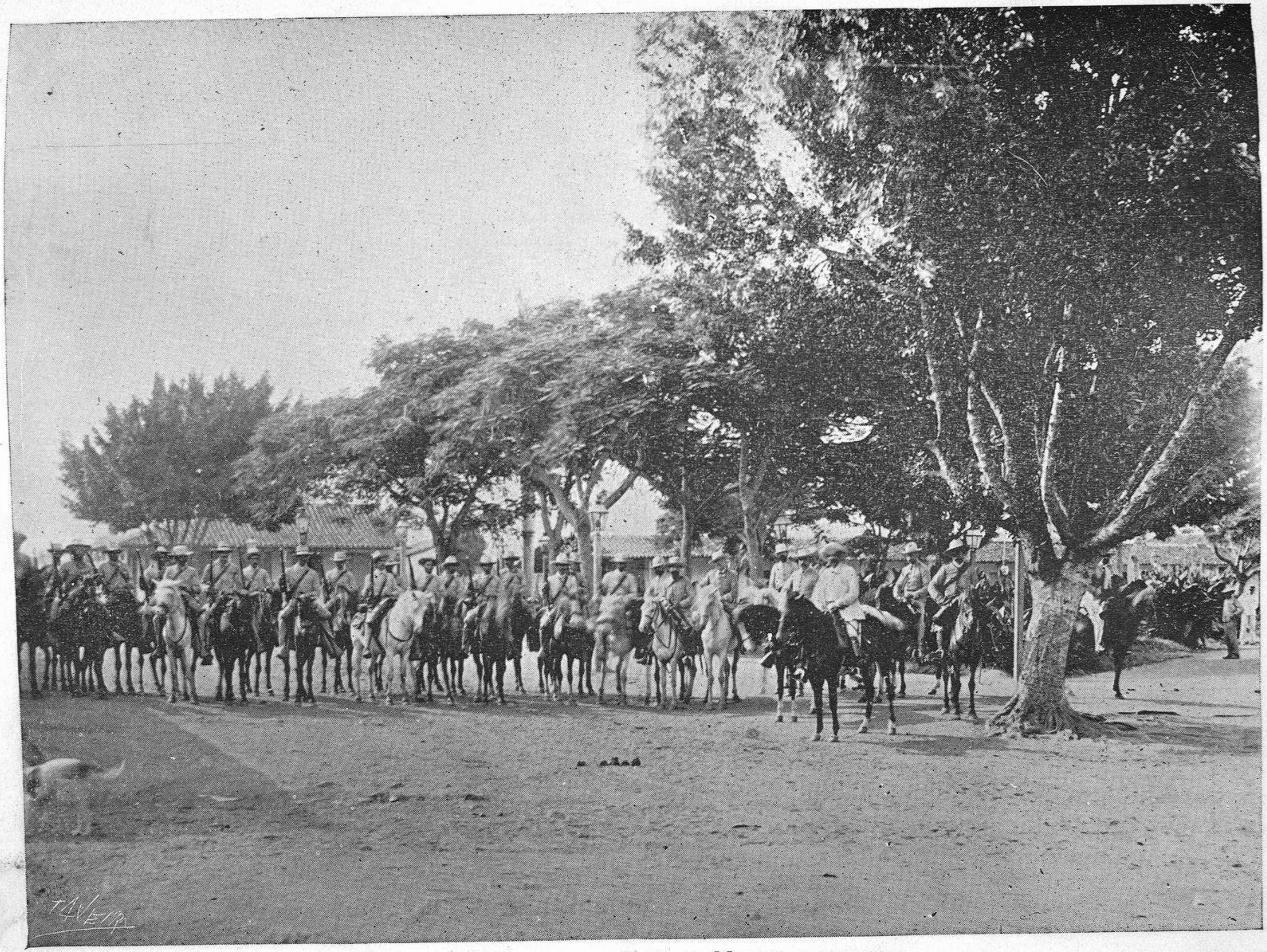
Una brigada de infantería en el ejército de Valencia; después, la brigada montada del mismo ejército, compuesta de dos regimientos de caballería y uno de artillería montada.

Fué comandante general de la provincia de Puerto Príncipe; Gobernador Civil de la misma provincia; comandante general de Pinar del Río; jefe de la brigada de Santiago de Cuba; comandante general interino de la división de Manzanillo y Bayamo; jefe, alternativamente, de estas dos brigadas, la de Manzanillo y la de Bayamo; segundo jefe de la trocha militar del Mariel á Majana; jefe de una brigada de operaciones en Pinar del Río; jefe de la segunda brigada á las inmediatas órdenes del General en Jefe, en cuya honroso puesto ascendió á general de división por el combate de la Reforma, contra Máximo Gómez. Fué jefe en comisión de la brigada de Remedios, y en la actualidad es comandante general de la trocha de Júcaro á Morón.

Lleva sirviendo en la actual campaña, desde el 21 de Abril de 1895, sin haber estado enfermo un solo día, no habiéndose separado del puesto que desempeñaba, excepción hecha de unas pocos días que gozó licencia en la Habana, por primera vez, en Mayo último, y por estar á las inmediatas órdenes del General en Jefe.

En ninguna de las infinitas acciones de guerra á que ha asistido, ha recibido heridas.

Por los datos biográficos que dejamos consignados, puede verse que nada exageramos al hablar del general de división D. Federico Alonso Gasco, comandante general de la trocha del Júcaro á Morón juzgándolo como militar y como caballero.



El General Gasco con su Estado Mayor y escolta
en la plaza de Ciego de Avila.

CAPITULO III

Ceferino y los caimanes.—El almuerzo.—La sobremesa.

Al tren.—Camino del Ciego.

Ceferino el dueño de la fonda es antiguo amigo del General: ha cazado con él caimanes en aquellos tiempos en que se podían dedicar los militares á tales cacerías, y el general nos cuenta sus heroicidades de entonces, añadiendo que Ceferino fué muy rico y que la insurrección lo ha empobrecido.

—Recuerda V., Ceferino, dice el general, aquella vez que estuvimos en un sitio donde solo había espacio bastante para poner los pies, y nos vimos rodeados de lagartos, teniendo que batirnos con ellos á tiro limpio de nuestros revólvers?

Ceferino sonríe con la satisfacción de aquel á quien se le evoca el recuerdo de un dia inolvidable; dice que el General es incomparable tirador, y empieza á relatar detalles de la cacería célebre: el general Gasco agrega algunos que se le olvidan al fondista, y así van reconstruyendo escenas deliciosas y atrevidas que nosotros escuchamos encantados. El General quiere á Ceferino más, ahora que no es rico, qué cuando lo era.

Empiezan á servir el almuerzo, por cuyo motivo se dejan los recuerdos cinegético-lagartones para dedicarnos á cazar en el plato. Villamil se siente mal, y el General que también entiende algo de medicina, y dicho sea callandito, él dice que entiende mucho, le recomienda que no almuerce; Villamil se retira del comedor apesadumbrado, dirigiendo una mirada llena de tristezas á los suculentos manjares que llenan la mesa.

El almuerzo resulta exquisito y muy bien condimentados están los platos que nos sirven; pero contribuye á darles aun mejor sabor la chispeante conversación que se entabla. Ya todos somos amigos del general; ninguno, ni siquiera el más tímido de nosotros, se encuentra encojido en su presencia, y él presta atención á cuanto se dice y celebra todas las agudezas que se vierten. Porrúa apesar de su grano vuelve á hacer el gasto de ingenio, gracia y frases oportunas.

El *Purísima* se ha marchado y el *Fernando* no ha podido llegar hasta él para traernos hielo como el previsor general encargara; alguien dice que ha venido un quintal para el comisario de guerra y por unanimidad se acuerda embargar el hielo del comisario.

Efesio Cotera, nuestro fotógrafo, oye con gusto la promesa de que se le permitirá sacar cuantas vistas quiera enfocar. Permitirle á Cotera sacar vistas es hacerle feliz y nuestro fotógrafo con aquella promesa siente que se le abre aun más de lo que estaba su excelente apetito.

Se habla mucho, se habla de todo menos de períodicos y de política, parece que nos hemos puesto de acuerdo para no evocar nuestros instrumentos de martirio.

Concluido el almuerzo, y después de una larguísima sobremesa, que á todos nos pareció muy corta por cierto, salimos á visitar el pueblo. El tren aun tardaba dos horas en salir; teníamos tiempo para verlo todo; que no es mucho, pardiez, lo que hay que ver en Júcaro, salvo lo que

Capitán Montoto (de Ingenieros.)

Capitán Barreto,
Ayudante del general Gasco.

ya habíamos visto; la fábrica del oxígeno, los primeros trabajos de la Trocha y los trabajos del muelle.

Júcaro es una inmensa plazoleta rodeada de casas; una plazoleta fangosa, que para atravesarla desde un lado á otro se necesitan los oficios de un buen práctico.

Alejandro Menéndez ha encontrado á un antiguo amigo suyo, el teniente coronel Juárez, que manda el batallón que presta servicios en los primeros puestos de la línea, desde Júcaro hasta el número quince y medio; el quince y medio es un campamento, no se figuren ustedes otra cosa. Unos vamos con Juárez á su casa, una casa construida sobre el agua y en la que los asistentes tienen que cocinar al aire libre, los días que no llueve, porque cuando las nubes se incomodan el agua apaga los fuegos y hay que contentarse con comer salchichón, pan y queso. En casa de Juárez encontramos á un abanderado, mocetón rebosante de salud, que ríe leyendo un telegrama acabado de recibir, y en el cual se le pregunta si es cierto, como se ha dicho, no sabemos en donde, que lo han matado; el abanderado manda inmediatamente y con mucho gusto, un asistente al telégrafo para que desmienta la noticia.

Cotera anda de un lado para otro, cargado con su máquina, su caja de clichés, sus bolsas de objetivos y su trípode, en busca de vistas que sacar; en varios puntos se detiene, arma el tamparantin de fotógrafo, ambulante, se mete bajo el paño negro, está allí un rato haciendo girar hácia todas partes la cámara, y por fin se desenfunda, sale sudoroso, desarma el timbiriche y vuelve á cargar los chismes para repetir un poco más allá la operación, siempre sin fruto. Es imposible tomar ninguna vista; en unos puntos la luz es quebrada, en otros el sol está muy alto, en otros muy bajo, en fin, que en ninguno puede hacerse nada de provecho.

Un largo pitazo nos anuncia que el tren va á salir;

corremos á casa de Ceferino en busca de nuestras maletas, pero el equipaje no está allí, ya lo han llevado al tren. Vamos á la estación, en ella nos espera un convoy larguísimo, cargado de materiales; hay que mandar mucha arena para concluir los trabajos en el otro extremo de la línea, en la laguna de la Leche. Un tren servido por militares es una cosa novísima para nosotros. El jefe del tren es un teniente de ingenieros; el conductor un sargento del mismo cuerpo; los maquinistas, fogoneros, *retranqueros*, todos, absolutamente todos los que prestan servicios en la línea del Júcaro á Morón son ingenieros militares.

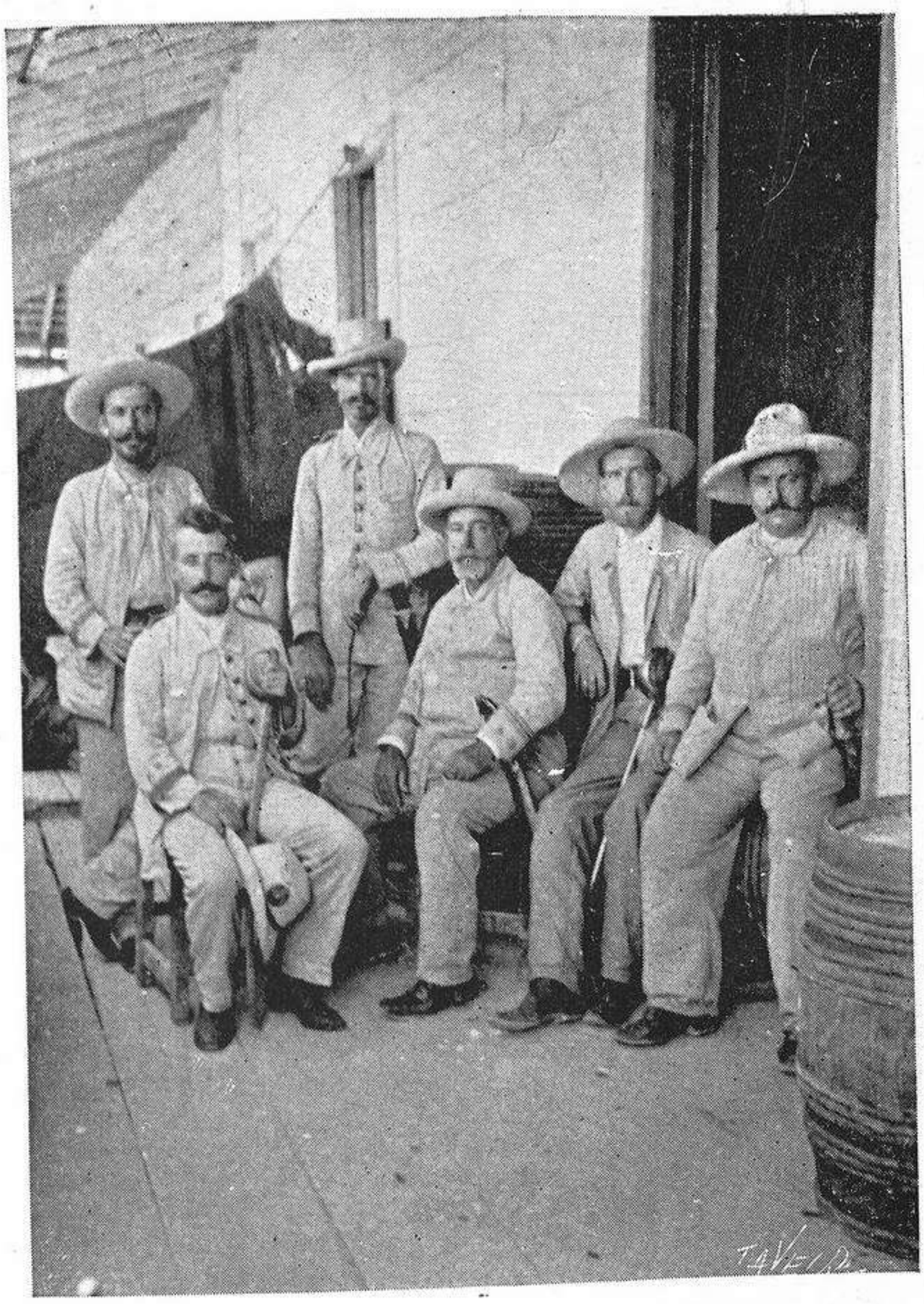
En la estación el movimiento es inusitado; todos los asistentes que van subiendo al tren llevan grandes sartas de pescado; aquel dia ha habido pescado en Júcaro y los oficiales de la Trocha disfrutarán de él, con el gusto con que se come un plato que constituye un hermoso extraordinario.

El coche salón, un coche salón muy bonito, construido también por los ingenieros, está preparado para nosotros. Subimos á él, y momentos más tarde un largo pitazo obliga á una porción de gentes, militares y paisanos, á subir á los wagones, aprisa, empujándose los unos á los otros.

Empieza á andar la máquina primero muy despacio como si tantease el terreno que pisa; después más aprisa, y segundos más tarde con velocidad vertiginosa.

Pasan ante nosotros constantemente escuchas, blockkhaus y torres; en cada campamento á que llegamos se detiene el tren; el jefe de la fuerza sube á nuestro wagón, se presenta al general y le da cuenta de que no ocurre novedad; el general da la orden de continuar la marcha, y el tren la emprende de nuevo, hasta llegar al campamento inmediato, cinco kilómetros más allá, donde se repite la misma escena.

Dos ó tres de nosotros salimos á la plataforma del



TENIENTE CORONEL DEL 3.er BATALLON
DE ALFONSO XIII D. ANGEL JUAREZ Y OFICIALES
Á SUS ORDENES

coche; allí el teniente de ingenieros que hace de jefe del tren, va dándonos detalles interesantísimos de cuanto vemos y admiramos.

La línea estaba antes casi completamente abandonada; en muchos puntos fué necesario cambiar las traviesas que afirmaban los terraplenes; que rectificar la nivelación y que poner nuevos rails. Cuando se comenzaron los trabajos desde la manigua tiroteaban los insurrectos á las compañías de trabajadores; pero aquellos tiroteos no tenían más objeto que el de acusar una presencia ridícula. Tan pronto como cualquier fuerza avanzaba contestando el fuego, el enemigo dejaba de dar señales de vida.

En algunos puntos se ha trabajado con el agua al pecho sin embargo de que los trabajos se han realizado, sin una baja producida por bala enemiga, en tiempo relativamente corto.

Para estimar estos trabajos en todo su valor ó aproximarse siquiera á la apreciación de ellos, vamos á decïr algo de las condiciones del terreno sin ahondar en su estructura geológica.

Puede dividirse esta estructura en tres grupos perfectamente determinados: el que tiene por base la arcilla; el que está sobre roca calcárea y el que descansa encima de rocas graníticas.

Los tres primeros kilómetros de la trocha, partiendo del litoral de la costa sur (Júcaro) y los cuatro últimos que terminan en la laguna Blanca llamada vulgarmente de la Leche, pertenecen al primer grupo. Este terreno está formado por espesa capa de arcilla mezclada con marga y cubierta en la superficie por detritus vegetales resultando así completamente impermeable, lo cual produce el estancamiento de las aguas que por otra parte no tienen desagüe por carencia absoluta de declive.

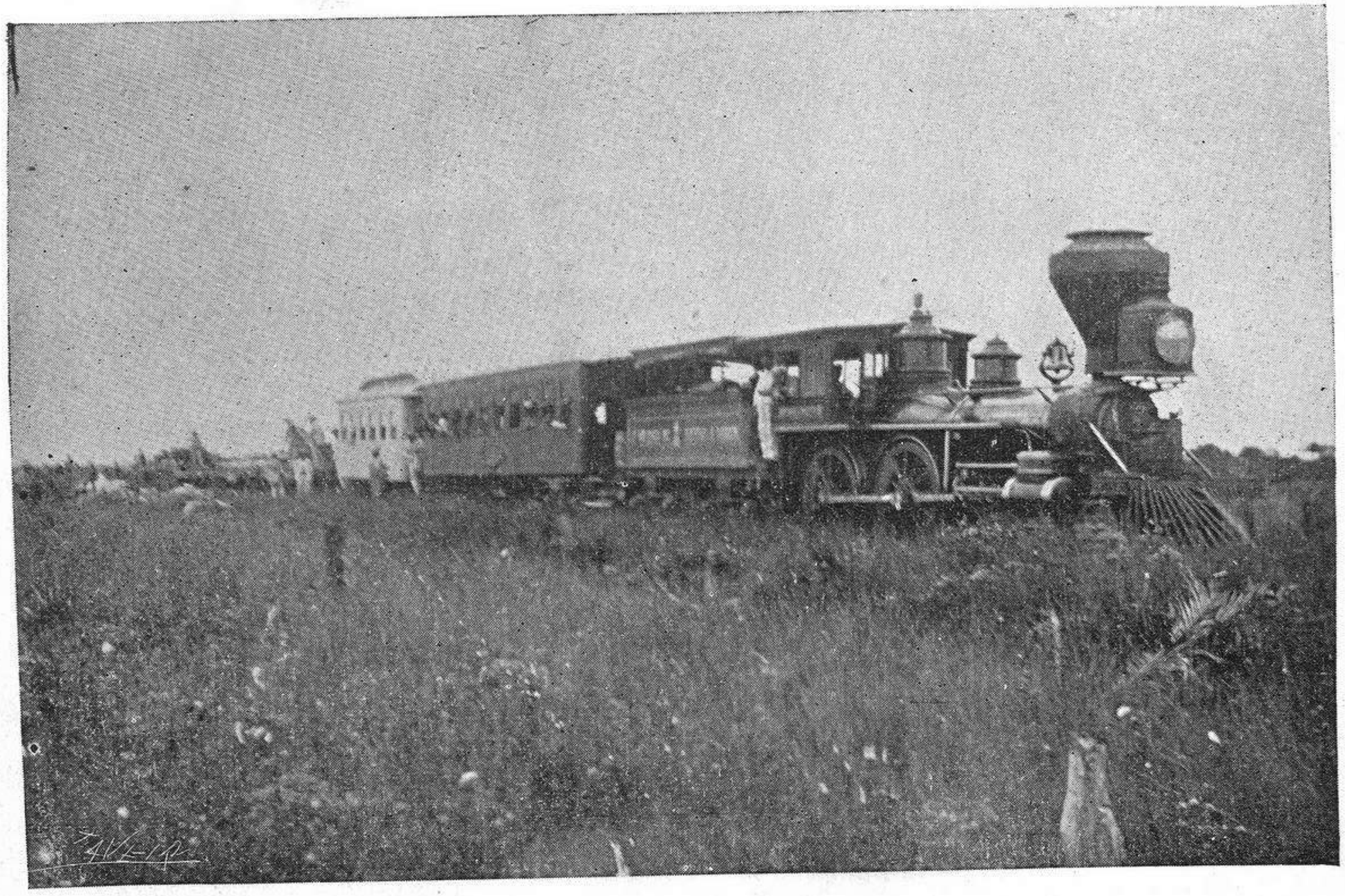
El segundo grupo asentado sobre piedra calcárea que ha dado lugar á la formación de cavernas, consiste en

una capa vegetal de espesor variable, de color rojo, fuertemente cargada de óxido de hierro, muy propia para toda clase de cultivos, abrazando con algunos pequeños tramos en que la capa vegetal es muy tènue, más de treinta kilómetros del trayecto, que en otro tiempo debieron estar cubiertos de frondosos bosques.

El grupo tercero, que se apoya sobre rocas graníticas, consiste también en una capa vegetal roja de mucho espesor, excepción hecha de un tramo inmediato á la ciénaga del lado Norte en que predomina la capa vegetal negra, mezclada en su base con sedimentos arcillosos. Estos terrenos que ocupan unos treinta kilómetros del trayecto resultan también valiosísimos para el cultivo, y no tiene más defecto que su extrema, permeabilidad que habrá de producir el agostamiento de las plantas cada vez que reine una sequía rigurosa.

Admira á primera vista que en los sesenta y ocho kilómetros que ocupa la Trocha desde la costa Sur hasta el litoral de la Laguna Blanca, no se encuentre un solo río, ni siquiera un simple arroyo; pero después de examinar los datos que preceden se explica fácilmente esta anomalía; pues basta considerar que las aguas de lluvia, por torrenciales que sean, y lo son en efecto durante la estación de verano, filtran más ó menos rápidamente á través de la capa vegetal, depositándose á profundidades de veinte ó treinta metros en las cavernas subterráneas. Esta absorción de las aguas favorecida por falta, como antes hemos dicho, de pendiente del terreno que en ningun caso llega al uno por ciento, constituye esos depósitos subterráneos de agua que han sido convenientemente utilizados por nuestros ingenieros para suministrar agua á los fortines y campamentos, dotándolos de pozos artesianos tubulares.

Las condiciones climatológicas guardan perfecta relación con las telúricas y las atmosféricas; por lo tanto, y



UN TREN DE MATERIALES CON EL COCHE SALÓN

como esto es factor importantísimo para la salud del soldado, problema que preocupa á la mayoría de los españoles, especialísimamente al general Weyler, vamos á dar rápidamente idea de lo que en la línea militar de Júcaro á Morón es el clima.

Dos estaciones bien marcadas y definidas determina la atmósfera en aquella región: en verano las lluvias torrenciales y en el invierno la sequía total.

Durante el verano que abarca desde Mayo á Noviembre, reinan las brisas de mar y tierra, la primera desde las nueve de la maña hasta las cinco ó seis de la tarde, y la segunda desde las ocho de la noche hasta las siete de la mañana. La temperatura se mantiene durante el día muy elevada, entre 28 y 33 grados centígrados á la sombra, descendiendo por la madrugada hasta un límite de 22 á 24. En esta estación del verano, se presenta la atmósfera perfectamente equilibrada desde el oscurecer hasta las once ó doce del día siguiente, pero á partir de ese momento, el trastorno se manifiesta, y durante la tarde, por regla general, descargan chubascos acompañados de fuertes vientos y de imponentes descargas eléctricas. Semejante estado atmosférico es, salvo contadas excepciones, el que prevalece diariamente, interrumpido á intérvalos de veinte ó treinta días, con grandes perturbaciones que las más veces tienen carácter de tormentas giratorias ó *ciclones:* estas perturbaciones atmosféricas, se reducen generalmente á descargas intermitentes de lluvias copiosas que suelen durar hasta veinte y cuatro horas, volviendo de nuevo á la relativa calma de las brisas del mar: en la Trocha soplan del litoral Norte y del litoral Sur á la vez, neutralizándose á medida que avanzan al centro de la línea para dar lugar al terral que en el mismo orden viene por la noche en las dos direcciones opuestas.

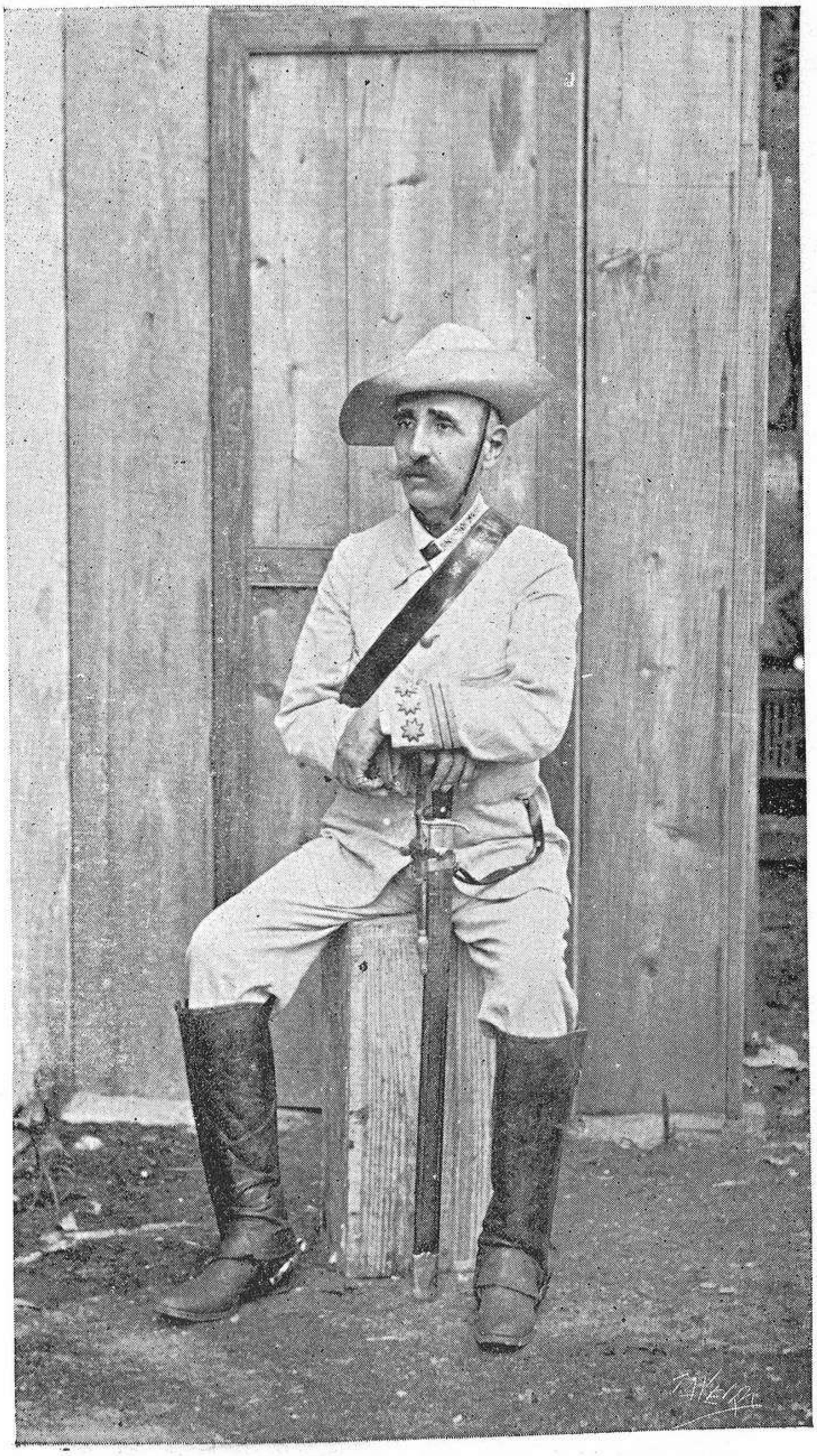
Desde Noviembre á Mayo, ó sea la estación llamada de sequía, desaparecen las brisas de mar y de tierra sus-

tituyéndolas los vientos del Nordeste. La temperatura se sostiene entonces normalmente entre los 20 y 25 grados á la sombra, pero cada 20 ó 30 días se presentan los vientos del Norte y estos vientos suelen hacer que el termómetro á veces descienda hasta los 10 ó 12 grados. Los Nortes vienen precedidos generalmente por vientos del Oeste con chubascos de alguna intensidad y duran dos ó tres días, descargando alguna lluvia hácia el litoral de la Laguna. La humedad en esta estación es menos intensa que en el verano y la cantidad de lluvia recogida por el pluviómetro no pasa de unos 200 milímetros, mientras que en la estación de verano asciende de 1.200 á 1.400.

En tales condiciones atmosféricas se explica fácilmente la intensa humedad que satura el aire, la que unida á la temperatura, constantemente elevada, es causa de decaimiento en el organismo humano cualesquiera que sean las precauciones que se tomen para evitarlo. En cambio, la vegetación es vigorosa, promovida por la abundancia de humedad, por el calor y la intensidad de luz, que podrá convenir mucho á los árboles, pero que desgraciadamente es poco favorable para los hombres.

No obstante esto, gracias á la bondad y abundancia de agua de que se dispone en la Trocha y de la excelente alimentación, y de los cuidados que tanto recomienda el Comandante General Gasco para que se exponga lo menos posible al soldado á la radiación nocturna, se observa que su adaptación en buenas condiciones al medio en que vive, resulta todo lo satisfactorio que humanamente puede exigirse para conservar el vigor natural de los nobles defensores de la Pátria.

* * *



CORONEL DON FERNANDO JIMENO,
JEFE DE LAS ZONAS 4ª, 5ª Y 6ª

El Tren sigue.—Charla deliciosa.—Campamentos.

El espíritu del soldado.

Dentro del coche salón continúa la charla y las preguntas de Eva y el apresuramiento es satisfacerlas así del General como como de todo su séquito (por más que allí todos somos séquito de Eva) y nosotros en la plataforma vamos asombrándonos unas veces, lanzando esclamaciones otras y cantando alabanzas siempre al genio militar, que concibió la Trocha y al genio científico y militar también que la ha llevado á término. Gamboa como versado en ciencias y en ingeniería se rejuvenece con el afán de tomar notas y datos: Alejandro Menéndez, soldado hasta lo inverosímil estudia el aire y el aspecto de la tropa, y Porrúa que se siente poeta, decanta la esbelted de las torres, pero no alcanza las *bellezas* de los Blockhaus.

El tren iba á pequeña velocidad para que pudiésemos admirarlo todo y se detenía en los campamentos, el tiempo que nosotros pasábamos recorriendo barracones, cuadras y bohíos.

Los soldados, aquellos soldados que jamás vuelven la cabeza y que van siempre adelante en pro de la victoria gritando: ¡Viva España! estaban allí desmontando, *chapeando*, preparando el terreno para batirse si por acaso el enemigo acosado como lo que es, como fiera dañina, se atreviese á medir sus armas con las que le cierran el paso.

Con el fusil á la espalda donde el peligro es mayor, ó formando pabellones con las armas y siempre con la cartera de las municiones á la cintura, nuestros

soldados empuñan el hacha, el pico, la sierra y cuantos instrumentos de trabajo son necesarios para despejar los enmarañados montes, ya tumbando corpulentos árboles cuya madera se aprovecha, ya destruyendo la espesa *manigua*, ya dejando plano lo que formaba loma, ya rellenando lo que pantano era.

Hay que ver á estos muchachos héroes ante el peligro de las balas, más héroes todavía haciendo frente á los terribles enemigos que destruyen en Cuba la más robusta naturaleza del hombre. El sol y las aguas estancadas en los pantanos.

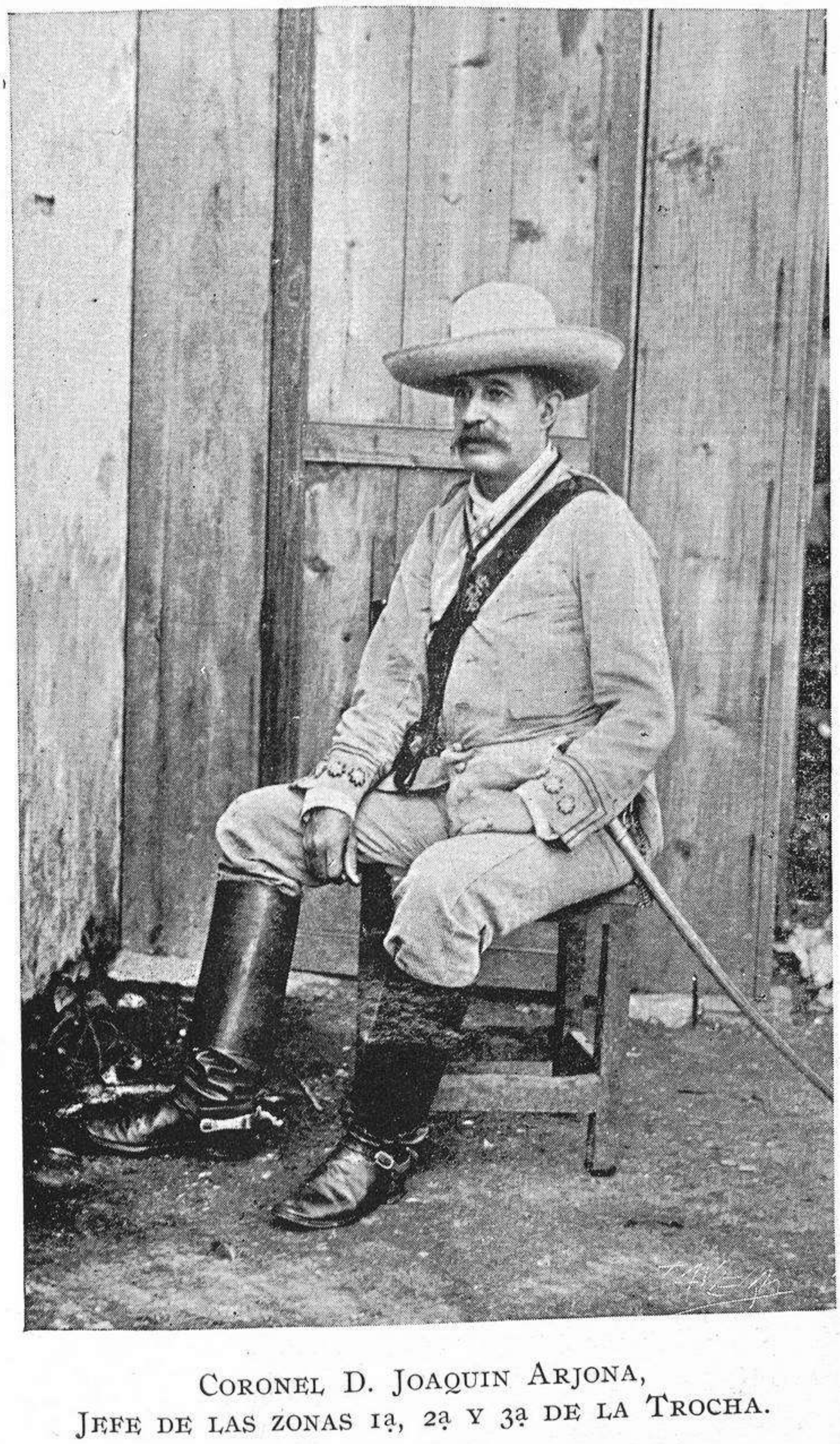
Pero las obras que hay que realizar son necesarias y su terminación precisa.

En la guerra, el minuto, el segundo que se pierda pueden producir fatales resultados en el éxito, y obsesionados nuestros soldados por esta máxima que les inculcan jefes y oficiales, trabajan sin cesar despreciando la fiereza de los rayos solares y las emanaciones venenosas de las aguas.

Así, en esas y aun peores condiciones, el soldado español convierte en camino real lo que antes era espeso bosque ó invadeable ciénaga.

Los jefes y los oficiales, están allí á su lado dirigiendo los trabajos; y cuando el ejemplo viene de los superiores los subordinados trabajan con fé, con entusiasmo, con resignación.

Así; únicamente así, puede tener explicación que esa magna obra en corto tiempo realizada sea lo que es y tanto tenga que admirar; esa obra, en donde la ciencia, el arte y la resistencia del soldado español, formando grandiosa conjunción han puesto una vez más de relieve, el adelanto de los cuerpos facultativos de nuestro ejército y la virtud del sufrimiento que este incomparable soldado posee, y para el cual no existen los obstáculos cuando se trata de servir á la Pátria.



CORONEL D. JOAQUIN ARJONA,
JEFE DE LAS ZONAS 1ª, 2ª Y 3ª DE LA TROCHA.

A pesar de lo rudo del trabajo asombra ver el espíritu de los soldados que cubren la extensa línea que vamos recorriendo.

En las horas de descanso véseles alegres, decididos, hasta revoltosos, haciendo alarde de no hallarse rendidos por la fatiga.

Para honra de los jefes y oficiales que mandan las unidades que desde el Júcaro á Laguna Grande están empleadas en vigilancia y trabajos, consignamos con verdadera satisfacción, que sus subordinados los encomian con entusiasmo.

Conocemos los secretos del cuartel, digámoslo así, y debido á ello nos fué fácil satisfacer nuestra curiosidad, si curiosidad puede llamarse el deseo de saber si los soldados que tales fatigas sufren están ó no relativamente contentos.

Guarnecen la trocha los batallones de Alfonso XIII, León, Sevilla, Chiclana, Artillería de plaza é Ingenieros.

A los soldados de todos estos cuerpos hemos interrogado y lo mismo á las clases; todos nos han dicho que estaban satisfechos de sus jefes y de los oficiales: las opiniones eran unánimes, el contento general.

Una de las cosas que más y mejor revelan la satisfacción de los soldados en la trocha que manda el General Gasco es el buen gusto con que dedican los ratos de ócio á hermosear y embellecer sus campamentos.

Las muchas curiosidades *arquitectónicas* que se observan en los campamentos, y en algunas entradas á los blockhaus, son idea exclusivamente del soldado.

En los campamentos atrincherados, y una vez terminadas las obras sujetas al plano oficial, han construido los soldados, barracones que sirven de alojamiento á las fuerzas, y cocinas y pabellones para oficiales, pero de formas caprichosas y llamativas.

Los materiales empleados son el guano y el bejuco con la madera utilizable de los desmontes.

El camastro, el sofá, el sillón, el cenador, la mesa, *artísticas* galerías formando bóvedas, con portadas *lujosas*, de medios puntos, en donde se destaca la inscripción de ¡viva España! todo es obra del soldado de infantería que, aprovechando los momentos libres aprovecha también el cuje, el bejuco y el guano, más con el deseo de demostrar actividad y gusto que por buscar comodidades.

Hay campamentos que parecen quintas de recreo, por la limpieza y el orden que se observa en ellos.

En algunos blockhaus y puestos de escucha, hay también enverjados construidos con el cuje y el bejuco, así como jardinillos y huertas, sujetándose todas estas curiosidades á la conveniencia del punto fortificado.

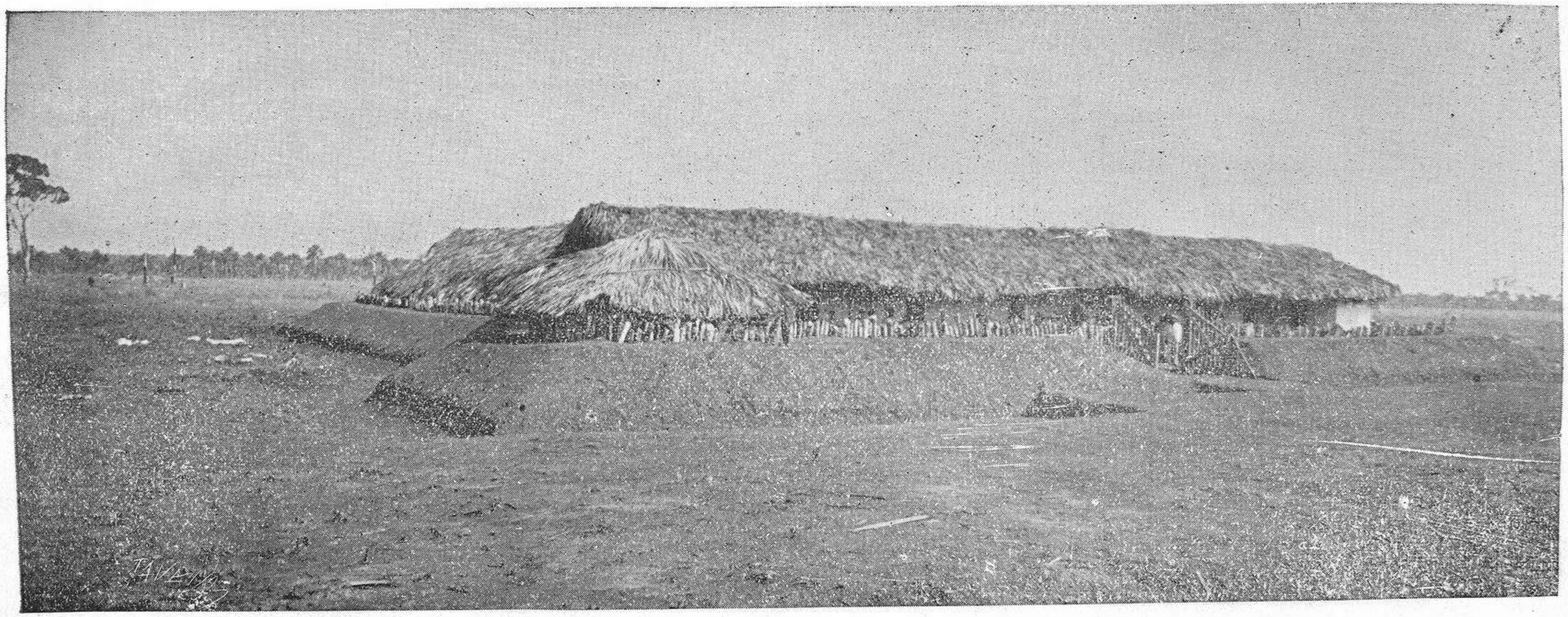
La vigilancia en la Trocha es constante y rigurosa.

Los vigías y los centinelas, casi podemos decir que, sin pestañear, recorren con la vista la campiña de vanguardia y retaguardia, fijo el pensamiento en que pueden asomar el enemigo.

Para que esa vigilancia no falte un solo instante; para que la confianza de que nada ha de suceder no haga infructíferos los cálculos del General en Jefe y las disposiciones terminantes, claras y precisas del jefe superior de la Trocha, Ceneral Gasco, los oficiales de los batallones que cubren el servicio de defensa recorren constantemente los puestos que están á cargo de sus respectivas compañías, confrontando entre sí durante el día y la noche.

Los jefes de subzonas, que son los que mandan los batallones, vigilan también, día y noche, recorriendo el trayecto que les pertenece y recibiendo los partes que les comunican los oficiales de recorrida.

Estos jefes son; Teniente Coronel D. Angel Juárez Lovaola, de Alfonso XIII; Comandante D. Manuel Cuvero, primer jefe accidental del batallón de Sevilla; Teniente



UN CAMPAMENTO DE MADERA EN LA TROCHA

Uno de los fortines que defiende á Ciego de Avila.

Coronel D. Tomás Fernández, del batallón de León, y Teniente Coronel D. César Aguado, del batallón de Chiclana.

No hemos podido tomar los nombres de los demás jefes que perteneciendo á los mencionados cuerpos se hallaban de recorrido á nuestro paso.

* * *

Después de visitar campamentos y probar ranchos, en lo que ya lo hemos dicho otra vez, no ceden á nadie la cuchara Eva y Alejandro, dió orden el General de que *apretase* el tren y el tren *apretó*, ya lo creo, con gran contento de Villamil, que continuaba sin ganas de comer y muchas de acostarse.

Baldomero Martínez se había encerrado en mutismo: iba pensando en sus buenos tiempos de militar que hizo la campaña pasada y sentía así como escarabajeo nostálgico del tiempo viejo.

Antoñico, el ayudante de Eva, no tenía ganas de llegar á la Comandancia general; *el amo* le había sentenciado á que Jiménez, su asistente-ayuda de cámara, lo dejaría convertido en quinto, gracias al número cero de la maquinita de pelar.

El ayudante recurría á Eva como intermediaria y se cuadraba respetuosamente, pero ésta le replicaba con aire de militar adusto: «Baje usted la mano y cartucho en el cañón, que quien manda manda.»

Llegamos *al* Ciego.

En la estación esperaba al General todo el elemento oficial. Allí estaba el Comisario; le dimos cuenta de haber embargado su hielo, y al parecer no se quedó helado con la noticia: quizás se la tenía tragada.

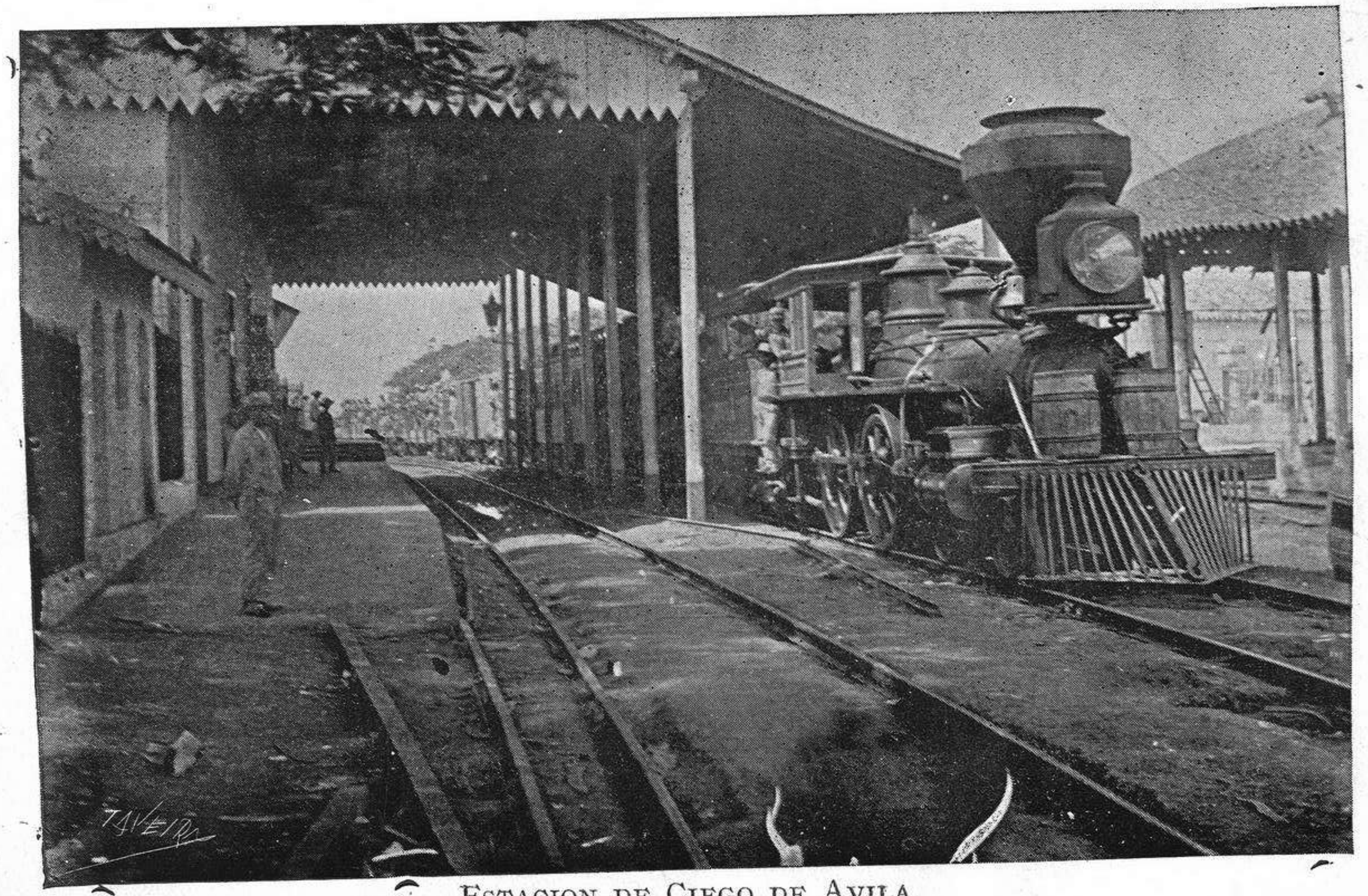
Hay presentimientos.

Eva y su señorita de compañía, montaron en una volanta antiquísima, la única que hay en Ciego, y que sólo sale á relucir, aunque ya no reluce, en los días de grandes acontecimientos: el calesero es contemporáneo de la volanta, y ambos de los buenos tiempos de Tacón y Maricastaña. Los demás viajeros con el General á la cabeza, seguimos á pié. A las puertas de las casas se asomaban los habitantes de Ciego mirándonos con curiosidad. ¡Qué comentarios harían aquellas buenas gentes! ¿Quiénes creerían que éramos? De seguro que á algunos de nosotros nos han atribuído posiciones elevadísimas. ¡Si nos lo hiciesen, bueno!

* * *

Aquí empieza para nosotros, una existencia que no es posible detallar; una vida llena de impresiones agradabilísimas, rodeados de las más finas atenciones, y prevenidos nuestros más pequeños deseos. No podemos, describir todo esto, hora por hora, minuto por minuto, por un lado el temor de que al hacerlo, pudiera parecer que pretendíamos darnos tono; por el otro, que para relatar aquella vida en todos sus pormenores, sería necesario un tomo extensísimo, no lleno de cosas indiferentes, porque en nuestro viaje no hay nada que indiferente sea, ni monótono resulte, aunque al describirlo, por imperfecciones del cronista, la monotonía aparezca.

El General Gasco, sabe tener huéspedes, cosa que no saben muchas gentes, muy adineradas; los ayudantes del General, los capitanes Quadrado y Barreto, son dos brillantísimos oficiales del ejército que tienen escritas hermosísimas páginas en sus hojas de servicio y nos han probado que la galantería y la caballerosidad castellanas,



ESTACION DE CIEGO DE AVILA.

Plaza de Ciego de Avila.

no son cosas legendarias, sino herencia que hemos recibido de nuestros mayores y que aún se conserva; sagrado fuego, que nos legaron nuestros ascendientes, y que en la edad presente, en esta edad del egoismo, hay unos cuantos que saben mantener encendido. Estos dos distinguidísimos y caballerosos oficiales, son hijos de esta Isla.

Aquella noche nos sentamos á la mesa, una mesa espléndida, y mientras comíamos, de allá, de la calle llegaban hasta nosotros, las notas de la banda del batallón de Reus, que bajo la dirección de su músico mayor, don Ricardo Valero, ejecutaba preciosas piezas de su repertorio.

El programa había sido confeccionado con gusto exquisito; en su composición hay un fondo de españolismo que hace más simpática aquella comida deliciosa. Los valses «España» de Waldteuffel; la «Alborada Gallega» de Veiga; la jota «La Bruja» de Chapí; el precioso capricho sinfónico «Pepita» del mismo director de la banda, y otras dos ó tres piezas del mismo corte formaban el programa.

Mientras comíamos, llegaban á nuestros oídos las cadencias de la jota; allí, en la trocha, en la línea á cuyo otro lado hay traidores, oíamos esas canciones eminentemente españolas, que nos recordaban días pasados para no volver, en los pueblos del alto Aragón donde también babíamos oído las mismas notas, rasgueadas en la guitarra, acompañando los cantos que los mozos del pueblo dedicaban á las mozas garridas, cuyas serenatas pagaban ellas abandonando las tibias sábanas para mirar á los rondadores, ocultas tras los tiestos de claveles y de albahaca. Allí en la trocha á donde se combate por España, llegaban hasta nosotros las notas, que quizás harían llorar en sus hamacas á los pobres soldados que tras un día de ruda tarea, evocaban los recuerdos de su tierra, de sus pobres madres, de sus novias, de aquellas novias de las que quizás se despidieron la noche antes de partir, can-

tándoles al pié de la ventana, coplas faltas de forma, pero llenas de honda poesía.

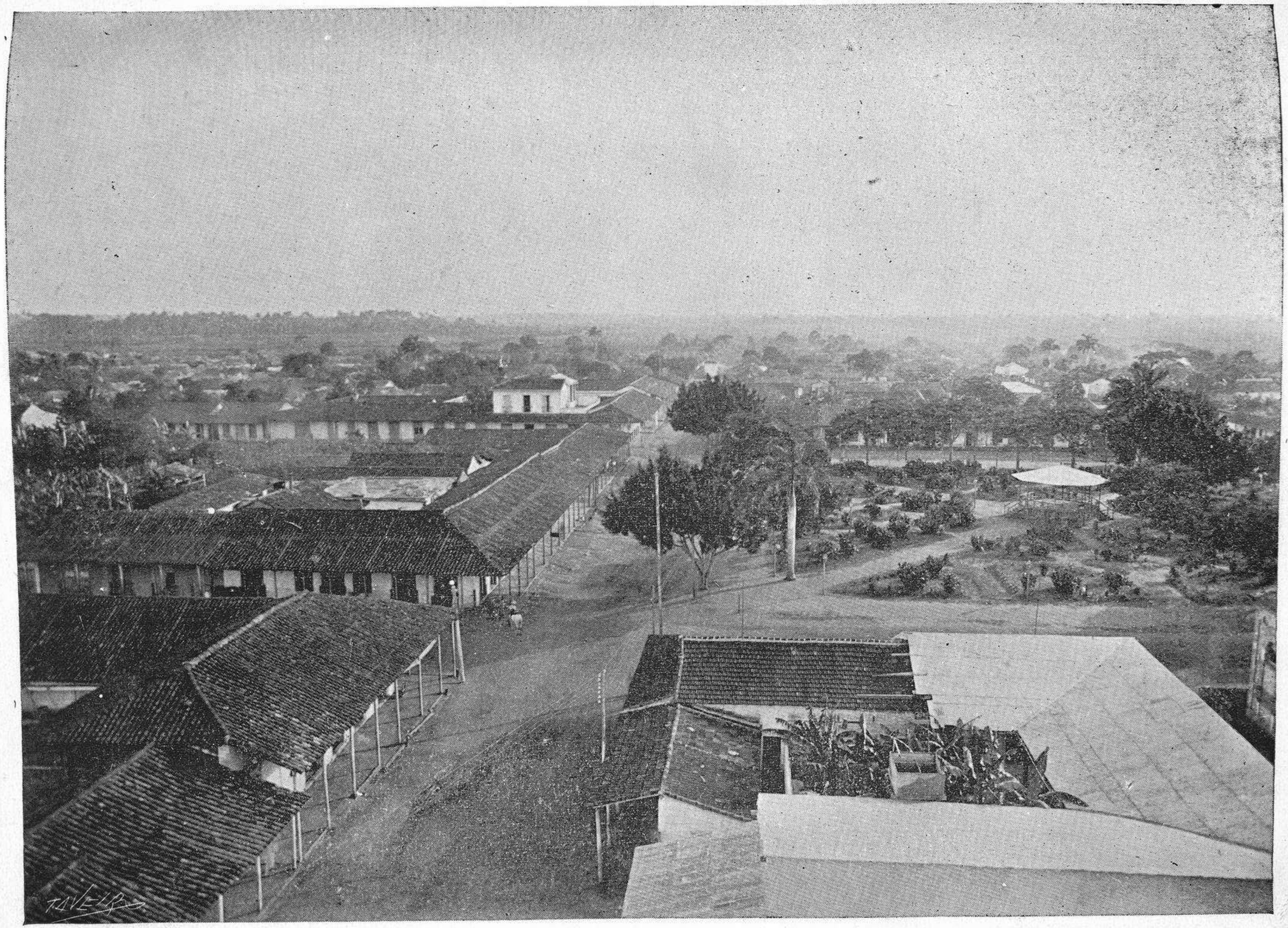
Nosotros agradecimos en el alma al músico mayor de Reus su delicada atención: quizás sea más artístico, quizás haya más ciencia, en un trozo de «Cavalleria Rusticana» ó en unas cuantas notas del Lohengrhin, pero hoy en Cuba necesitamos oir mucho la jota, los zorcikos, las alboradas y las giraldillas; hoy en Cuba es necesario un ambiente muy español, y sobre todo, hoy en Cuba existen muchos pobres hombres, muchos muchachuelos, muchos niños á quienes la guerra ha arrancado de sus hogares que lloran cuando oyen los aires de su tierra y al llorar son dichosos. ¿Por qué no hemos de hacerles dichosos más á menudo, procurando que oigan aquello que les recuerda, tantas caricias, tantos amores, tantos días felices?

Concluída la comida, retiróse la música á tocar una retreta extraordinaria en la plaza de Ciego de Avila; nosotros reunidos en el ancho *colgadizo* de la Comandancia General, nos comunicábamos nuestras impresiones del día, un día hermosísimo que no se borrará jamás de nuestra memoria, y hacíamos el programa para el siguiente.

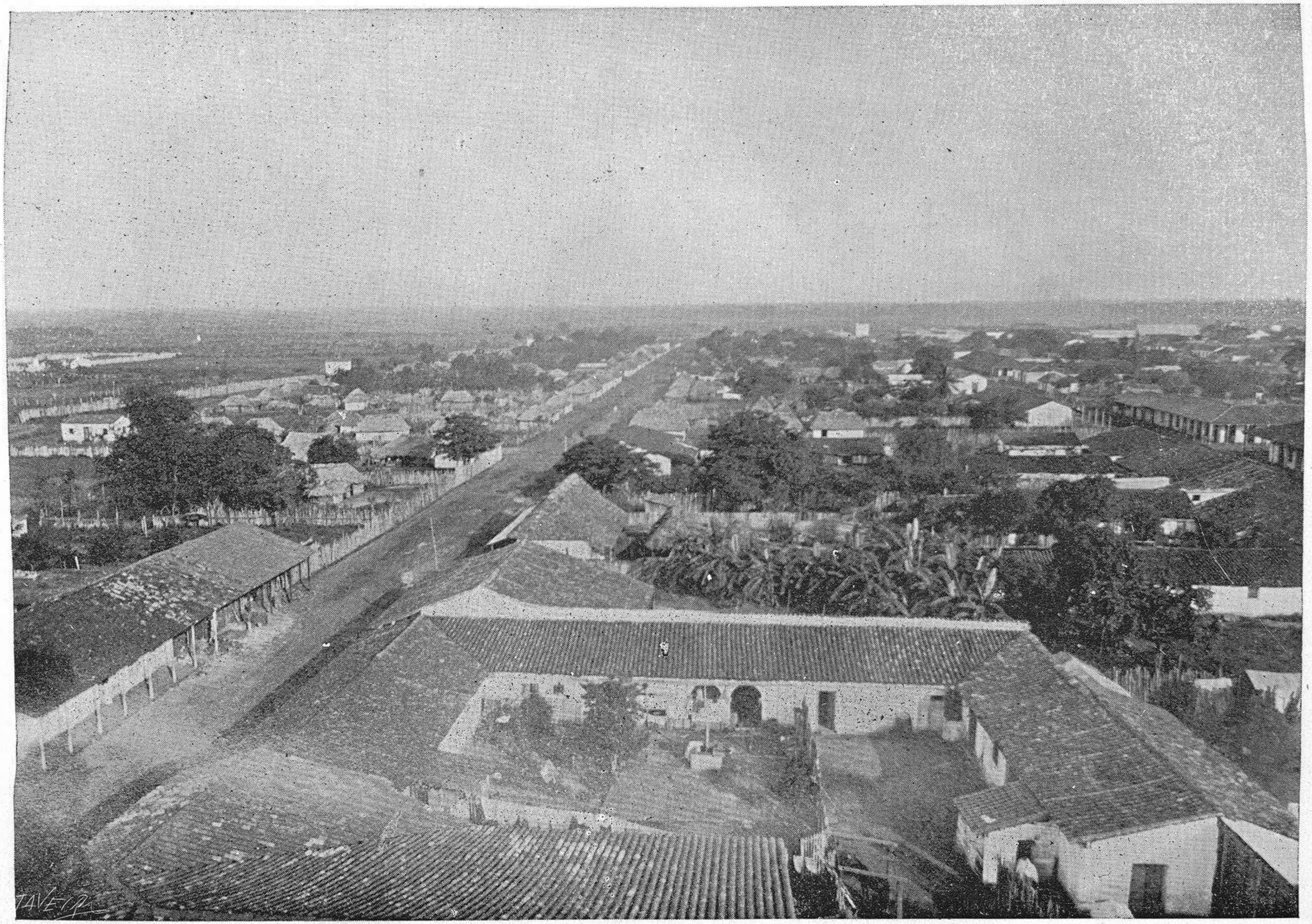
Al día siguiente, descansaríamos en Ciego; Cotera se dedicaría á sacar vistas; Eva visitaría el Hospital, y por la tarde, subiríamos á la torre del heliógrafo y por la noche iríamos á ver una prueba del alumbrado de la trocha.

Entre comentarios y proyectos, cuando nos sirvieron el café, la lecne, el the, lo que cada cual pidió y nos dispusimos á recojernos: eran las doce.

Todo dormía á nuestro alrededor: en los barracones, los soldados, tendidos en sus hamacas soñaban, ¡sabe Dios en qué! los unos en sus lejanos pueblos, en sus amores, los otros en las fatigas pasadas; algunos quizás, en la gloria, fingiéndose generales, y viendo cubiertos sus pechos de honrosas cruces; de allá, de los fortines que rodean al pueblo llegaban los lejanos alertas; en lo alto, enmedio de



VISTA DE LA PARTE NORTE DE CIEGO DE AVILA, TOMADA DESDE LA TORRE HELIOGRÁFICA.



VISTA DE LA PARTE OESTE DE CIEGO DE AVILA,
TOMADA DESDE LA TORRE HELIOGRÁFICA.

un cielo transparente destacábase la luna, cuya luz azulada lo envolvía todo arrancando reflejos metálicos de la alambrada y de las bayonetas de los centinelas: de la manigua venían murmullos misteriosos, aleteos de la vida de las selvas, sin trinos, sin canciones, sólo murmurios, los suaves murmurios del viento, que pasa sin mancharse, por entre las grandes traiciones.

Un momento más tarde, nosotros dormíamos también.

* * *

Ciego de Avila tiene poco que ver; nosotros hemos recorido el pueblo, guiados de Barreto y acompañando á Cotera, que quería retratarlo todo: hemos sacado, ó ayudado á sacar por lo menos, vistas de la torre, del parque de artillería, de los fortines, de la plaza y de una porción de cosas más que no recordamos en este momento y que nuestros lectores verán entre los fotograbados de este Album.

En tanto que nosotros nos dedicábamos á este trabajo, llamémosle artístico, Eva, con otra parte de la comitiva, visitaba el hospital, guiada á su vez por el ayudante Quadrado, que para hacer más á lo vivo su papel de Conde de Sepúlveda, aposentador del *Real Palacio*, llevaba el dinero que Eva repartió entre los soldados enfermos.

Gamboa nos refirió escenas del hospital: nuestra compañera, inteligente en falansterios del dolor como hermana de la Caridad civil y como amantísima madre de los soldados, nos dijo que había salido satisfecha del aspecto que presentaban los enfermos.

Oigamos á Gamboa:

—Vengo enternecido. Eva quiere á los soldados como si fueran sus hijos; los mima; les habla su lenguaje y

en su dialecto á los más; les pregunta si tienen padres, si han dejado novia en su pueblo; les toca las manos y la frente, á pesar de las advertencias de los médicos; con este que lee, discurre sobre sus aficiones; con el otro que lleva una sortija, bromea sobre qué muchacha se la regaló; á uno lo acaricia, á otro le aconseja y así, de cama en cama, recorrió cuatrocientas ochenta y dos, seguida del director del hospital, Dr. Túñez, del personal facultativo y administrativo, de Alejandro Menéndez, que, como ella, ostentaba el venerado brazal de la Cruz Roja, y de todos nosotros, que llenos de admiración la veíamos y la escuchábamos.

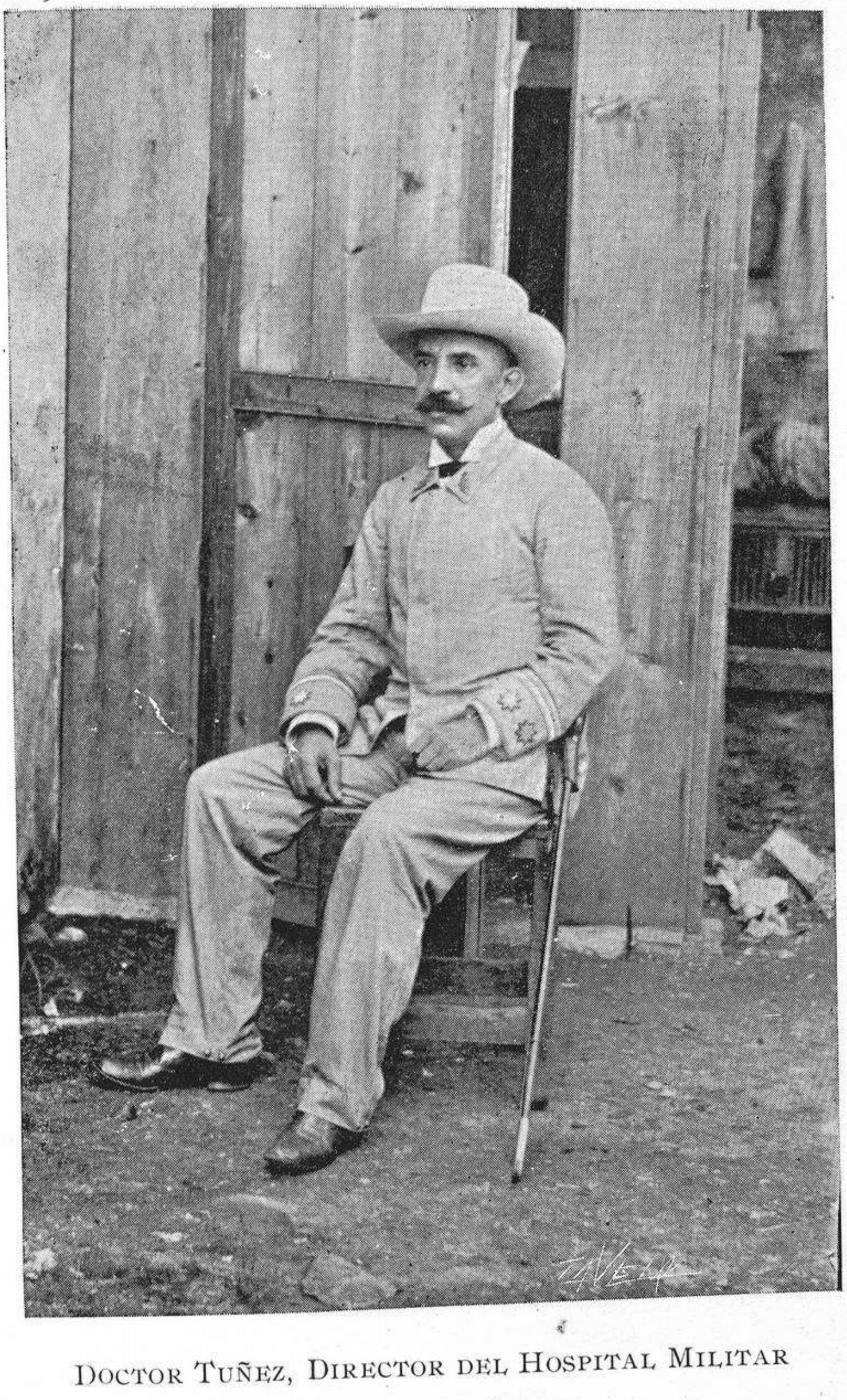
El hospital de Ciego de Avila fué construido durante la pasada insurrección y el año 1886 se suprimió, quedando reducido á enfermería militar hasta el año 1893 que de nuevo ha sido elevado en categoría. La estadística arroja datos consoladores, pues las defunciones se cuentan en proporción exigua si con otros hospitales la cotejamos.

Es médico director el Dr. D. Narciso Túñez, un amable y muy distinguido gallego que nos hizo los honores con amabilidad exquisita, probando al facilitarnos noticias, que su contracción á los enfermos era real y efectiva.

Nos hizo el Dr. Túñez el diagnóstico de todos los enfermos, sorprendiéndonos agradablemente al observar que ninguno estaba huérfano de su vigilancia.

Don Narciso Túñez de Prado lleva veintiocho años de servicios en el Cuerpo de Sanidad, de los cuales ha pasado diez y ocho en esta Isla. Prestó eminentes servicios en la pasada campaña y está en posesión de la Cruz Roja pensionada por méritos de guerra y en propuesta extraordinaria, honor que mucho y muy bien habla en favor del Dr. Túñez.

Terminada la visita y el reparto, nos obsequió el administrador, Sr. Herrera, con jerez y galletas.



DOCTOR TUÑEZ, DIRECTOR DEL HOSPITAL MILITAR
DE CIEGO DE AVILA

Después de unos minutos de descanso regresaron á la Comandancia donde el General Gasco y todos nosotros esperábamos á la *madre de hospitales*, como llamó á la secretaria central de la Cruz Roja un poeta de la clase de factores.

El General, que gozaba pensando en la *chillería* cariñosa, aunque ordenancista, con que por su tardanza debía recibir á Eva, nos entretuvo como él sabe hacerlo agradablemente informándose de lo que habíamos hecho y fotografiado.

Al llegar nuestros compañeros y ver el General la cara entre compungida y pálida que se le había puesto á nuestra amiga en el hospital, *enfundó* la reprimenda y le dijo: «Conque vamos á ver; cuénteme usted qué le ha parecido eso».

—Muy bien, general. No hay enfermos graves; ninguno tiene la fiebre amarilla; sólo hay uno con tifoidea, aunque no acusa gravedad, y me han consolado muchas cosas de las que he observado.

—¿Qué le ha consolado á usted? Cuente.

—Pues lo primero que el director del hospital, doctor Túñez, relata la hoja clínica de cada enfermo sin mirarla... y aun de lejos... lo cual prueba que sabe lo que tienen todos... hasta con sus especialidades.

—Tiene usted razón: es un buen dato y... un *buen síntoma*. Siga usted.

Lo segundo, que me ha gustado el caldo de las dietas, y la comida de los convalecientes, y el aseo, y el orden de las salas y..... sobre todo..... que los enfermos no estaban tristes..... Es verdad que el doctor Túñez les hablaba con mucha franqueza..... y con cariño..... y con un marcado acento gallego tan agradable.....

Todos nos echamos á reir: Baldomero Martínez, con todo el cuerpo, como buen hijo de Galicia; Porrúa, agradeciendo en nombre de su padre la galantería de Eva, y ésta,

muy satisfecha por haber soliviantado los nervios del General diciéndole que era agradable el acento gallego, fué á cambiarse de traje para sentarse á la mesa.

El almuerzo, como todas las comidas que hicimos siendo huéspedes del amabilísimo General Gasco, fué reído, charlado y lleno de encantos.

Gamboa hizo á maravilla su papel de válvula, cuando hablábamos mal de algún amigo; pero Porrúa es partidario de la teoría sustentada por Constantino Gil en *El Monigote*, y dice: Si los amigos no sirven para que se hable mal de ellos, ¿para qué sirven los amigos?

Entre la sobremesa, la charla y las discusiones, pasaron algunas horas, sin que su paso advirtiéramos los que tan á nuestro sabor nos encontrábamos.

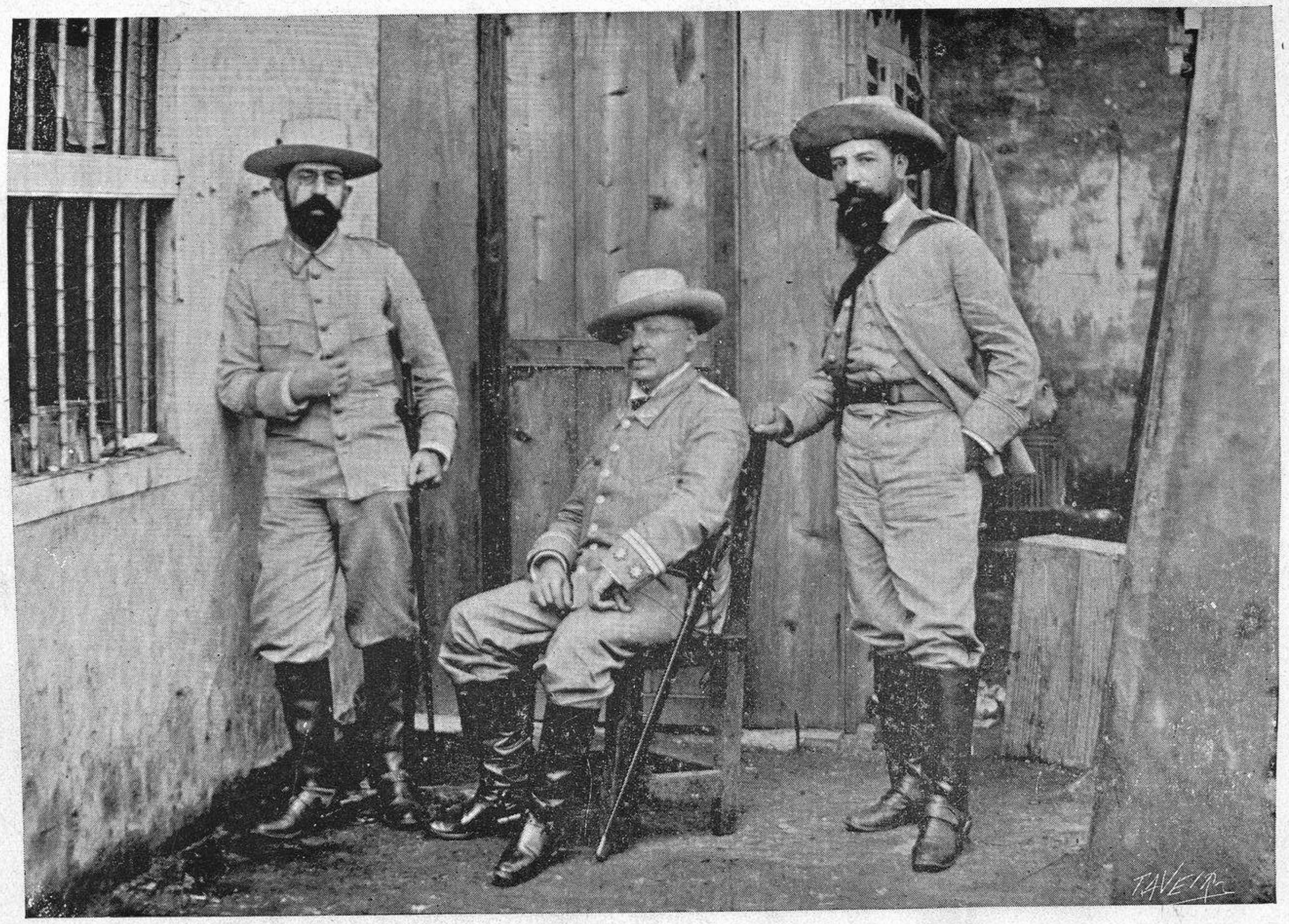
Cuando el sol comenzó á declinar y el calor cedió un poco, el General dió la voz de ¡A la torre! y todos nos dispusimos á ver una de las maravillas de la Trocha.

El Comisario de Guerra había cometido el graciosísimo desacato de aconsejar á Eva que no subiese, diciéndole que por algunos tramos *no cabría*, y Eva, que se mete por el ojo de una aguja cuando está en traje de *tourista*, se prometió á sí misma dejar mal, y muy mal, al señor Comisario.

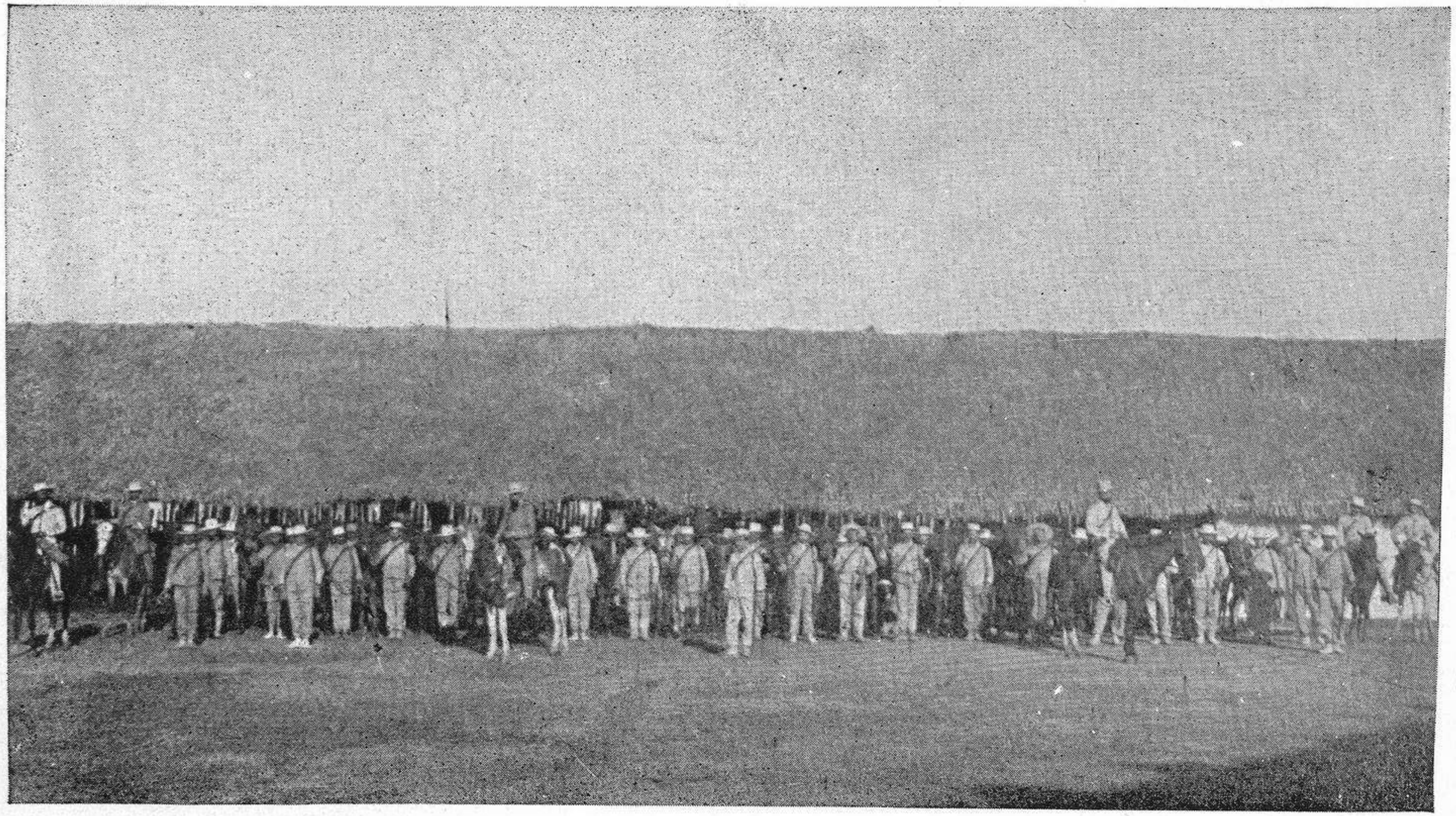
Era este caballero D. José Iturrioz de Aulestia y Plaza, persona culta y fina que sólo por oir á nuestra compañera podía cometer el desacato citado; pero ella no lo tuvo en cuenta más que para repetir á cada momento aquello de: «¡decía el Comisario que yo no podría subir!»

El señor Aulestia nos dió detalles de las muchas dificultades con que se tropieza en esta clase de campañas para racionar las columnas que se encuentran en operaciones, y nos habló del personal á sus órdenes con tales elogios, que pudimos comprender las ventajas relativas que él se preciaba de gozar.

Nos habló del oficial 1º D. Cayetano Termens de la



Comisario de Guerra Sr. Iturrioz y Sulestia
y Oficiales primeros que prestan servicio á sus ordenes.



6ª Compañia de Transportes á lomo de Administracion Militar. Organizada en Agosto del 95 y mandada por el Capitán oficial 1º de A. M. D. Cayetano Termens y de la Riva.

Riva, modesto hasta lo inconcebible, organizador de la 6ª compañía de transportes á lomo, que tan excelentes servicios presta, la cual vimos formada y pudimos admirar como nuestros grabados la representan.

El Sr. Termens, es también el autor del baste y atalaje de reglamento que usan las brigadas de transportes á lomo, y su inteligencia, su laboriosidad, su entusiasmo, le honran tanto como él honra al Cuerpo de Administración.

El Sr. Iturrioz y Aulestia, nos decía, hablando de las dificultades de aprovisionamiento á que antes nos hemos referido, que si no se tratase de soldados españoles, habían de advertirse y lamentarse más las dificultades de avituallar campamentos; pero nuestros soldados, que en los cuerpos armados son los heroicos, los resignados, los que sufren, y callan, privaciones y penalidades: en los cuerpos de Sanidad y Administración vencen todos los obstáculos, y con peripecias ó sin peripecias, secundan bravamente á sus jefes, pudiendo decirse lo que vulgarmente expresa una frase popular: que con ellos se va á todas partes, y á todas con mucha honra.

El Sr. Iturrioz nos hizo relación de las penalidades sufridas por las brigadas de transportes, y noblemente confesamos que hemos quedado convencidos, reconociendo que posee extraordinarios méritos dentro del cuerpo que á satisfacción de sus jefes sirve.

Procede el Sr. Iturrioz de la Academia de Administración y cuenta treinta y cinco años de servicios, habiéndose encontrado en muchas acciones de guerra que le han valido muy honrosas y merecidas recompensas. Desde el 22 de Junio de 1866 hasta la terminación de la guerra civil, en la Península, puede decirse que el Sr. Iturrioz se ha encontrado, siempre por voluntad propia, en las más importantes campañas de nuestro ejército.

Vino á Cuba por afición á la guerra, sin querer per-

manecer inactivo; fué el primer jefe administrativo de la trocha de Mariel á Majana y de la provincia de Pinar del Río, habiéndose encontrado en diferentes hechos de armas y en el ataque de Artemisa por Maceo.

Al disolverse la trocha vueltabajera fué destinado á la de Júcaro, por reconocer en él grandes dotes de organizador y envidiables condiciones para el puesto que desempeña.

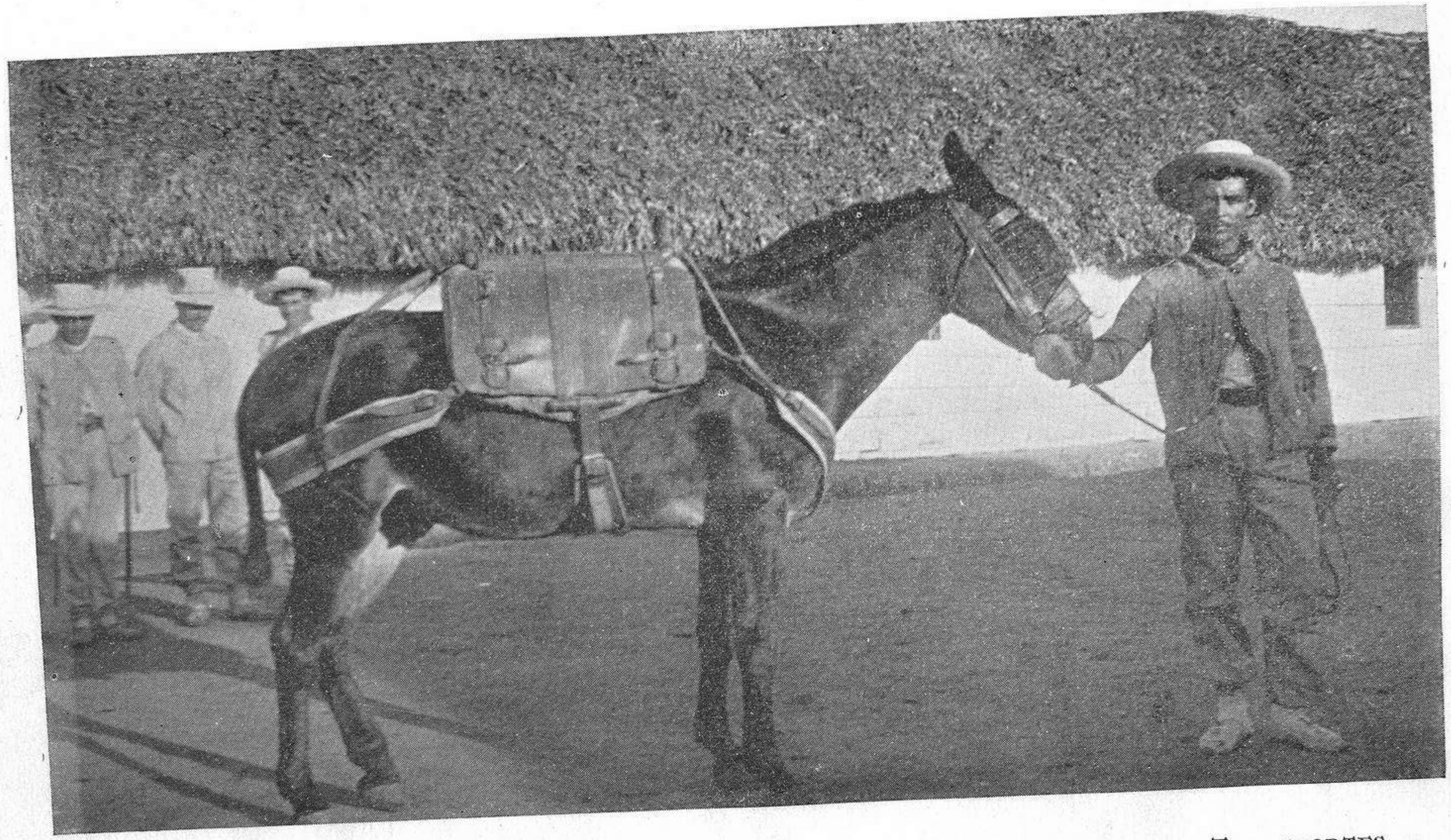
Está el señor Iturrioz en posesión de la cruces blanca y roja del M. M., la de Isabel la Católica, la de Francisco José de Austria y las medallas de Bilbao, Alfonso XII y Guerra Civil.

Este hombre tan caballero y tan distinguido fué, el que sin darse cuenta, *hirió* las susceptibilidades de nuestra querida compañera de viaje; pero ella, que no es rencorosa—¡qué ha de serlo!—se conformó y satisfizo desacreditándolo como profeta.

Nada: que Eva dejó muy mal al señor Comisario.. ... ¡Cómo que nos dejaba rezagados á nosotros subiendo la torre!

La torre del heliógrafo se levanta airosísima, elegante, atrevida, en el centro de Ciego de Ávila. Su autor, el capitán Casanueva, un hombre que vale mucho, y que es muy modesto, nos acompañaba, esforzándose en demostrarnos que aquello que él había hecho no valía nada, calificándola de obra qué pudiese terminar hasta un peón caminero.

Ingleses, franceses y alemanes, pregonan sus trabajos con bombo y platillos, y las trompetas de la fama los anuncian á todos los vientos. Nosotros, los españoles, cuando de obras inglesas, alemanas ó francesas se trata, modestamente hacemos de cuerpo de coros y repetimos las frases laudatorias que nos vienen hechas de allende las fronteras; pero cuando de algo nuestro se habla, todo es crítica, todo es indiferencia, todo es esfuerzo por pro-



BASTE Y ATALAJE REGLAMENTARIO DE QUE ES AUTOR EL CAPITÁN DE LA COMPAÑIA DE TRANSPORTES, D. CAYETANO TERMENS.

COMPAÑIA DE TRANSPORTES EN COLUMNA DE VIAJE.

bar que la *cosa* no merece tanto. Si la torre del heliógrafo que hay en el Ciego, no hubiese sido hecha por un capitán de nuestros ingenieros, y por el contrario estuviese en el extranjero y fuera extranjero su autor, no habría revista científica ni periódico profesional que no la hubiese puesto por las nubes en todos los idiomas, y hasta nosotros mismos llevaríamos alfileres de corbata, y puños de camisa, y dijes de reloj con reducciones de la maravillosa torre, y no habría caja de fósforos, ni envoltura de polvos de arroz, ni estuche de perfumería mala en que no estuviese retratada. Pero es nuestra; la hemos hecho nosotros, Casanueva es español, y por añadidura modesto, y allí se queda la torre en Ciego de Ávila sin que sepan de su existencia más que los que en aquella línea viven.

La construcción de la torre heliográfica, que como antes hemos dicho, se debe al Capitán D. Valeriano Casanueva, obedece á los buenos preceptos y se han utilizado en ella los materiales que á mano se han tenido para darle fuerza y esbelted.

Apoyada sobre un cimiento apropiado y arrancando de una base cuadrada de seis metros de lado, se eleva la torre á treinta metros de altura en cinco cuerpos proporcionados. Los bastidores que constituyen la armadura, cuya resistencia se calculó previamente con un factor de seguridad cinco veces mayor que el esfuerzo á que se les somete, están construidos de jiquí, madera compacta é inalterable á toda influencia de la atmósfera, y asegurados en la situación adoptada por tirantes de hierro dulce que afectan siempre en todas las posiciones la forma triangular, la más sólida que se concibe y la que se empleó profusamente en los amarres de la torre de Eiffel. En su forma se parece algo esta torre heliográfica, al segundo cuerpo de aquella torre famosa, aunque resulta ésta más gallarda, bordeada en su extremo superior por

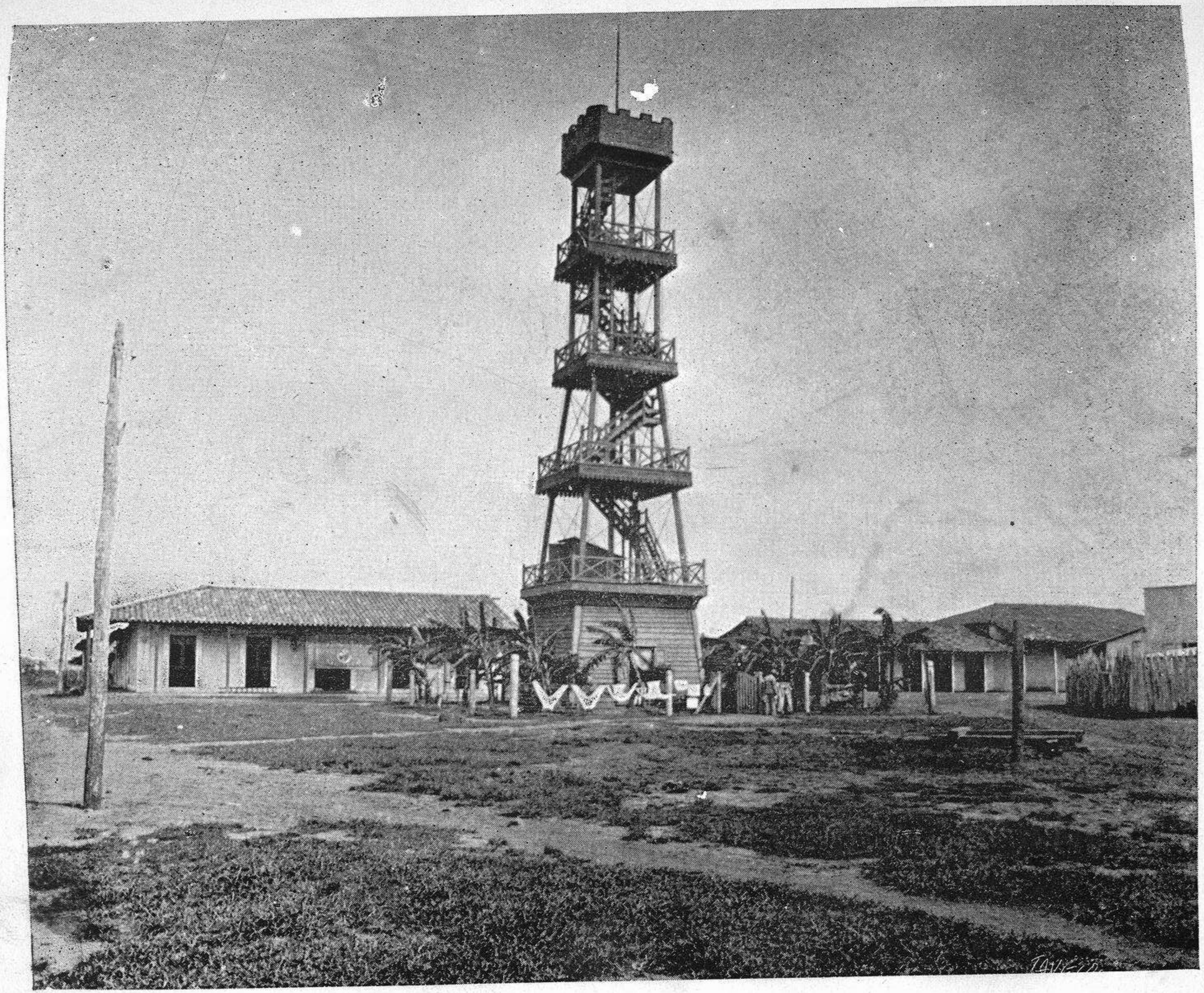
un elegante pretil que afecta la forma de una corona mural.

La torre heliográfica está situada en el centro de la línea de comunicaciones generales ó exteriores (ya que los fuertes, los campamentos y los blockaus tienen su línea telefónica particular y especial) y transmite sus despachos á la estación, también heliográfica, de Arroyo Blanco, situada á 40 kilómetros de distancia en dirección Oeste, asegurando así la comunicación de la línea militar con las demás zonas de la Isla, y por consiguiente con el mundo entero.

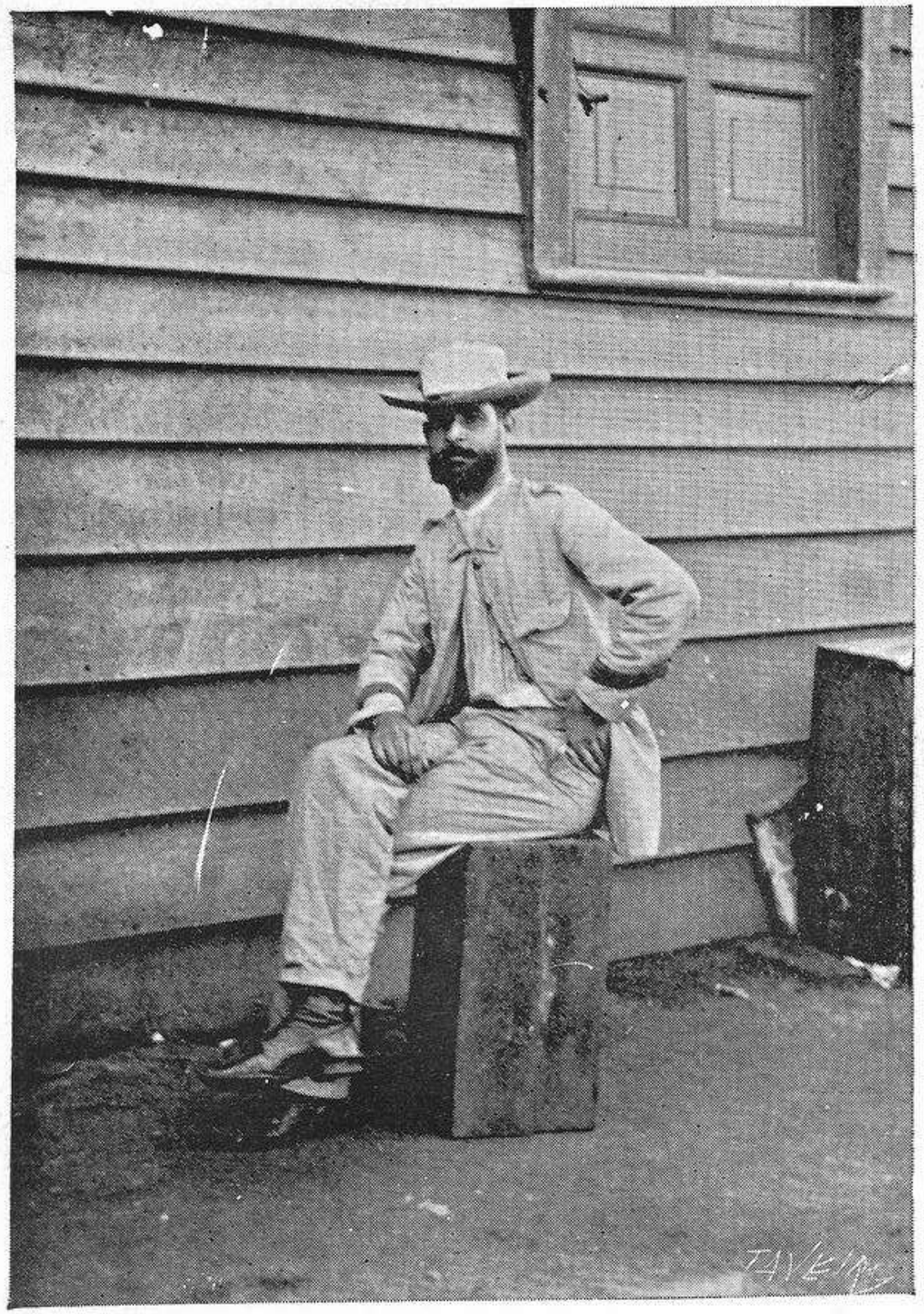
El aparato de comunicación consiste en un anteojo potente y en un espejo que refleja á la luz solar: la interrupción por medio de convencionales signos de esa luz constituye el lenguaje entre las estaciones.

Subimos á la famosa torre: es una construcción elegantísima, con escalera calada, en que los problemas más difíciles han sido resueltos, y en que las bellezas del arte han sido acumuladas: no es *el esqueleto del Dios de nuestro siglo, la materia*, como de la torre Eiffel dijo Manuel del Palacio, sino manifestación espléndida de nuestra ciencia militar, y de los profundos conocimientos en ingeniería de nuestros ingenieros: no es la obra muerta, montón de maderamen levantado sobre el suelo, sino latido de una inteligencia poderosa puesta en absoluto al servicio de la patria; que para idearla, levantarla y prevenir los peligros á que su altura y su materia la exponen, ha habido que resolver sin fin de problemas, y esto salta á la vista con sólo fijarse en la reproducción fotográfica que publicamos.

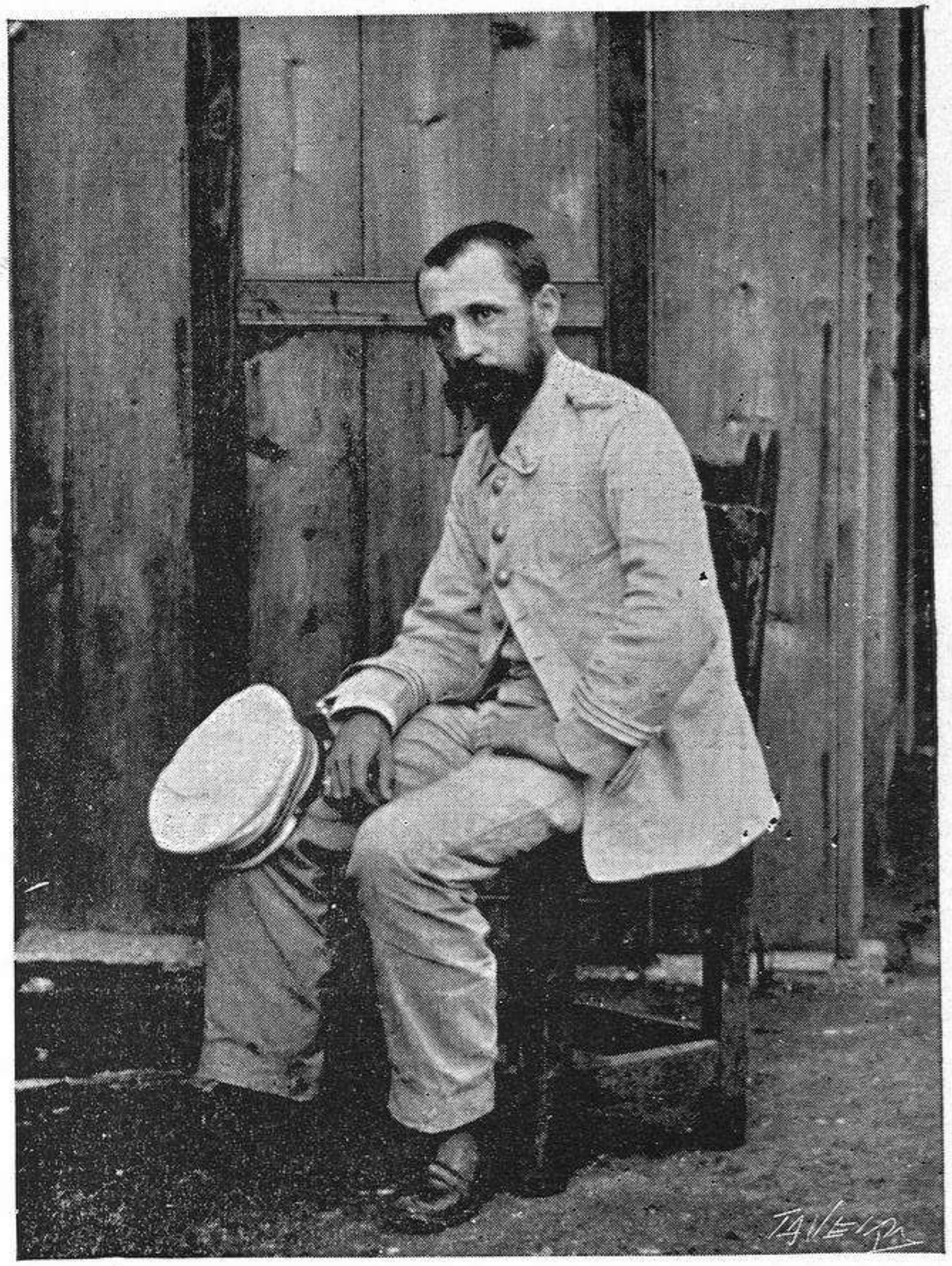
Durante la noche se emplea un aparato de luz común con poderoso vidrio reflector, obteniendo así los mismos resultados que se obtienen de día con la luz solar; de modo que no se interrumpe la comunicación siempre sostenida, sino momentáneamente durante los fuertes chubascos de las tardes de estío ó por muchas horas en los ci-



TORRE HELIOGRÁFICA DE CIEGO DE AVILA



SARGENTO ENCARGADO
DE LA TORRE HELIOGRÁFICA



CAPITAN CASANUEVA,
INGENIERO CONSTRUCTOR DE LA TORRE HELIOGRÁFICA

clones que suelen cruzar esas zonas con intervalos de cinco ó seis años.

Subimos la torre y no paramos el reloj, como pretendían los pajes del «Reloj de Lucerna», á más de otras razones, porque en esa torre no hay reloj ninguno, pero sí vimos el espectáculo más hermoso que ojos humanos vieron. A nuestros pies se extendía un paisaje encantador: allá abajo Ciego de Avila, mostrándonos sus patios llenos de árboles cargados de fruta; sus bohios, rodeados de platanales; sus calles, llenas de vida y animación; más allá, los dos recintos fortificados que rodean el pueblo; sus cercas de jiquí, sus fortines en ambas líneas, sus cañones del fuerte central, y allá afuera, la inmensa llanura con su ancho picado, dentro del cual resbala la línea férrea, se levantan las construcciones de defensa y se tiende la alambrada, y á ambos lados del picado, la manigua, como siempre misteriosa, imponente, guardadora fiel de los secretos que en su seno se encierran: del lado de acá, el valor, el heroísmo, el supremo esfuerzo, todo patente, todo claro, todo á la vista, sin sombras, ni negruras, ni misterios; España, la España de siempre, mostrándose tal cual es, fuerte, robusta, con la robustez corporal de sus soldados, con la robustez intelectual de aquellos cerebros privilegiados que han levantado tantas obras maravillosas; del lado de allá, la traición envuelta en las espesuras, sin dar muestra alguna de vida, cobarde, escondida, amparándose tras lo intrincado del monte virgen. A lo lejos, muy lejos, el mar azul que se confunde con el cielo, y que reunidos los dos cierran el espectáculo sublime que se presenta ante nuestros admirados ojos.

Las fotografías de Ciego, tomadas desde arriba, describen mejor de lo que nuestra pluma pudiese hacerlo.

Estuvimos largo rato contemplando todo aquello: silenciosos, bebiendo por los ojos hermosura tanta; agotados los sonidos por el viento fuerte que venía del mar;

queriendo escudriñar y escudriñándolo todo menos aquellos enmarañados pasajes donde la cobardía y el baldón habían encontrado su refugio.

Nuestro silencio era un silenció religioso; sin darnos cuenta de ello nos destocábamos ante aquel espectáculo sublime que nuestra pluma no puede esbozar siquiera.

Eva, lanzó una exclamación que lo expresaba todo:

—¡Y decía el comisario que yo no podría subír!

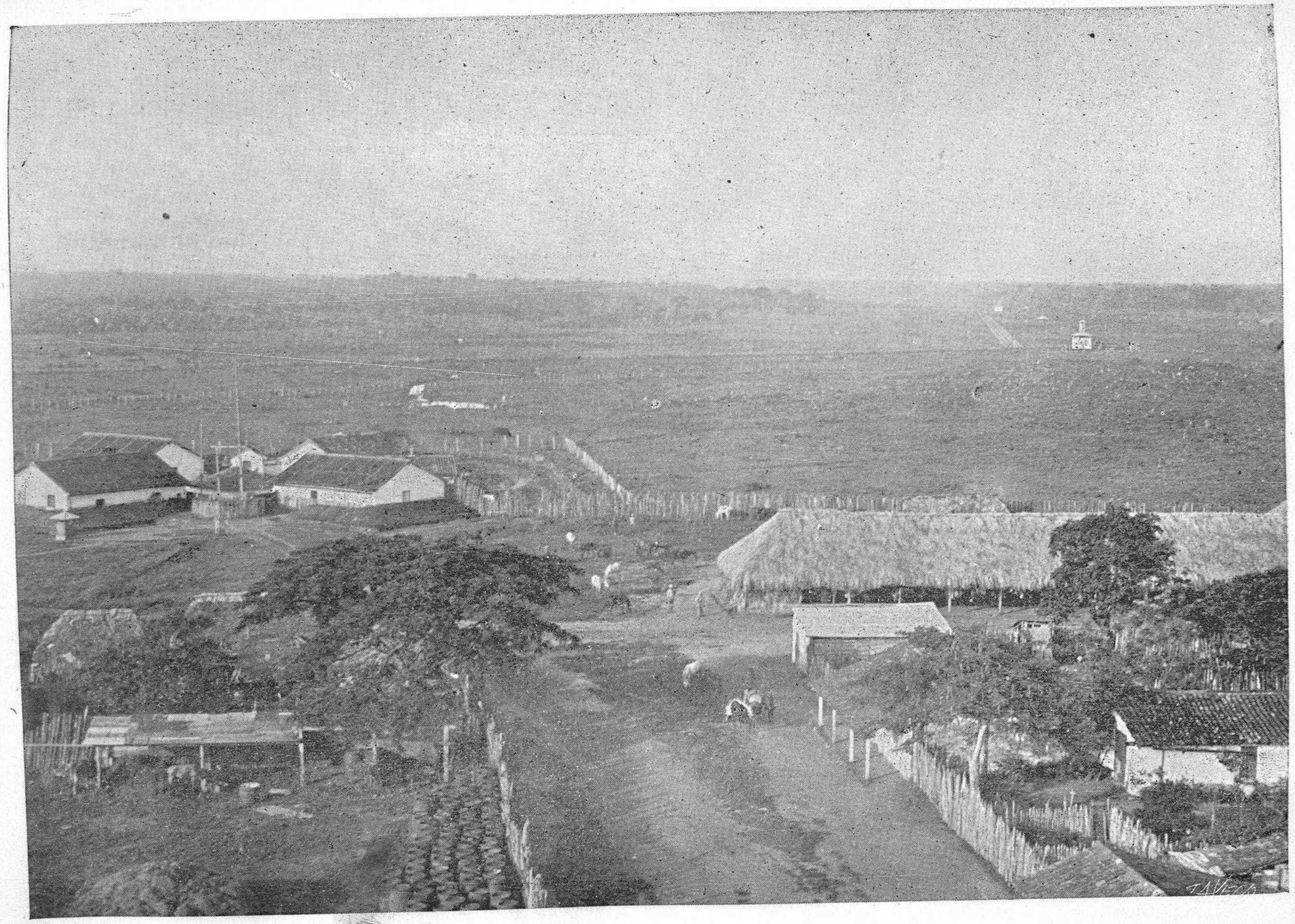
Por el horizonte asomó su faz la noche; á lo léjos empezaron á borrarse las torres, los blockhaus, los escuchas y los campamentos: advertimos algo así como si la manigua fuese cerrándose por todas partes, y cuando ya la semi obscuridad, lo borró todo, y nos sorprendió la oración en lo alto de la torre, miramos unos para los otros, preguntándonos sin desplegar los lábios si aquello que acabábamos de ver era realidad ó hermoso sueño de nuestra fantasía.

Bajamos paso á paso, apesadumbrados, entristecidos por abandonar la torre, y la comida fué aquella noche algo más silenciosa que de ordinario, á pesar de los esfuerzos del Jefe de E. M. Sr. Arjona, que hacía derroches de sal ática.

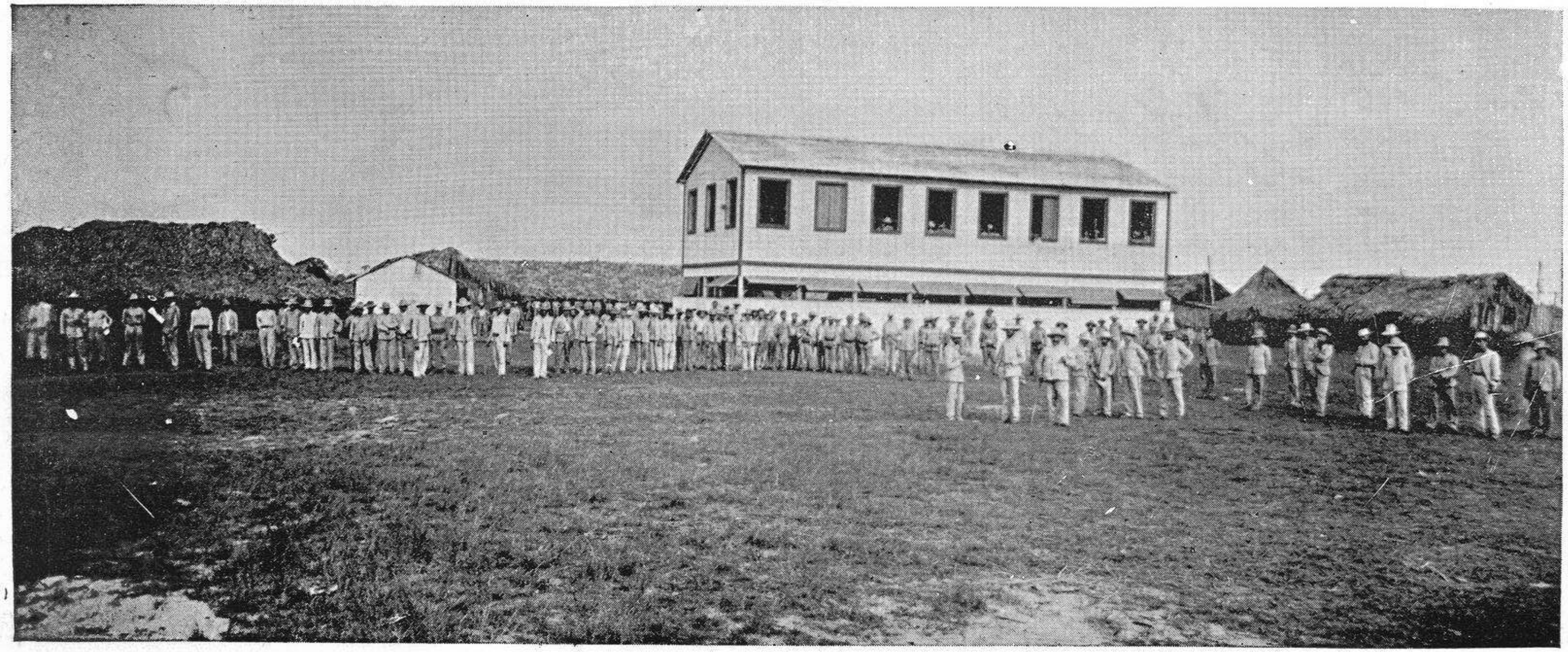
El mutismo duró poco, no podía durar mucho, y aquella noche que descansábamos, sin salir del Ciego, nos preparaba el General, sorpresas inolvidables; emociones bellísimas que jamás se borrarán de nuestra mente.

Terminada la comida, salimos con dirección á la estación del ferrocarril: había que ir á uno de los campamentos próximos, para presenciar una prueba del alumbrado de la Trocha.

En la estación nos esperaban la cigüeña y las vagonetas en que debíamos hacer el viaje. Montamos en ellas y empezó la marcha. Salimos de la población y perdidas las luces del alumbrado público, nos hundimos en la obs-



VISTA DEL FUERTE CENTRAL DE CIEGO DE AVILA Y DE LA LINEA MILITAR,
TOMADA DESDE LA TORRE HELIOGRÁFICA.



UN CAMPAMENTO CON CUARTEL DEFENSIVO.

curidad. De adelante llegaba hasta nosotros el ruido que hacían rodando las planchas que nos precedían y el murmullo de las conversaciones de los que iban en ellos: parecía como que fuésemos oradando las negruras que nos cerraban el paso, y que rotas por nosotros, de nuevo se cerraban súbitamente tras de los vehículos.

De pronto, se desprendió de lo alto una luz intensísima, formada por millones de haces de rayos, que poco á poco iban esparciéndose hasta ocupar todo el espacio que se dilataba ante la vista. El foco nos buscó hasta herirnos, alumbrando las tres vagonetas que formaban el convoy, envolviéndonos con su potente luz; nos siguió un instante en nuestra marcha rápida, y luego, con un movimiento instantáneo, cambió de dirección, sumiéndonos otra vez en las sombras y yendo á iluminar un campamento que se leventaba muy léjos. El campamento se nos reveló como algo fantástico, alumbrado por el foco que todo lo bañaba y que prestaba á los objetos aspecto misteriosamente encantador. En medio de las sombras de la noche el edificio con su grandes ventanas, con sus figuras de hombres que aparecían en ellas y desaparecían conforme la luz proyectaba sus rayos, se nos antojaba obra de hadas ocultas avecindadas en los montes cercanos.

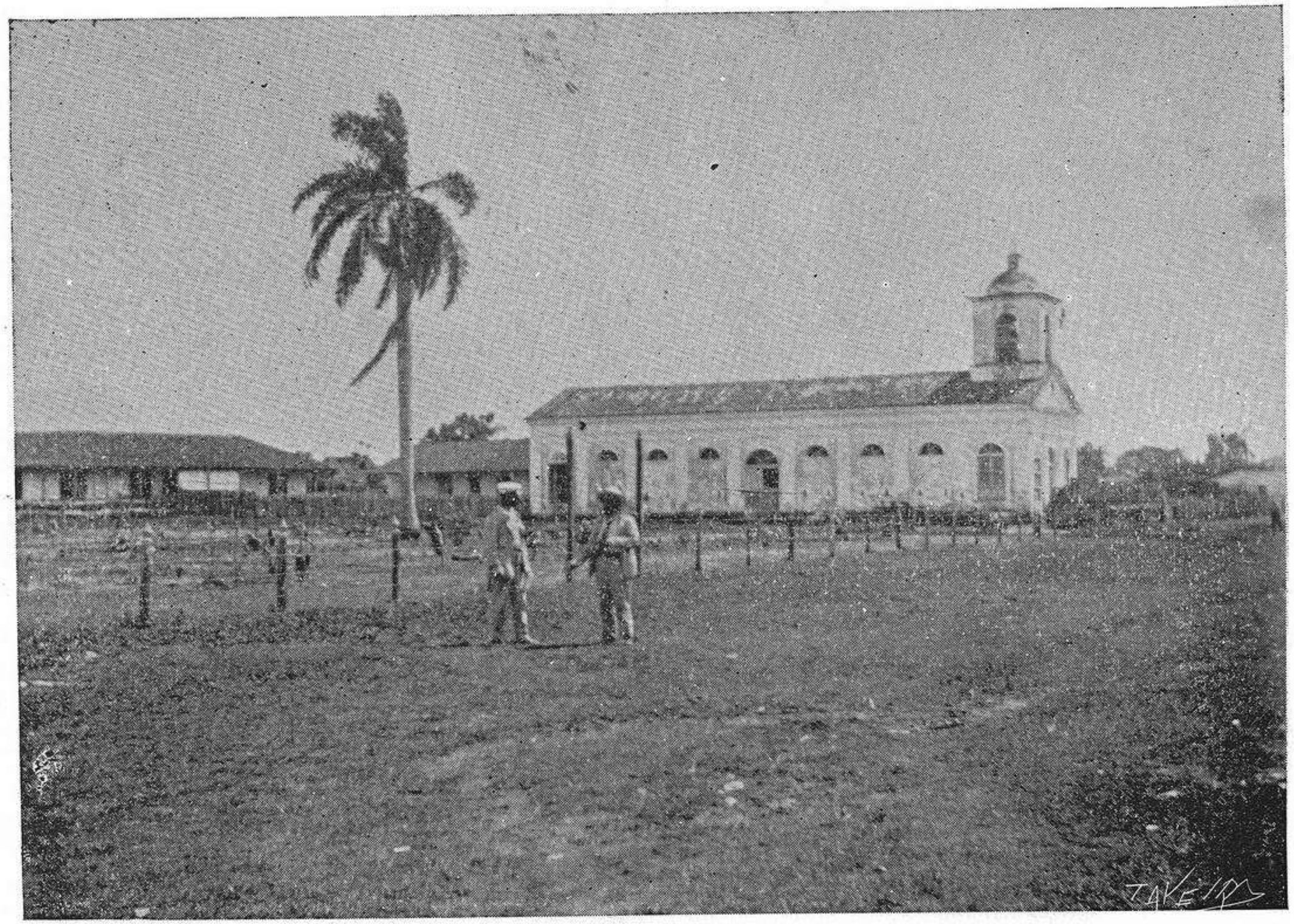
Los que movían la cigüeña y empujaban las planchas, se habían detenido; nosotros de pié sobre las vagonetas, seguíamos con admiración y con curiosidad, los detalles de aquella visión asombrosa. De pronto, el foco se volvió á buscarnos; la luz nos bañó de nuevo; la línea se presenta estendida, brillante, ante nosotros; volvimos á la realidad, y seguimos la marcha. La luz iba precediéndonos y alumbrando la vía como si empujase la noche á una gran distancia delante del convoy. Algunas veces, con veleidades artísticas, nos abandonaba por segundos para mostrarnos algo de lo que había allá, en el extremo de la in-

mensa planicie; ya una torre, que surjía un momento presentándose con toda la elegancia de sus líneas; ya un oficial que recorría la línea, y cuyo caballo se espantaba al verse sorprendido por claridad extraordinaria é inesperada; ya una palmera que se levantaba en la línea del monte y que iluminada, parecía un árbol de fuego, ó de metal precioso, propio de los «Cuentos de las mil y una noches.» Pero, en seguida, tornaba la luz á donde nosotros íbamos y continuábamos la marcha que habíamos interrumpido para contemplar todo aquello, rodando suavemente sobre rieles envueltos en la luz, y creyéndonos héroes de una leyenda, caminábamos no por mundos reales, sino por paraisos entrevistos en sueños. ¡Cuánto dieses tú, lector, por ser feliz como nosotros lo éramos entonces!

Llegamos á un campamento y allí nos detuvimos y apeamos. En él nos esperaba el Capitán Montoto, el májico maravilloso que rejía aquella máquina asombrosa, y lo encontramos, no rebujado en ámplia vestimenta cuajada de lengüetas de fuego y cubierta la cabeza con puntiaguda caperuza, sino vestido con un uniforme de ingeniero. Le estrechamos la mano y balbuceamos nuestras felicitaciones; nosotros no podíamos dar espresión gráfica á nuestros pensamientos; quizás después podríamos dar forma á las impresiones recibidas, pero en aquel momento era imposible.

Escalamos el piso alto del cuartel; nos asomamos á una de sus ventanas; la luz nos buscó allí y se detuvo un momento, estaba á distancia de quinientos metros y, sin embargo, leímos con facilidad una carta. Volvimos á quedar sumidos en las sombras; el reguero de luz se desparramó alumbrando una gran estensión de terreno, y poco á poco fué resbalando por el terreno y revelándonos hasta los más pequeños detalles de un accidente; por fin, invadió la manigua: la inmensa muralla de árboles y lianas se nos ofreció embellecida, destacándose con fuerte

Estacion de Moron.



IGLESIA Y PLAZA DE MORON

relieve cada uno de los árboles, de las ramas, de las hojas más diminutas; algunos rayos penetraron en la espesura chocando sobre la corteza alisada de una palmera, y fueron mostrándonos, la enmarañada ligazón de aquel tejido de árboles y plantas trepadoras estrechados en íntimo consorcio de abrazos inseparables y de caricias de serpiente que se enrosca para dominar, oprimir y matar absorviendo. Unos minutos después todo volvió á quedar negro á nuestro alrededor; habían desaparecido, la máquína, los cuarteles, los escuchas y los hombres; las sombras de la noche espantadas por el sábio capitán Montoto, se enseñoreaban de la trocha, y de nosotros, escribiendo con lápiz celestial en nuestro cerebro sensaciones que apenas nos demostraba al papel. Volvimos á ocupar nuestras vagonetas y á recorrer la línea con dirección al Ciego. La luz que quiso despedirnos, se nos presentó nuevamente para acompañarnos hasta el límite de su dominio y apenas rebasado ese límite, desapareció de nuestra retina para no volver á verla más.

¡Oh, luz brillante y luminosa, que desde la torre 25 alumbraste cortos y efímeros instantes de una felicidad nunca superada y quizás no sentida jamás; cuando nuestras pupilas empañadas de escribir y á caso de llorar ausencias y desapariciones de queridos seres, vayan perdiendo el brillo de mejores días y mostrando su cristal apagado; cuando los párpados oculten por vergüenza de la ancianidad, lo que recreo fué de nuestra vida y ánimo generador de nuestro espíritu, te recordaremos sí, volviendo el pensamiento á Cuba; á esta Cuba hermosa que adoramos; y á la línea militar de Júcaro á Morón, y á los compañeros queridísimos que sellamos con fraternal amor aquel paseo, y á los defensores nobles de la pátria que á miles de leguas de los suyos viven con el alma pendiente del correo y la vida suspensa del honor nacional, y por fin, al caballeroso, bravo y prestigioso militar que con gallardía

tal supo y quiso hacernos los honores de la hospitalidad más esquisita.

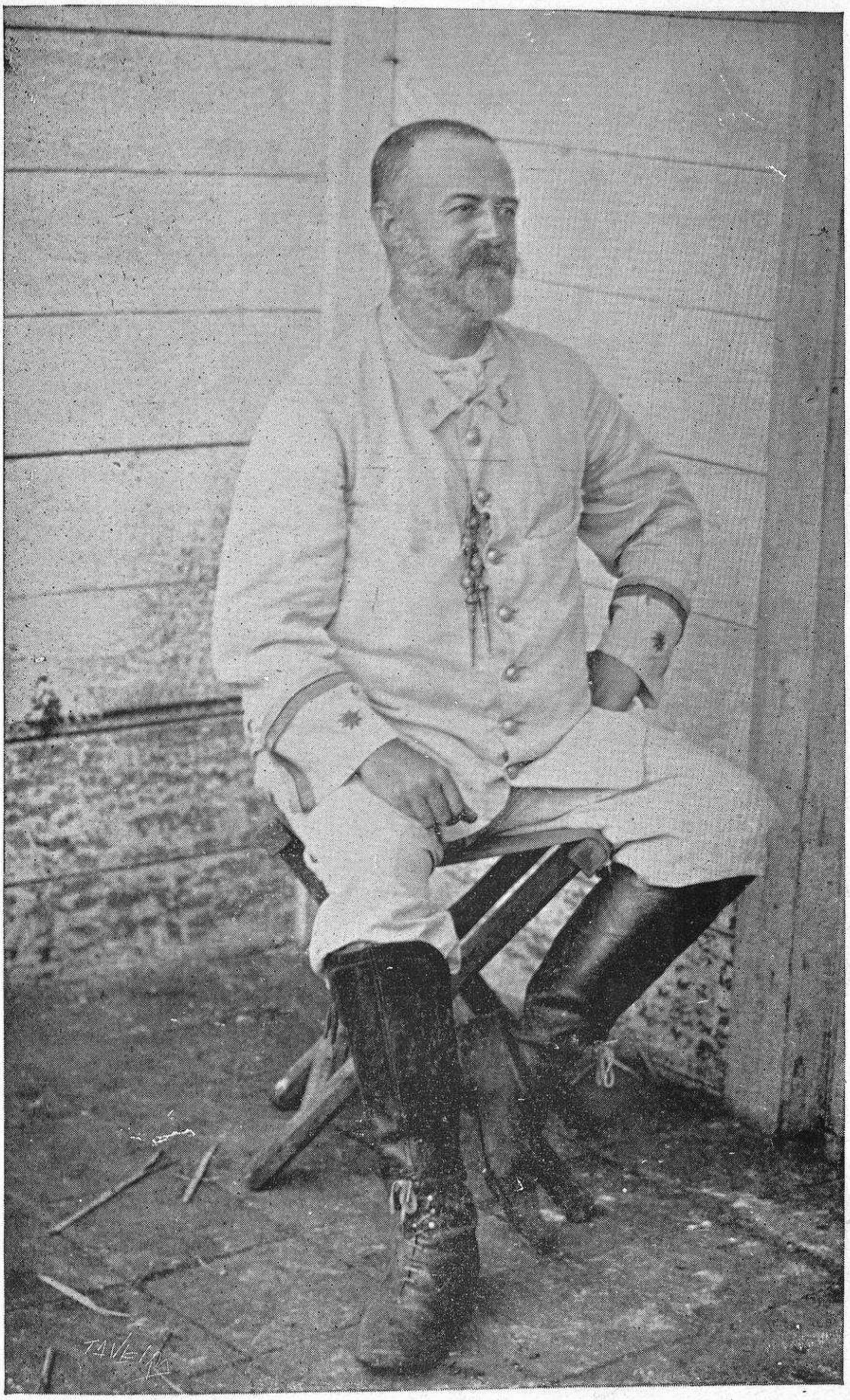
Nuestro regreso al Ciego fué silencioso; de Dios estaba que después de admirar grandiosos panoramas, se quedasen las frases en nuestras gargantas, interrumpidas por el sentimiento y la abstracción.

¿Qué significaban la torre del heliógrafo y los focos potentes que alumbraban la vía? Habíamos podido discurrir cuando nos extasiábamos, sobre el qué y el por qué estábamos allí, meros espectadores de tales maravillas, y sabíamos se levantaba aquella torre y se alimentaban los focos por causa tan inícua y cruel como una rebelión de traidores enemigos de Dios, de la humanidad y de la patria. Necesarios habían sido, sin embargo, esfuerzos de la imaginación para recordar que á vanguardia y á retaguardia nuestra, la traición acechaba y que un disparo saliendo de la espesura próxima, podía venir á robar nuestra existencia y nuestras alegrías momentáneas, y para convencernos de que todo aquello que veíamos, y viéndolo gozábamos, era consecuencia de amarguras pasadas; de invasiones salvajes; de actos de barbarismo; de escenas espeluznantes, hijas de la insurrección, y que sin estos actos, y estas escenas, y estas felonías, y estas negras traiciones, la Trocha no hubiese sido construida y no estaríamos allí nosotros haciendo acopio de recuerdos felices para alivio reparador de ulteriores desdichas.

Cuando llegamos á la Comandancia General y nos sentamos en el *amplio colgadizo* á tomar el the saboreado con las reminiscencias del paseo, no hubiésemos podido decir en dónde estábamos si nos lo preguntasen de repente.

La sugestión de lo infinito era completa.

Antes de las doce, el General mandó *tocar silencio*, porque á las cinco se debía tocar diana: antes de las seis debíamos salir para Morón donde conoceríamos al queri-



Comandante Gago,

Jefe de los trabajos de ingeniería

do y amabilísimo General Hore, 2º Jefe de la trocha y al ilustre constructor de ésta, Comandante Gago. Vámonos, pues, á dormir, que hay que madrugar.

A las cinco de la mañana se toca diana; nos arrojamos todos fuera de la cama; nos vestimos aprisa: el programa de aquel día es prometedor de grandes delicias. El tren sale á las seis, porque en Morón esperan sin fin de materiales que nosotros hemos de llevar, y aquéllo no es posible detenerlo. En la puerta de la Comandancia General, un carretón carga las cajas para la *tajada* que hemos de tomar en la Laguna de la Leche. El ayudante Quadrado lo revisa todo, para que á la hora del hambre no nos falte nada.

Llegamos á la estación donde se presentó una comisión de la colonia asturiana, anunciando á Eva que aquella noche se daría en el Casino Español un baile en honor suyo. ¿Un baile á Eva? ¡Qué gracia! Todos agradecimos el cariño con que nuestra compañera se veía tratada, y ofrecimos acompañarla metiéndonos seguidamente en el tren, que entró á toda la velocidad que le era permitido. La línea del Ciego á Morón no estaba definitivamente bien, pero en ella trabajaban algunas compañías de ingenieros renovando traviesas, afirmando *rails*, poniendo algunos nuevos, reparándola en su totalidad.

No podemos sacar ninguna vista de aquella parte; el tren tiene que marchar muy lentamente y á pesar de ello es preciso llegar temprano; cualquier detención causaria graves perjuicios; no nos detenemos ni un segundo.

Llegamos á Morón: en la estación se presentaron al General Gasco dos ayudantes del General Hore, diciendo que disculpe la ausencia de éste por hallarse enfermo. Nuestro General les dice que lo visitaríamos al regreso de la laguna.

En estos momentos subió al tren el comandante

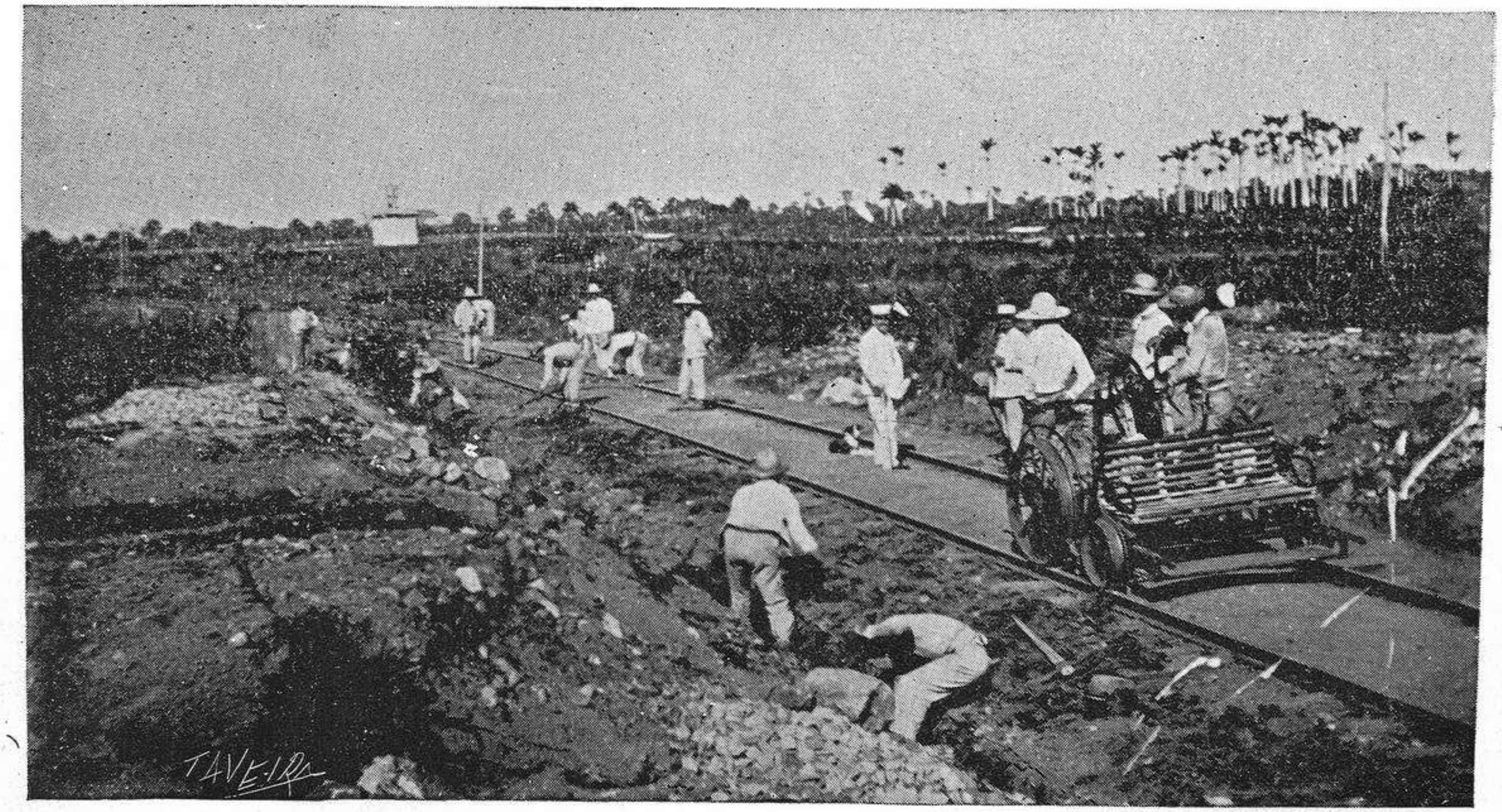
Gago, el sabio ingeniero, activo estudiante de Derecho, médico distinguido, que es hoy el alma de la trocha, el cerebro creador de todo aquéllo. La biografía del comandante Gago á más de ser hermosísima, como de pundonoroso militar, es una de las más curiosas y de las más interesantes.

Ha viajado mucho, pero no como viaja el común de las gentes, sino en interesantísimos viajes de exploración, atravesando los intrincados montes de Filipinas; navegando en cortezas de árboles por aquellas inmensas lagunas del archipiélago, en busca de un punto estratégico, abriéndose paso algunas veces con los machetes de sus compañías; construyendo otras las embarcaciones en que había de realizar arriesgada navegación á través de lagunas desconocidas, ocultas enmedio de las selvas vírgenes.

Don José Gago comenzó la carrera de Derecho la cual dejó para seguír la de medicina, que una vez terminada ejerció en Granada, su pueblo natal, hasta que y contando ya 26 años, quiso ser ingeniero militar por la que sentía en su cerebro mayores disposiciones y en su decisión mayores entusiasmos.

El año 1879 fué destinado al Regimiento montado de Ferrocarriles y telégrafos, pasando después al 2º Regimiento de Zapadores, del que fué cajero, y después Jefe del Detall, destino que dejó más tarde para hacerse cargo de la comandancia de Melilla.

Al ascender á comandante marchó á Filipinas el año 1885, yendo en comisión á Zamboanga con el cargo de jefe del Detall, construyendo el almacén de cartuchería que existió allí, y habiendo sido destinada su compañía á Rio Grande para operar contra el datto Utto, pidió tomar parte en las operaciones, noble deseo que realizó con las escasas fuerzas de la guarnición de Cotta Bato, hasta que llegó á organizarse la expedición de los generales Terreros y Seriñá.



El comandante Gago dirigiendo trabajos en la vía

Terminada la campaña del 86, quedó el comandante Gago dirijiendo las obras de defensa de Rio Grande, donde permaneció hasta Septiembre que salió con algunas fuerzas de su compañía á tomar parte en el ataque de la Isla de Ratta á las órdenes del entónces coronel Arolas.

Regresó á Zamboanga donde realizó obras de mejoramiento y adorno de la población.

Volvió despues á continuar la obra de Rio Grande hasta Diciembre del 87, y despues de tomar parte nuevamente en otras operaciones de campaña especialmente en las que se hicieron sobre Zucuran, recibióse orden del Capitan General Terrero, para construir la Trocha que debía unir las costas N. y S. de Mindanao, dedicándose durante un mes á reconocimientos para dirijir el trazado de dicha Trocha, siéndole indispensable terminar el camino desde Zucuran al Puerto Infanta Isabel.

Algun tiempo transcurrido regresó á Cottabati, continuando importantes trabajos de ingeniería comenzados.

En Julio de 1889, fué destinado por el General Weyler á estudiar nuevo emplazamiento para los destacamentos de la costa Sur de Mindanao, estudios penosísimos que le acarrearon una enfermedad grave que pasó en Cottabato, permaneciendo allí algunos meses para curarse y reponerse de las penalidades sufridas.

En Diciembre del propio año, fué comisionado por el General Weyler para construir 31 kilómetros de trocha entre Yu-kusan y Sintegut.

En Abril del 90, le encargó de nuevo el mismo General Weyler que buscase emplazamiento á una instalación militar en Bahía Illana: reconoció esta zona en Larcanes, recorriendo la costa en la Bahía de Pollok, eligiendo después de penosísimos reconocimientos el punto llamado Rasang Porau.

El General Weyler halló este sitio muy á propósito, no sólo como posición militar, sino también para la for-

mación de un pueblo. Dicho pueblo fué declarado por el General Blanco capital del distrito en la isla de Mindanao.

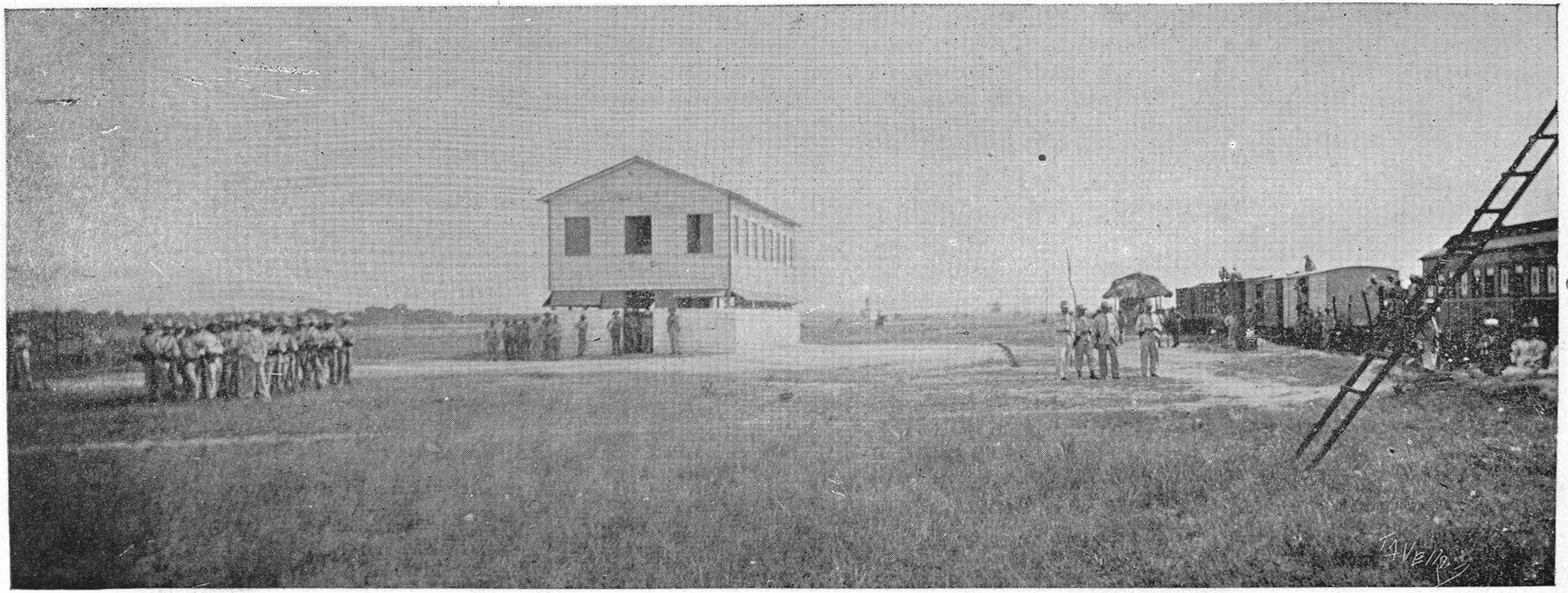
Ya en la Península, después de tan brillantísima campaña, en el archipiélago filipino, descansó hasta que el ilustre General Weyler fué nombrado Capitán General de Cuba, eligiendo al Comandante Gago para que le acompañase como ayudante suyo.

Durante la navegación ya el General Weyler le hizo saber que pensaba destinarlo á la construcción de la trocha de Júcaro á Morón, prueba inequívoca de que el nuevo General en Jefe de esta Isla tenía cabal concepto de la clase de campaña que debía llevar á efecto contra la insurrección.

Al poco tiempo de llegar á la Habana el General Weyler, mandó en comisión al Comandante Gago á la trocha de Júcaro para que haciendo los estudios de la línea militar en construcción presentase sus proyectos. Presentados que fueron y aceptados después de estudios minuciosos, el Capitán General tuvo á bien nombrar á su ayudante D. José Gago, Comandante en jefe de los trabajos que nosotros admiramos y aplaudimos con todo el entusiasmo de que somos capaces, y somos capaces de mucho.

Bueno es consignar, que no tratamos en este album de hacer una descripción técnica de la notable línea que hemos visitado; eso corresponde al ilustrado ingeniero que la ha concebido y realizado; nosotros presentamos un esquicio á grandes trazos, para satisfacer la curiosidad general ansiosa de saber algo de lo que es eso que tan contradictorias opiniones ha provocado y que justifican la necesidad de publicar estos apuntes, á fin de que se tenga una idea aproximada de ella, oponiendo razones y veracidad al cúmulo de censuras y de juicios absurdos de que ha sido objeto.

Por los grabados que figuran en este folleto, como el



LLEGADA DEL GENERAL GASCO Y LOS EXCURSIONISTAS Á UN CAMPAMENTO ENTRE CIEGO DE AVILA Y MÓRON.

lector quiera llamarle, puede formarse juicio del aspecto esbelto de las pequeñas fortificaciones que se bastan á sí mismas y que reunen condiciones inmejorables para llenar el cometido que tienen. Las 68 torres que cubren la línea son exactamente iguales. A excepción de las que se han erigido en los terrenos pantanosos de los extremos Norte y Sur, en los cuales ha sido preciso emplear un entramado de madera de jiquí, indispensable para darles estabilidad en su base; en todas las demás se ha empleado el concreto como cimiento, consistiendo los muros de sólida mampostería, con buen mortero, en el que entra cal hidráulica segun las necesidades de la construcción. En el centro de cada torre se eleva, á la altura de 10 metros, una armadura de madera afianzada por tirantes en forma triangular, forrada convenientemente para resistir á los proyectiles, y en el extremo de esa extructura se coloca el centinela. Es también en esa parte extrema donde está colocada la luz móvil exploradora destinada á registrar durante la noche todas las inmediaciones.

Las torres tienen dos líneas de fuego, una baja y otra alta, en los cuatro frentes iguales que las forman, y para flanquear los ángulos y los aproches al pié de los muros, se han provisto de cinco matacanes por cada lado, tan ingeniosamente dispuestos que es totalmente imposible acercarse al pié de los fuertes. No tienen puerta de entrada, propiamente dicha, y ésta se ha sustituído por una escalera móvil á estilo de puente levadizo que queda, cuando se levanta, adherida á la parte superior de la torre, cerrando así por completo toda comunicación exterior. Las torres están situadas á diez metros de distancia detrás de la alambrada, disposición que supone una defensa formidable para todo conato de ataque. Cada torre está á la vista de las dos más inmediatas, y por el poco movimiento del terreno, se ven casi siempre dos, tres ó cuatro á derecha é izquierda. La guarnición de cada

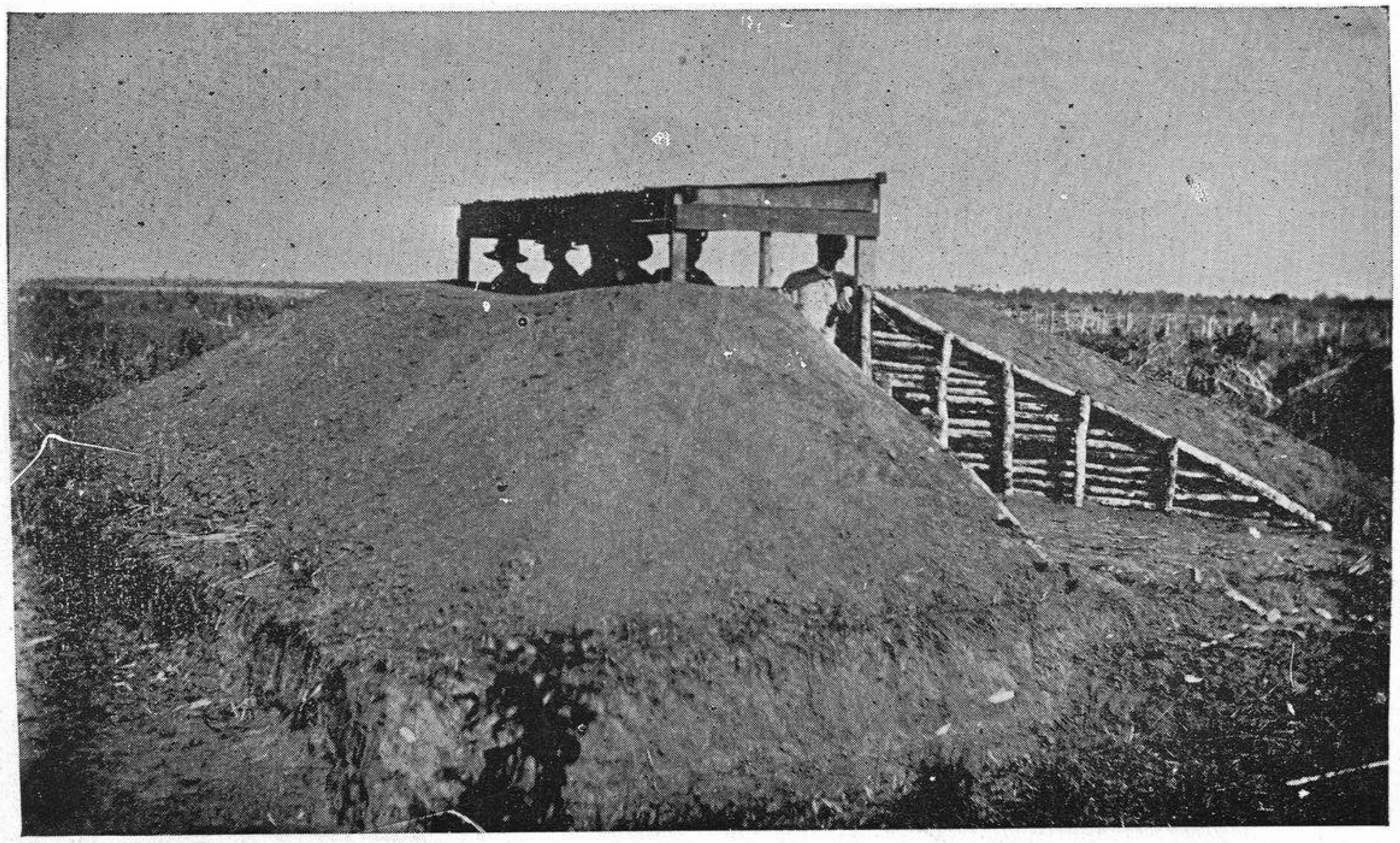
una es permanente y capaz para detener é imposibilitar todo ataque á la alambrada.

El costo de cada torre-fortín ha fluctuado entre 700 y 800 pesos, y el aparato de alumbrado que las corona unos 200 pesos: suma total, de 900 á 1000 pesos.

Entre torre y torre, hay un blockhaus ó casa-fortificada, situada en el centro, y seis escuchas ó puestos fortificados también todos paralelos á la alambrada y á 25 metros de distancia de esta barrera. Por la disposición en que están, resulta qne sus fuegos se cruzan en todas direcciones sobre la red de alambres, sin que entre sus líneas de fuego pueda haber ningún entorpecimiento, comunicándose además entre sí por medio de veredas convenientemente situadas á retaguardia. Esta línea de fuertes de segundo orden completa la defensa de un modo muy eficaz, atendiendo también lo mismo que las torres á los ataques de retaguardia; de modo que en su construcción se han tenido en cuenta, las prescripciones que aconsejan el estudio de una buena defensa.

El número de blockhaus resulta, pues, igual al de las torres y el de las escuchas á seis veces más; de modo que la línea se compone: de 68 torres, 60 blockhaus y 401 escuchas, en una longitud total de 68 kilómetros. El costo de estos blockhaus y escuchas ha sido insignificante, pues su principal defensa consiste en el perfil de tierra que constituye el foso y el parapeto.

A cada cinco kilómetros en toda la longitud de la línea se han emplazado campamentos defendidos por obras de fortificación pasajera, con bastiones en los ángulos opuestos que flanquean los cuatro lados que los cierran, y están situadas alternativamente, á ambos de la vía férrea, la cual está situada á su vez en la extrema retaguardia á 80 metros de distancia de la barrera alambrada. Estos campamentos se han formado de barracas rectangulares cubiertas convenientemente para el servicio que desempe-



Un Escucha

UN BLOKHAUS.

ñan, y además de bastarse así mismos con fuerzas reducidas, están llamados á proveer las necesidades de un ataque dentro de la zona de acción en que jiran, acudiendo rápidamente al punto de la línea donde haga falta su presencia. En casos extraordinarios y utilizando la vía férrea, se pueden acumular fuerzas considerables en un punto dado y en breves momentos, completando así la magnífica línea de defensa en que se ha previsto todo y se han aplicado los mejores métodos que la ciencia enseña para hacerla perfectamente inespugnable ante fuerzas irregulares que no pueden contar con los elementos de acción de que disponen los ejércitos organizados.

La vía férrea que arranca del poblado del Júcaro, situado en la costa Sur, y llega al litoral de la Laguna Blanca en la costa Norte, es de la anchura ordinaria de 1'45 metros, y en su máxima pendiente no pasa de 0'70 por ciento. Gran parte de ella ha sido reformada, sustituyendo los antiguos carriles de hierro por los modernos de acero, de mayor sección, y el resto se está reponiendo rápidamente. La prolongación hecha hace poco sobre terreno pantanoso para llegar al litoral de la Laguna Blanca, en una longitud de tres kilómetros, formando el terraplén á mano, sin auxilio de carretillas que allí eran impracticables y sin conducir tierra en los carros de la vía, es en nuestro concepto un trabajo tan extraordinario, que es difícil encontrar otro ejemplo. Mil doscientos hombres del Cuerpo de Ingenieros al mando del Comandante Gago, secundado éste por distinguidos oficiales del ramo, han llevado á cabo esa empresa colosal en el breve término de diez dias, comprueba fehaciente de que los españoles de hoy no han desmerecido de aquellos legendarios capitanes que sabían vencer todos los obstáculos, asombrando al mundo con sus hazañas.

Sobre aquella vía sólida, pero improvisada encima de la ciénaga, por un terraplén que fluctúa entre dos y cua-

tro metros de sección vertical, y que termina en el litoral cenagoso de la Laguna Blanca, donde se está construyendo una esplanada que servirá de atraque al muelle, hemos admirado toda la grandeza del trabajo realizado, contemplando á derecha é izquierda anchas cunetas que parecen arroyos, é intransitables marismas que se extienden á uno y otro lado, como para imposibilitar todo conato de emplazar allí vías férreas, no obstante lo cual, nuestros esforzados ingenieros han sabido dominar la naturaleza del terreno, sin reparar en los obstáculos allí acumulados por la constructora del Universo.

Estos canales ó marismas pueden, no obstante, utilizarse para embarcaciones menores limpiando los canales de salida á poco costo, pues la arcilla que constituye el fondo es susceptible de extraerse con facilidad.

Las aguas de la Laguna Blanca, procedentes de la ciénaga que la rodea, son aguas de lluvia aunque en el fondo se encuentra agua salada, que penetra de la costa marítima y que por su mayor densidad se contiene en la parte inferior. Por la forma cenagosa del litoral, casi inaccesible, los manatíes, caimanes y otros anfibios abundan en sus aguas, sin que falten tampoco peces sabrosos adaptados al medio especial de aquellas aguas.

Hablamos largamente con el Comandante, de todas estas cosas de sus trabajos: nos mostró admiración por el esfuerzo, la constancia y la inteligencia de los soldados que tomaban parte en la colosal obra de tan rápidas reconstrucciones, relatándonos sus padecimientos, y como había construido aquel terraplen asombroso, sobre el cual íbamos resbalando, con agua á la cintura y teniendo que servirse de las manos para amontonar la tierra de que se forma, por que allí, en medio de la laguna era imposible usar las palas, á causa de que el agua desleía la carga antes de sacarla.

Este terraplén es sin disputa una de las maravillas que

San Fernando: Descarga de vagonetas á la llegada del tren que conducia á los excursionistas.

TERRAPLEN SOBRE CIÉNAGA ENTRE MORON Y SAN FERNANDO.

se admiran en la trocha: sobre él corre la línea férrea, el fondo ha cambiado de aspecto; en vez de la espesa manigua se presentan á nuestros ojos los no menos espesos manglares que crecen sobre el agua cenagosa. Allí se sabe que no hay enemigo, allí solo viven los caimanes, mientras las ranas pululan y los mosquitos hacen insoportable la vida. Para construir todo aquello sobre base tan movediza y sobre todo para construirlo en el cortísimo tiempo en que se ha hecho, amen de una dirección tan ilustradísima, se ha necesitado, como decía el Comandante Gago, una oficialidad tan brillante como nuestra oficialidad de ingenieros, un soldado tan resistente, tan constante, tan indiferente á los rudos trabajos, como el soldado español.

El comandante Gago, se ha reido grandemente cuando le contamos las millonadas que se supone ha costado la trocha y entre bromitas y serio nos dice,—pues miren ustedes; las cuentas aquí son bien sencillas: para el alambrado tantos rollos de alambre, á tanto, tanto ha costado, ni centavo más ni centavo menos, porque la madera nada ha valido, y el obrero es el soldado cuyo jornal había de pagársele lo mismo haciendo esto, que haciendo otra cosa, que no haciendo nada. La línea de Morón á la laguna no le ha costado nada al Estado: los railes ya los teníamos, la madera la ha pagado el Ayuntamiento de Morón, y en cuanto á los operarios, repito lo que antes dije.

Y por este estilo fué reseñándonos uno por uno los trabajos que en la trocha se han realizado, que con pequeña diferencia presentaron los mismos fenómenos, que los dos casos apuntados anteriormente.

Se detuvo el tren, habíamos llegado á la laguna y contemplábamos á distancia la famosa isla enclavada en el centro de aquella porción de agua clara y transparente cuyo fondo produce el blanco de la superficie,

El extremo Norte de la Trocha termina al tocar el litoral de la Laguna Blanca de Morón, llamada también «Laguna de la Leche» por su color amarillo claro. (1) Esta laguna se comunica con el mar del Norte, por dos pequeñas bocas formadas por la Isla de Turiguanó, y aunque la superficie de la laguna es bastante considerable, la falta de fondo en general, y sobre todo en su comunicación con el occeano hace que no sea navegable sinó para embarcaciones de muy reducido porte, no pudiendo entrar en ella más que las de 80 centímetros de calado.

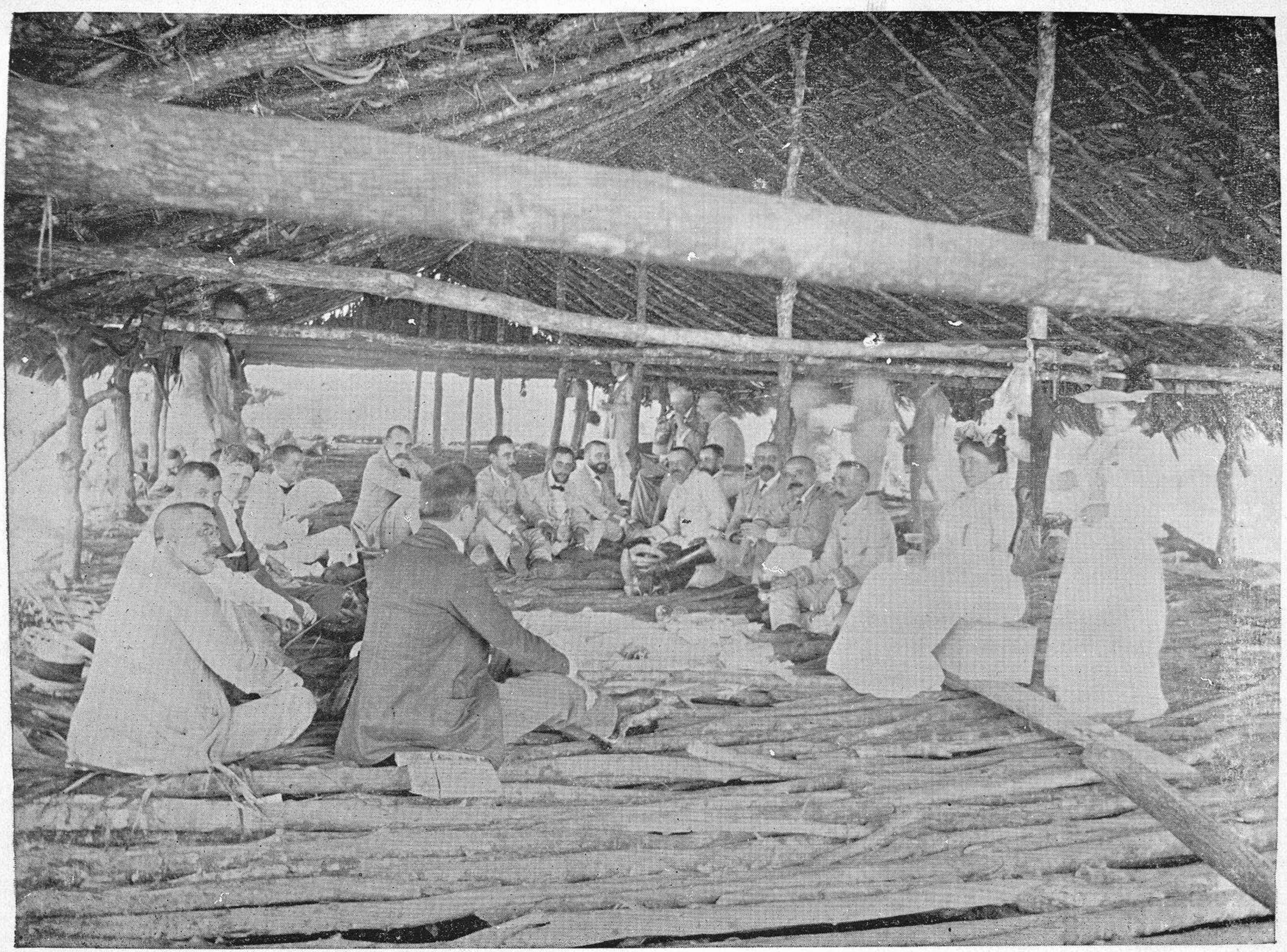
La Isla de Turiguanó tiene sobre veinticinco kilómetros de largo por cinco de ancho en promedio, y es propiedad de un particular.

Excepción hecha del litoral que es cenagoso, especialmente en lo que á la laguna corresponde, el terreno es de excelente calidad para el cultivo, no faltando tampoco pastos para la alimentación del ganado de todas clases, cuya circunstancia se ha aprovechado allí estableciendo la crianza de reses y puercos; pero la presencia de nubes de mosquitos y jejenes hacen imposible allí la vida.

Por lo que á la línea militar respecta, ha habido que defender, dada la posición de la Isla, el acceso á ella por los dos canalizos que la separan del resto del territorio, y nuestros soldados, animosos allí como en todas partes, cubren los fortines situados en aquellos puntos, luchando más que con el enemigo, con los insectos y las condiciones malsanas de aquellos manglares generadores de enfermedades perniciosas. En el resto de la Isla y en posiciones apropiadas se han establecido fortines de vigilancia hácia el litoral, teniendo por base un campamento situado en buenas condiciones militares é higiénicas.

---

(1) El nombre de «Laguna de la Leche» está bien justificado, porque en efecto, la arcilla margosa que constituye su lecho, cubierta de una capa de agua de poco espesor, hace que refleje constantemente el fondo, dándole á la superficie de las aguas la apariencia de la leche.



La Tajada.—Almuerzo á orillas de la laguna.

Tomando la tajada en la laguna Blanca ó de la Leche.

Cuando nosotros descendimos del coche salón para esparcirnos en el estrecho espacio transitable de que podíamos disponer asaltaron los vagones de carga los soldados para descargar inmediatamente los materiales que estaban esperando.

Una compañía, rellenaba con tierra parte de la orilla de la laguna; para levantar allí la estación última del ferrocarril estratégico, robando á las aguas parte del terreno que indebidamente ocupan.

Visitamos la última torre casi concluida, cuya esbeltísima figura retrataba la superficie del lago.

Era tarde; todos sentíamos apetito y se habló de la tajada. Atravesamos varios atrevidos y ligeros puentes hechos para auxiliar los trabajos y llegamos á un barracón que sirve por la noche de alojamiento á los trabajadores: está construido sobre grandes troncos clavados en el fondo movedizo de la laguna; el piso es un fuerte tejido de gruesas ramas: necesitamos caminar por dentro del barracón doblados; al principio tenía buena altura su techo según dicen, pero poco á poco ha ido hundiéndose en la base fangosa y conforme se hunde hay que ir subiendo el piso, motivo por el cual se hace cada vez más bajo de techumbre.

Empiezan á abrirse las cajas; ocupa cada cual el sitio que más cómodo le parece, eso sí, teniendo mucho cuidado de no irse por escotillón, pues al que tal accidente le ocurriese, tomaría un baño bastante desagradable contando con que los caimanes no se lo engullesen más que deprisa.

El ayudante Quadrado se ha lucido, á pesar de repartirse *la tajada* entre muchos más de los que debíamos ser según su cuenta y llamamos, á lo quinto, al almuerzo tajada, por darle nombre militar.

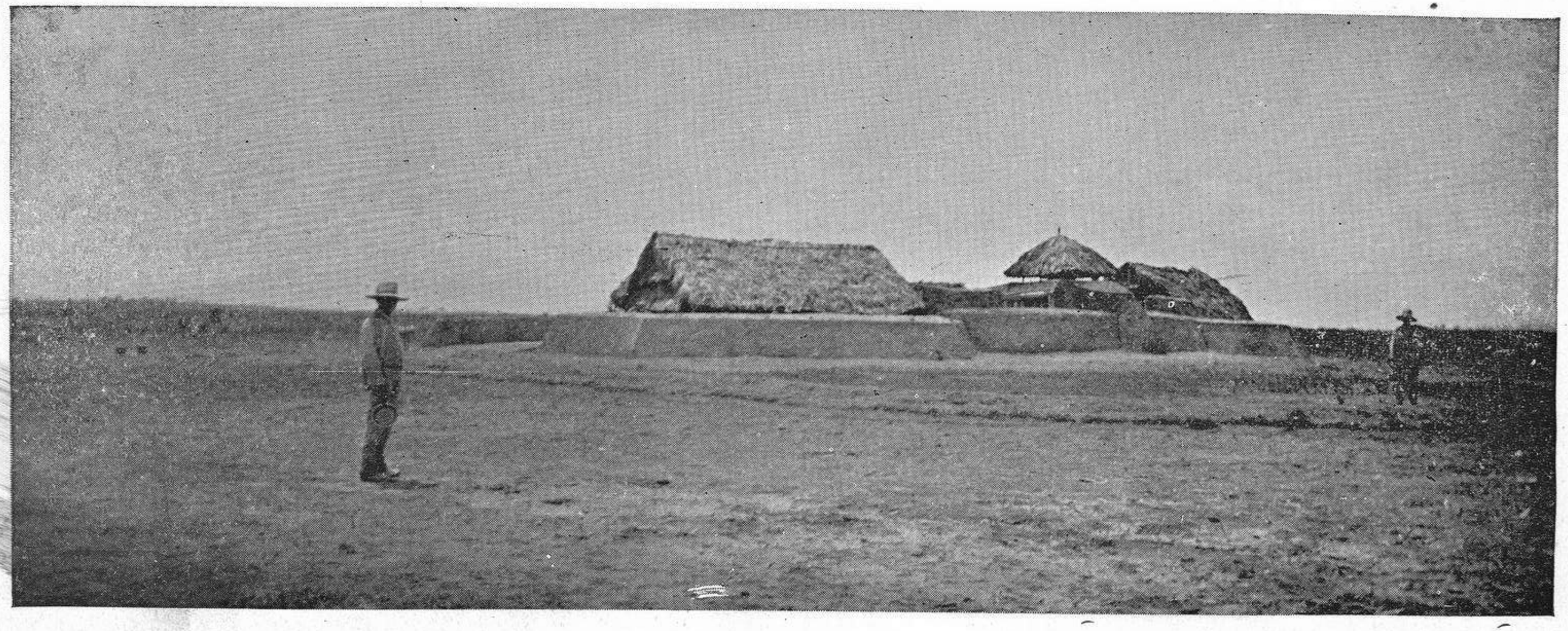
Cuando estamos tomando el café, nos dicen que acaba de llegar de la isla de Turiguanó, un bote con soldados

enfermos. Eva Canel se levanta; se ha hablado de soldados enfermos, y la caritativa mujer cree que allí donde hay soldados que sufren, debe estar ella, mejor que en la alegre reunión del barracón casi flotante. Allá va arrastrando al Dr. Tuñez, á Gamboa y Menéndez; dirige frases cariñosas á los soldados, les reparte de lo que tenemos, esquilmándonos lo que quedaba: les da cognac y todo cuanto puede obtener allí donde no hay caldo ni modo de prepararlo.

De vuelta, Eva, da cuenta al General del estado de los enfermos con todas las formalidades oficiales, y el doctor Tuñez sonríe dejándole la palabra: al poco rato pedimos nosotros cognac, Quadrado lo busca por todas partes, y el cognac no aparece por ninguna. Entonces, Eva, nos dice que se lo ha dado con agua á los enfermos, que lo necesitaban más que nosotros. Admiramos una vez más la previsión de Eva, que siempre para los enfermos encuentra recursos, y nos sentimos satisfechos de que aquella pequeña privación que pasamos, haya servido de algún alivio á los heróicos defensores de nuestra España. Hemos perdido la noción del tiempo, pero la máquina que viene á buscarnos desde Morón, nos hace saber que ya es tarde y que tenemos que emprender la vuelta. Hay que visitar al General Hore; hay que recojer en Morón algunos datos que nos ofrece el atentísimo comandante Gago, y Cotera quiere sacar algunas vistas del camino.

Subimos al tren, y momentos más tarde, llegamos á la batería de Cayo Anguila, una construcción interesantísima, que han levantado los artilleros, bajo la dirección del inteligentísimo capitán del cuerpo D. Isidoro Moreno Sierra, y que honra á los artilleros y al director de los trabajos.

La batería de Cayo Anguila, se encuentra á retaguardia de la línea fortificada de la trocha, y sus muros están construídos con el barro que los mismos artilleros extra-



BATERIA LEVANTADA POR EL CUERPO DE ARTILLERIA EN CAYO ANGUILA

Parque de Artilleria en Ciego de Avila.

jeron de los cenagosos alrededores que la circundan. Es una verdadera obra de fortificación.

La fotografía de Cayo Anguila y otra en que se vé el Parque de Artillería de Ciego de Avila, son buena prueba de los infinitos plácemes que merece la brillante oficialidad de artillería destacada en la trocha.

Llegamos á Morón; ya es tarde, pero tenemos que visitar al general Hore. Marchamos por una calle larguísima, interminable, que constituye todo Morón: por fin, jadeantes, sudorosos, cansados, llegamos al alojamiento del segundo jefe de la línea militar, que nos recibe con toda clase de atenciones y que nos brinda un refresco, y buena falta nos hace. Se habla de muchas cosas; decimos nosotros algo de las agradables impresiones que hemos recibido en nuestro viaje, y charlando, charlando, se nos pasan dos horas, de las que no nos damos cuenta.

Los ayudantes del amabilísimo general Hore, capitanes de Artillería Eytier y Sebastián, el primero de los cuales ostenta en su noble pecho la cruz laureada de San Fernando, ganada en Filipinas, y el segundo la de María Cristina ganada en Cuba, hacen los honores con la distinción que corresponde á su general y á ellos mismos.

Nadie se acordaba de marchar, pero alguien vió que eran las tres, por cuyo motivo el Comandante general Gasco dió la orden de marcha.

Nos acompañaban los muy simpáticos coroneles don Joaquín Arjona, que tenía á su cargo las zonas 1ª, 2ª y 3ª, ó sea desde Júcaro al kilómetro 38, y D. Fernando Jimeno, cuyas zonas eran 4ª, 5ª y 6ª, desde el kilómetro 38 hasta la Laguna Blanca, comprendiendo también la isla de Turiguanó.

Nos despedimos del general Hore y emprendimos el regreso á Ciego, deteniéndonos á sacar vistas de algunos campamentos, y contentísimos por haber pasado un día tan delicioso como inolvidable.

Al llegar á Ciego recordamos el baile con que los asturianos obsequiaban á su paisana Eva Canel, y nadie sintió entonces las fatigas de un día lleno de actividad: Menéndez hace grandes proyectos, prometiéndose bailar como en los buenos tiempos de su juventud.

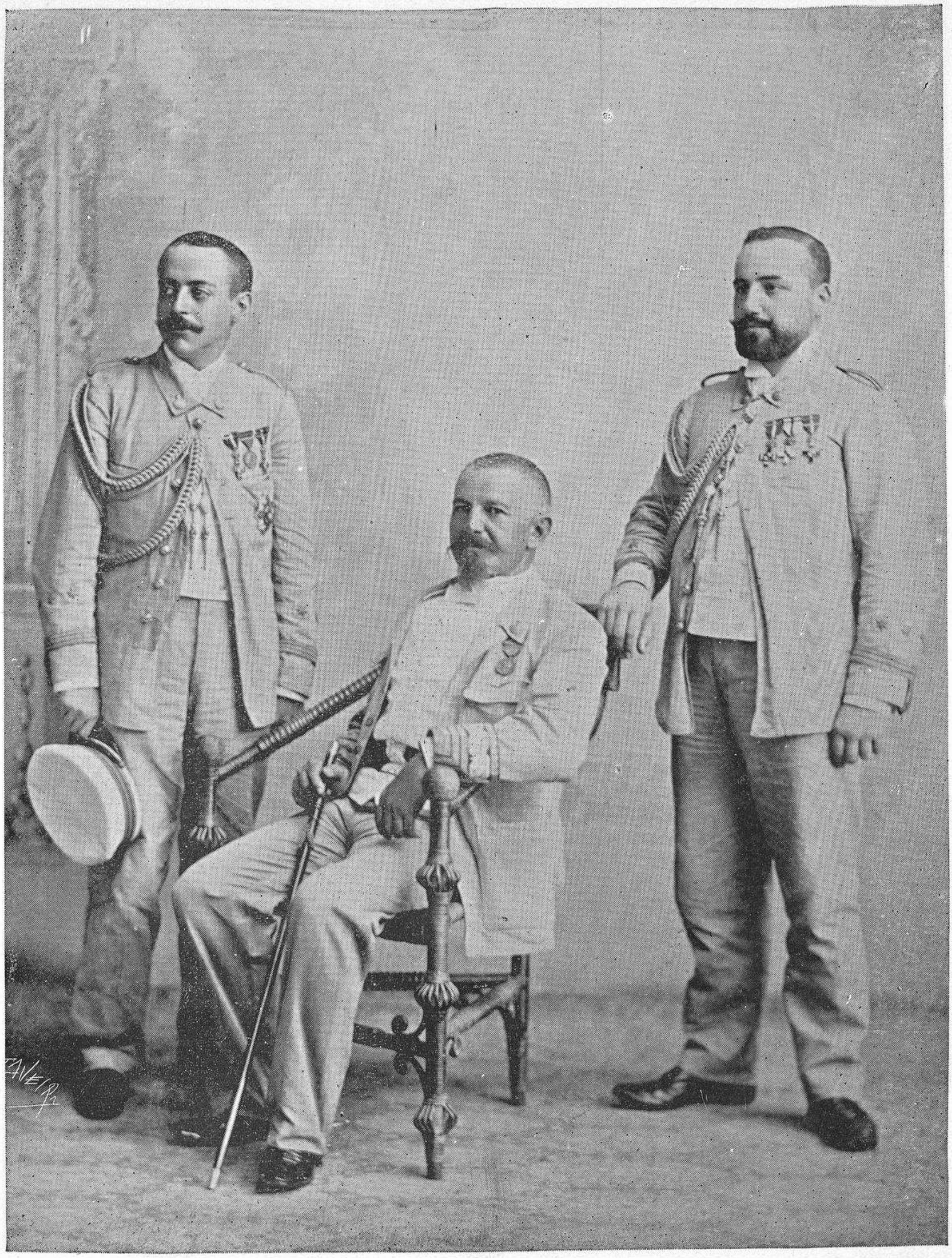
En la estación nos esperaba *todo el mundo*, y también la comisión de astures.

Durante la comida se habló mucho; se recordó la tajada, comentando y riendo sus incidencias. Nos sentíamos felices; no habían llegado periódicos, ni telegramas, ni cartas; estábamos aislados. ¡Qué dichoso es vivir sin noticias! Si la humanidad comprendiera los disgustos que le proporcionan el correo y el telégrafo, cortaría todos los alambres y destruiría los sellos de correos, aunque esto último causaría gran disgusto al general Gasco, que es un filatélico consumado.

A media comida llegó á visitar á Eva un capellán de regimiento, como heraldo de las señoras de la Cruz Roja, y apenas nos levantamos de la mesa llegaron dichas señoras. Eva y Menéndez, los dos individuos de la benemérita institución que había entre nosotros, las recibieron; el capellán hizo la presentación y Eva las animó á que prosiguiesen en la empresa caritativa que habían acometido; les dió algunos consejos, dictados por su larga práctica y por su talento. La visita duró una media hora, y transcurrida la dieron por terminada, despidiéndose cariñosamente de la secretaria de la Junta Central de la Habana.

¡Al baile! ¡al baile! Ya hace tiempo que en el Casino se baila y sin duda nos esperan.

El salón estaba rebosante de luz y de flores; en la puerta del Casino una comisión de asturianos esperaba á Eva, y su presidente le pronunció un discurso que tuvo, entre otras buenas cosas, las buenísimas de ser corto y sentido. Terminado el discurso le ofreció una corona de



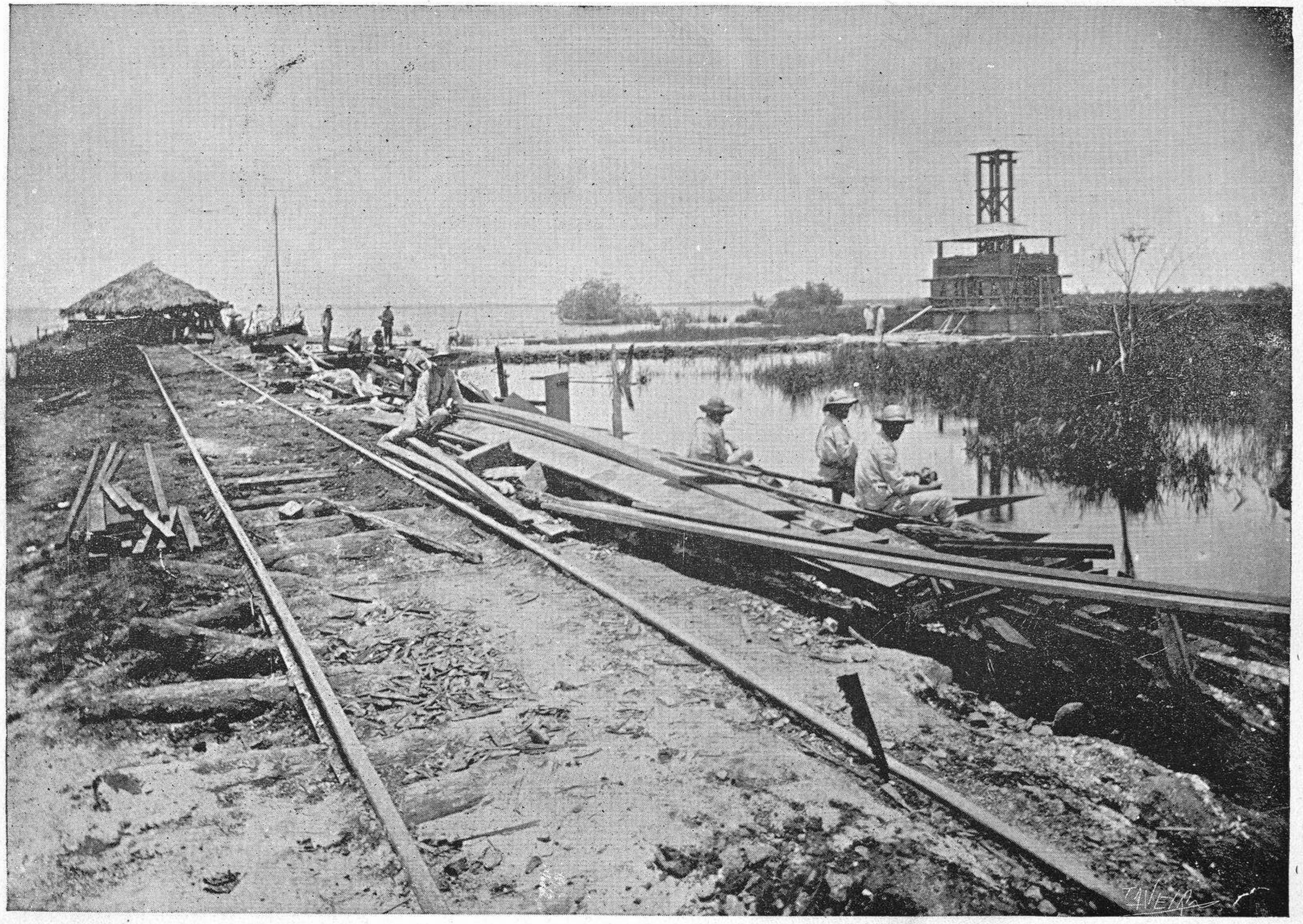
El General Hore 2º Jefe de la Trocha,
con sus Ayudantes los señores Sebastián y Eytier.

flores naturales y unos versos escritos por un aficionado entusiasta de Eva Canel.

Tras esta pequeña parte del ceremonial, entramos en el salón; un salón pequeño adornado con muy buen gusto; brillantísimo, lleno de militares que alegran la vista con sus uniformes, y de mujeres hermosas que la alegran mucho más con sus encantos. Se baila; Menéndez consiguió que una jovencilla muy linda le *diese* una danza: todos somos objeto de mil atenciones; el general y Eva, sentados bajo un retrato de Alfonso XIII, que preside el salón, y rodeados de la comisión de asturianos, gozan viendo cómo se divierte la gente moza.

Pero el día ha sido rudo; todos empezamos á sentir el cansancio y tenemos que abandonar el baile, con gran disgusto por nuestra parte.

Cuando acostados ya apagamos las luces, sentimos el lejano ruido del baile, las cadencias de los danzones y las notas vertiginosas del vals, y envueltos por la atmósfera de dicha que nos rodeaba, nos dormimos pensando en que éramos felices.



EMPLAZAMIENTO DE LA ESTACION DE SAN FERNANDO Y ULTIMOS TRABAJOS DE LA LINEA Á ORILLAS DE LA LAGUNA BLANCA.

CAPITULO IV

¡Todo ha concluido!

Llegó el día de nuestra partida, el día tan temido por nosotros, que desde hacía algunos, veníamos disfrutando de una existencia á la que no estábamos muy acostumbrados; pero llegó al fin, y llegó prontro por desgracia, que todo lo malo es rápido en llegar y duradero por añadidura, asi, como todo lo bueno es lento y perezoso en su marcha hácia nosotros, y rápido y fugáz cuando está á nuestro lado.

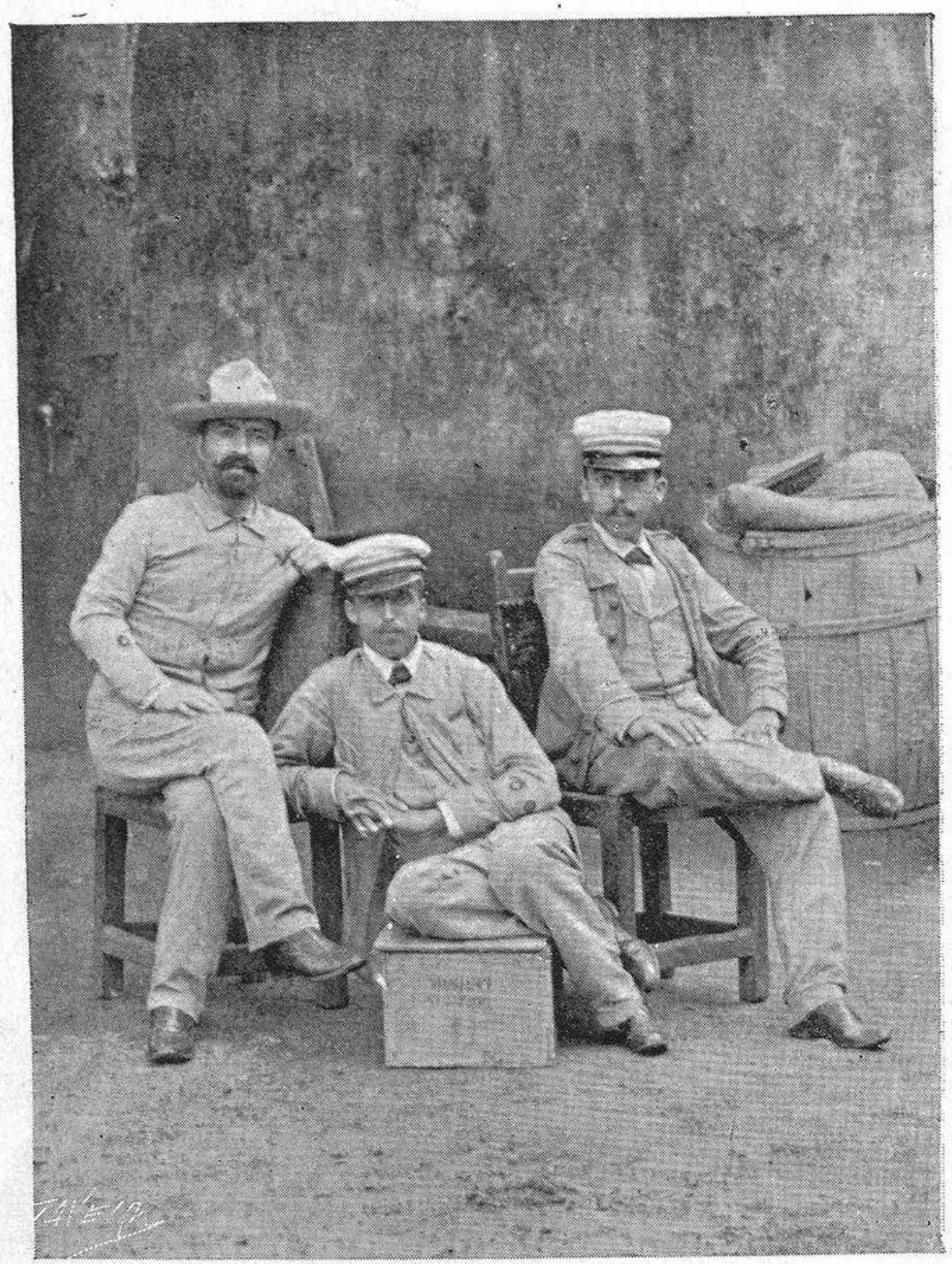
Apesar de nuestro cansancio, aquella noche no habíamos dormido bien; es verdad que se amontonaban en nuestra memoria los recuerdos de tantas cosas notables, y por nosotros no presentidas siquiera; que sentíamos perder tantas comodidades y dulzuras, y que esta era causa suficiente para robar el sueño á cualquiera.

Durante la noche, en la comandancia general, se habían desarrollado algunas escenas de una fuerza cómica grande, escenas que no podemos resistir al deseo de recordar aquí, porque algunas veces hemos leído otras parecidas en libros *pour rire*, de autores cómicos de gran nom-

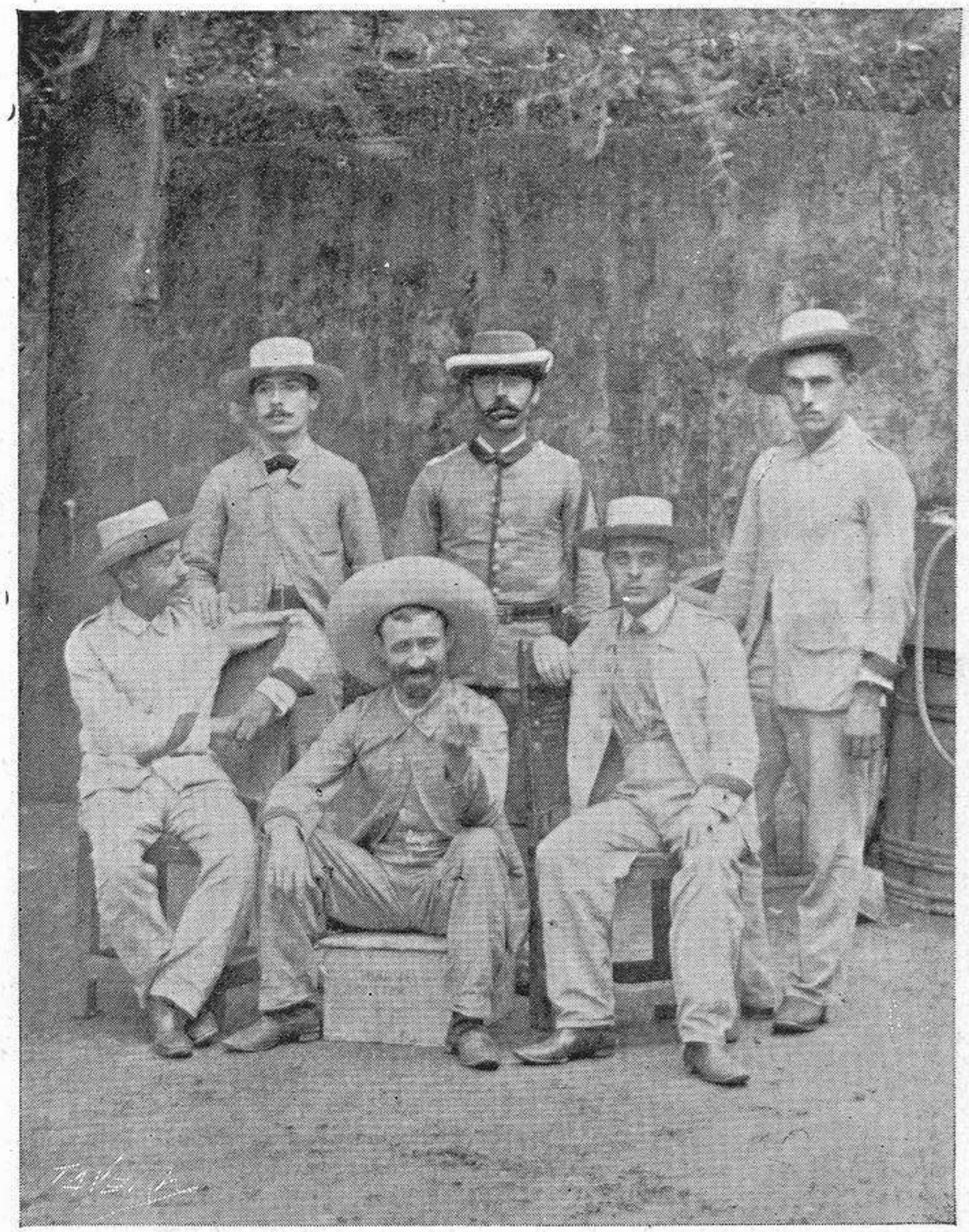
bradía, y en zarzuelillas del desacreditado *género chico* y si bien nos admiraban por la potencia creadora del autor, dudábamos muy mucho del *realismo* en que fueran estudiadas.

Fué el caso, que Gamboa, el más serio, y formal, grave y circunspecto de todos nosotros, tuvo que abandonar el cuerpo principal del edificio de la Comandancia General, para dirijirse á sitio más retirado y oculto. Mientras Gamboa estuvo...*por allá afuera*, uno de los asistentes apagó la luz del salón, única que quedaba encendida, suponiendo, es claro, que todos estábamos como rendidos, entregados en brazos de Morfeo, y él, el asistente, que no estaba mas descansado que nosotros, ni mucho menos, retiróse á dar reposo al cuerpo y espansión al espíritu, cosas de que estaba de seguro bien necesitado.

Gamboa concluyó..... los asuntos que le habían llevado á tan apartados lugares y trató de volver á su cuarto para ganar su cama: atravesó el patio dando algunos tropiezos, y viendo en algunos casos las estrellas, buscó la puerta, y tentando, tentando la pared, halló un hueco por donde se coló, sin preguntar donde se metía; pero no había dado un par de pasos por la habitación asaltada, cuando sintió rebullir un cuerpo como de alguien que despertaba sobresaltado por el ruido de los pasos del nocturno visitante, y un ¡quién vá! pronunciado por voz que le era bien conocida, la de uno de los ayudantes del general, buscó la salida á paso de carga no sin tropezar en una porción de cosas, que fueron rodando por el suelo y colóse de rondón en otro cuarto, que en su interior pedía Gamboa á Dios fervorosamente, fuese el suyo. ¡Quién vá! volvió á oir que decían, y era esta vez el Jefe de E. Mayor quien con tales ímpetus preguntaba. ¡Pues no es este mi cuarto tampoco! pensó Gamboa, y jiró sobre sus talones, y volvió á buscar salida de aquel atolladero en que estaba metido; y salió por fin, no sin haber hecho caer, como antes, una porción



Oficiales de Oficinas militares
de la División de la Trocha



Escribientes de la División de la Trocha

de efectos, muchos de los que por el ruido que producían, denunciaron que se habian hecho mil pedazos. Siguió su excursión, nadando en el vacío, como quien á obscuras camina y quiso su mala suerte que tropezase con cosa que á él le pareció tocador de señora. Y aquí el apuro tomó proporciones colosales; podía pasar el haberse metido en el cuarto de los ayudantes, y en el del Jefe de E. Mayor, pero haber invadido la habitación de Eva Canel y Claudia, ya era cosa que ni el mismo Gamboa se perdonaba asimismo. Y aquí fué el gritar, y el llamar á voces para que trajesen una luz y le sacaran de aquel lío, porque él no se atrevía á dar un paso, temeroso de tropezar con cosa más grave que el tocador aquel que suponía delante. Abrierónse las puertas de todos los cuartos, y en cada una apareció una vela encendida, con lo que iluminó el sitio en que Gamboa se encontraba, y al que se vió tímidamente detenido delante de un aparador cargado de vajilla, que había tomado por tocador de dama, y en medio del comedor, que él había supuesto la habitación de Eva.

Aclarado todo y restituido Gamboa á su cuarto, entregámonos al sueño reparador de las perdidas fuerzas.

Nuestro regreso no tuvo incidencia digna de contarse. En el almuerzo de aquel día, que fué suculento, como todas las comidas que en la Trocha hemos hecho, para bien nuestro y vergüenza de Soto Rio que cosa distinta nos profetizaba, el repostero del General, que era todo un artista, nos sirvió como postre un sabrosísimo pastel, en cuya capa superior aparecía la siguiente inscripción: ¡No se vayan! En aquellos momentos tal sencilléz era capaz de quebrantar peñas mas duras que nuestros corazones, no muy duros por cierto. En la estación nos despidieron infinidad de gentes que se habían hecho amigas nuestras: á Eva le pronunció un discurso el alcalde, que es hombre culto y que sabe hacer discursos, y despues de estrechar la mano de tantos amigos como allí dejábamos, empren-

dimos la marcha, acompañados del general Gasco, al que nunca pagaremos como debemos las atenciones que con nosotros ha tenido; de su ayudante Barreto, y de una comisión de asturianos, á los que no pudo convencer Eva, de que se quedaran en el Ciego, por mas que argumentó largo y tendido: tan finos y cumplidos estuvieron con nosotros, que hasta Champagne nos dieron cuando llegamos á Júcaro.

El vapor no asomaba y esperamos, en sabrosa charla, á que llegase, haciendo intención de ir todos á comer abordo porque así lo disponía el General Gasco, tirano tan cariñoso como amabilísimo.

El comandante Gago tuvo la galantería de poner desde Morón un telefonema á Eva despidiéndola con las frases más galantes, y Eva le contestó inmediatamente á Morón donde se hallaba, asegurándole que jamás podríamos olvidarnos de la trocha ni de sus constructores ni de su guarnición.

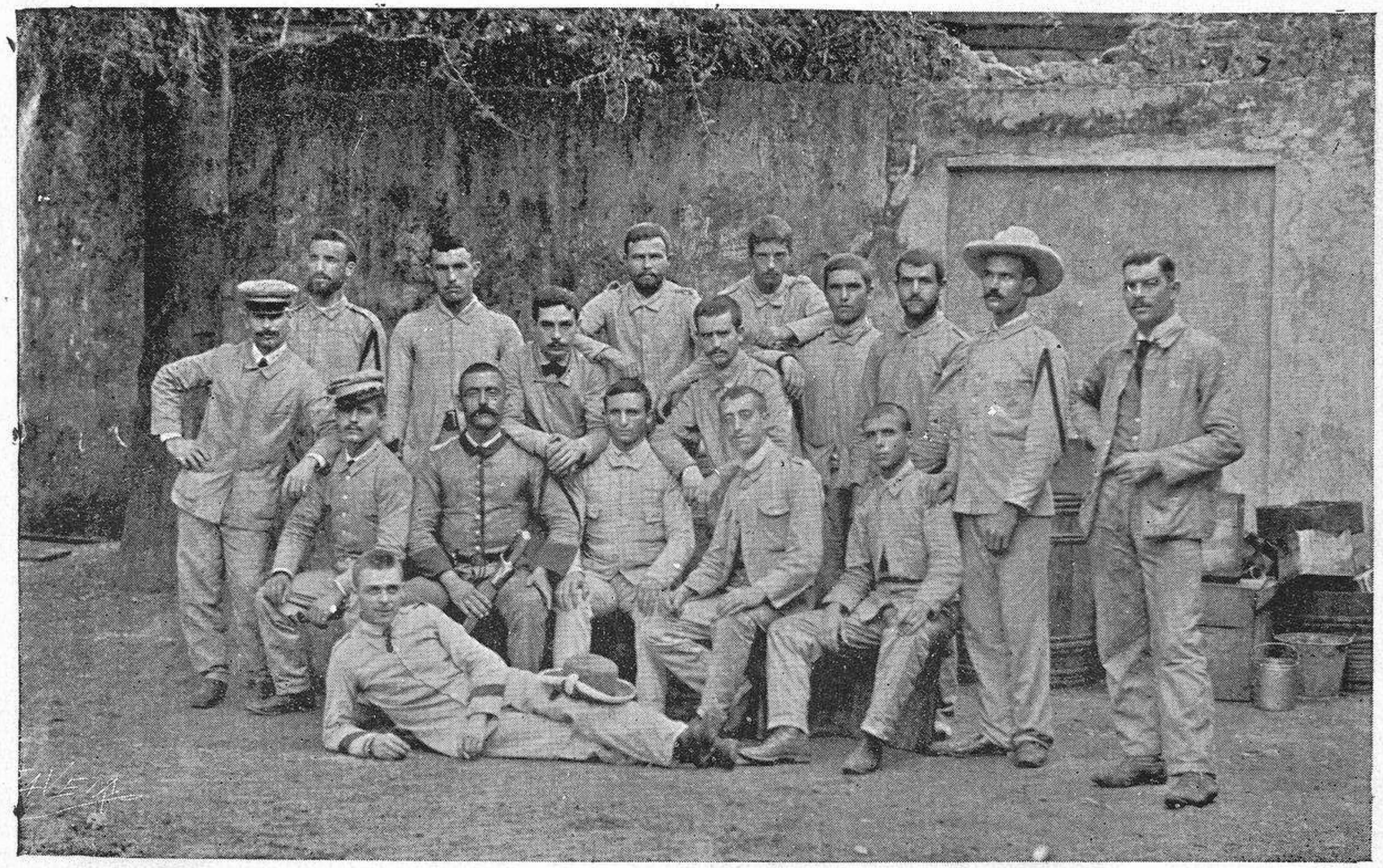
De aquella guarnición encariñada con el sufrimiento que impone el trabajo incesante y monótono, sin emociones que estimulen un día tras otro, sin saber cuando llegará el supremo indulto del relevo.

Los Batallones que en la Trocha prestan servicio, no suenan para nada cuando se habla de la campaña; y no suenan porque en las columnas de los periódicos rüedan solamente los que están dedicados á perseguír y buscar al enemigo.

Y sin embargo, la guarnición de la Trocha, soporta más rudos trabajos que si estuviese en operaciones activas.

Las seis serían cuando nos anunciaron que el «Reina de los Angeles» estaba á la vista, y nos embarcamos en el famoso «Fernando» llegando á bordo donde nos esperaba el amable capitán Vior.

El General Gasco le dijo que íbamos á comer, y se pu-



ORDENANZAS Y ASISTENTES DE LA COMANDANCIA MILITAR
DE LA TROTCHA.

so de nuevo la mesa para toda la comitiva: una mesa espléndida como todas las mesas de los vapores del sur: ya lo hemos dicho antes.

Terminado que hubimos la comida nos despedimos de amigos tan queridos.

¡El General Gasco! El coronel Arjona: el teniente coronel Juárez: los capitanes Montoto, Casanueva, Barreto y Lafuente; el Farmacéutico señor Estévanez y otros muchos jefes y oficiales del séquito: nos decían ¡adios! desde el vaporcito y nos saludaban pitando cada cinco segundos, hasta que la distancia apagó el extridente «hasta la vista» que la máquina del «Fernando» nos decía.

La navegación de regreso fué más triste: el capitán Vior nos agasajó muchísimo tratándonos con amabilidad suma; pero nosotros sentíamos la nostalgia de la Trocha y de aquella vida de encantos, que todos, en la Comandancia militar, desde el general hasta el último asistente se habían disputado el proporcionarnos.

Al día siguiente llegamos á Cienfuegos despues de haber hecho felicísima navegación. Atracamos al muelle Real donde nos esperaban amigos y compañeros ávidos de *saber cosas*.

En Tunas y á las altas horas de la noche se advirtió á bordo la presencia de Soto Río, que gritaba para despertarnos, cuando le dijeron que regresábamos.

Nosotros dijimos: *¡duermo!* y hasta el día siguiente no quisimos charla ni conversación con el nervioso compañero de viaje.

¡Todo ha concluído!

Quizás nunca volvamos á pasar días tan hermosos como los pasados en la trocha.

Gracias, gracias del alma para todos.

* * *

Machaqueo general.

Admitida la conveniencia de establecer una línea militar que sirviese de barrera para incomunicar en absoluto al enemigo en las dos grandes mitades de la Isla, se adoptó como más propio el trayecto de Júcaro á la laguna de Morón, no sólo por ser la distancia relativamente corta, sino también por ser el terreno más propio y exento de accidentes topográficos, tales como ríos, colinas y barrancos. Estudiado el plan en todos sus detalles en el silencio del gabinete por el entendido ingeniero Gago, se reunieron con la rapidez posible los elementos necesarios, y con la previsión que es la cualidad característica del jefe de la obra, mientras se procedía activamente al desculaje de los bosques, se iba marcando el emplazamiento de las diferentes obras que habían de constituir esa notable línea de defensa.

Con el orden y método que presidía todos estos trabajos, se pudo conseguir que la construcción de cada torre-fortin sólo durase trece días, y que los Blockhaus y Escuchas se levantasen rápidamente á todo lo largo de la línea, incluso los campamentos atrincherados que también fueron erigidos con relativa rapidez, dadas las condiciones de los materiales empleados. Al mismo tiempo se erigía en el corto espacio de dos meses la fábrica de oxígeno, en el poblado del Júcaro, y se construía un pequeño buque de vapor en los talleres de Ciego de Avila, destinado á la navegación de la Laguna Blanca, llevando á cabo poco después, la titánica empresa de construir un terraplén de más de tres kilómetros de longitud en plena ciénaga, para tender la vía férrea que termina en el litoral de la Laguna Blanca.

Si se consideran los obstáculos que opone el clima, de suyo duro, para esta clase de trabajos, la dificultad de los transportes para alimentar al soldado obrero, que exije naturalmente mayor cantidad y mejor calidad en las comidas, cuya misión es reponer el fuerte desgaste que origina en el organismo, un esfuerzo excesivo en clima tan poco propicio para el trabajo á la intemperie, habrá de comprenderse que las obras realizadas en tan corto tiempo y con tan admirable éxito, constituyen una gloria legitima para nuestros ilustrados ingenieros militares, para el ejército á que pertenecen, y para la nación de la cual forman parte.

No podemos ni debemos precisar el número ni la distribución de las fuerzas que están afectas á esa sólida línea de defensa, por estar vedados tales datos en las ordenanzas militares; pero baste saber que esas fuerzas están en harmonía con las necesidades del servicio, y que éste se hace con precisión matemática de un extremo á otro, de la barrera defensiva que su forma nueva y original y su sabor esencialmente científico, habrá de figurar como una de las obras prácticas de consulta en los anales de la ingeniería militar.

Los que tanto han pretendido rebajar esa obra ideada por el incansable general Weyler y llevada á cabo por el comandante Gago, tendrán que rendirse á la evidencia y declarar que las calumnias se estrellan contra la verdad y contra los caracteres nobles, honrados, irreductibles.

La trocha, era cuando nosotros la visitamos, un encanto para el visitante; un asombro para el inteligente.

Lo que será mañana no podremos saberlo, porque entra por mucho y esto lo comprenden bien los que no sienten prevenciones: entra por mucho el esmeradísimo cuidado y el carácter de los encargados de su conservación y vigilancia.

Y para terminar diremos, que el retraso sufrido en la

publicación de este Album, nada tiene que ver con los deseos que nos han animado; pensamos primero hacer una cosa lijerita como trabajo artístico, y variamos despues de opinión metiéndonos en honduras: la tardanza nos habrá valido quizás algunas censuras, pero los señores Ruiz Hermanos, que han llevado á cabo el trabajo, pueden ser testigos de descargo, diciendo que no tenemos la culpa.

Los amigos á quienes hemos prometido hablar de la excursión, comprenderán así mismo, viendo este volúmen, que no se pueden atropellar ciertos trabajos.

Si en gracia á las intenciones se nos debe perdonar la tardanza, perdónennos nuestros amigos queridísimos, y escríbannos emitiendo opinión sobre los grabados obtenidos con las fotografías del *ínclito* Cotera.

ALBU

DE LA

TROCH

07.2
ALB